





*Antología 2016*

***Amor Ficción  
Humor***

Editorial

*Grupo de Escritores Argentinos*

© 2016 - Derechos Exclusivos de la Edición en Castellano reservados para todo el mundo por Francisco Checchi  
El derecho de autor de cada una de las obras publicadas en esta Antología pertenece a sus respectivos autores, quienes podrán disponer de las mismas en la forma que consideren conveniente.

Checchi, Francisco  
Amor ficción humor / Francisco Checchi. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo de Escritores Argentinos, 2016.  
140 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1967-93-3

1. Poesía Argentina. I. Título.  
CDD A861

Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editorial Grupo de Escritores Argentinos - A. Alsina 1170 - 8º 810 - Ciudad de Buenos Aires - gr.escr.arg@gmail.com Tel 4381-2860 de 13 a 20 hs el 20 de mayo de 2016.-

Queda Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina.-

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, o su almacenamiento en un sistema informático, su transmisión por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, registro u otros medios sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos de esta edición reservados por Francisco Checchi, Buenos Aires, Argentina.

# COMENTARIO EDITORIAL

Cuando en 1982 lanzamos una convocatoria a jóvenes escritores argentinos, no pensábamos recibir la contundente respuesta que efectivamente tuvimos y que bien podría ser un record en ediciones literarias hechas a pulmón ... ya que en dos horas se vendieron 500 ejemplares agotándose así la primera edición.

Han pasado muchos años, algunos de esos jóvenes, hoy son poetas y narradores reconocidos ampliamente.

Mientras en esta páginas hoy publicamos las mejores obras de quienes han participado en nuestro XIX Certamen Internacional de Poesía y Cuento: AMOR, FICCION, HUMOR, luego de haber sido elegidos, muchos escritores nos han comentado sus premios y galardones obtenidos en otros eventos. Algunos ya han publicado sus libros individuales, otros han comenzado por la sencilla senda de publicar en diarios, periódicos y revistas o presentarse en recitales conjuntos, como comenzaron muchos de los que luego fueron famosos en el mundo. El camino del artista, músico, plástico o escritor es un sendero lento, pero hermoso, a través de cada obra, habla su corazón libremente, crea, sueña, vuela cada vez más alto, como Juan

Salvador, para mostrarle al mundo que una gaviota puede superarse y disfrutar del viaje a lo desconocido, enfrentarse a lo nuevo y descubrir así una felicidad más allá de lo material y con visos de trascendencia.

Por eso nos enorgullecemos en cada nueva edición de nuestras antologías, sabemos que presentamos ante el mundo un material que demuestra las vivencias internas del ser humano actual, sus pensamientos, sentimientos y anhelos más reales y profundos y no dudamos en calificar este esfuerzo en VITAL. Porque el mundo necesita del trigo para su pan, pero también de la flor para su alma, qué sería de cada hombre o mujer de este pequeño planeta si no existieran creadores, músicos, cantantes, pintores y poetas ??? seguramente el amor no sería igual, los sueños se derretirían y la alegría quedaría sepultada en la historia como una vaga expresión sin practicidad.-

No nos gustaría vivir en ese mundo, por ello una vez más aplaudimos a cada puño que deletrea lo que el corazón canta.-

Francisco Checchi  
Director Grupo de Escritores Argentinos  
Buenos Aires, 21 de Mayo de 2016  
Sociedad Arg. de Escritores (SADE), Buenos Aires

# **JURADOS**

**María Cristina Drese**

Escritora con más de 400 premios  
Literarios Internacionales

**Carlos Caporali**

Escritor - Editor - Coordinador de Talleres Literarios

**Francisco Checchi**

Director de Grupo de Escritores Argentinos

El Acto de entrega de Diplomas y Premios  
tuvo lugar el 21 de mayo de 2016 en la  
Sociedad Argentina de Escritores - SADE  
Ciudad de Buenos Aires





## *Índice*

---

Comentario Editorial .....	7
Jurados .....	9

## *Poesía*

---

Abraham, Sara Lucía .....	17
Anganuzzi, María Agustina .....	18
Benítez, Jorge Atilio .....	19
Bonette, Brian .....	21
Carrasco, Ariel Sebastián .....	22
Contreras, José Antonio .....	22
Duque Aristizábal, Sabina .....	23
Facundo, Daniel .....	25
Gandini, Ana María .....	27
García, Silvina .....	28
García Demartos, Alfredo Antonio .....	29
García Pinto, Jorge .....	30
Giuggia, Mercedes Elba .....	31
Gorriarán, Carlos Gustavo .....	32
Heredia, Rubén Daniel .....	34
Müller Margarita .....	36
Navarro Isturiz, Jorge .....	38
Porras, María .....	39
Rezzano, Telma .....	41

Robledo Martínez, Juan Esteban .....	41
Rodríguez, Adrián .....	42
Roldán de Lamberti, Chela.....	43
Rosa, Claudio .....	44
Ruiz, Raquel.....	46
Sánchez Liranzo, Enrique Antonio .....	47
Santillán, Miriam Gabriela.....	48
Scali, Juan José .....	50
Somer, Antonio Enrique .....	51
Torijano Chacón, Alejandro.....	52
Totino, Domingo Roque .....	53

## *Cuento*

---

Alléndez Sullivan, Patricia Mónica .....	59
Álvarez Torres, Martín G. ....	61
Angeli, Alicia .....	64
Arinovich Schenker, Marta.....	64
Bardessono, Liliana Noemí.....	67
Casanova, Eloísa .....	69
Covella, Pablo David.....	70
De Horta, Diego .....	72
Di Vito, Mario Marco Lucio .....	74
Dicenzo, Javier .....	76
Duro, Juan Andrés.....	77
Echeverría, Gustavo Adolfo .....	79
Eraso, María Victoria .....	81

Fernández, Leonor Beatriz.....	83
Gourán, Marcelo .....	85
Grimoldi, María Inés.....	87
Guarino Simon, Lucila Ana .....	88
Gutiérrez Llama, José.....	92
Jorgensen, Osvaldo Alberto .....	94
Kraser, Graciela.....	96
Llamas Irazábal, Amalia Leonor .....	96
La Forgia, Luis José.....	98
Lugo Méndez, Pompeyo.....	100
Maglio, Claudia Marta.....	102
Mazza, Mariana .....	104
Mineo, Mirta Beatriz.....	106
Negrete, Gustavo Adolfo.....	107
Nessi, Analía Clara .....	110
Ninno, Julieta.....	112
Orellano, Verónica.....	113
Poma, Guillermo Alberto.....	115
Prezioso, Ricardo José .....	118
Rodríguez, Fernando Martín .....	120
Rubio, Marcelo .....	122
Simionato, Sergio.....	125
Sánchez, Estela Carmen .....	127
Souberbielle, Luciano Exequiel .....	130
Varela, Patricia Elvira .....	132
Vizia, Hernán.....	134



*Antología 2016. Amor, Ficción y Humor*

---

# *Poesía*



## *Abraham, Sara Lucía*

### *Del Amor*

Llegué con un reclamo trivial  
y, como siempre que oyes mi voz,  
saliste,  
distráido, como ausente,  
pero rápido para poner tu mano en mi hombro.  
Me miras,  
como si no quisieras mirarme  
y entre burlón y sonriente  
me haces una broma.  
¿Mi voz es el canto de las sirenas?  
Suéltate del mástil y ven.

### *De la lluvia*

Llueve...  
disfruto la lluvia.  
sus grises, su música.  
Me serena.  
Me aplaca.  
Me adormece.  
Amo la lluvia  
despacirosa y lenta  
que se desliza,  
que se escurre  
y, de repente:  
¡Ese olor!  
Ese olor incomparable  
a tierra mojada.

*Anganuzzi, María Agustina*  
*Espejos del Alma*

Espejos que se reflejan  
Sintonizan al compás  
De un mantra lleno de  
Amor que nos hace latir  
El corazón y sentir la  
Magia del amor de Dios.

Es la elevación de la  
Consciencia para recordar  
La esencia.

Es la vibración del color  
La que despliega la luz  
Del corazón.

Es la frecuencia de la alegría  
Para vibrar en cada día.

Es la frecuencia del amor  
La que sana el corazón.

*Ángel de Luz*

Ángel que encendió  
Un brillo de luz en  
Mi corazón.

Ángel que en las noches  
Me recitaba y la magia  
De los cuentos se desplegaba.

Ángel de voz dulce  
Que escribió notas de  
Luz en mi alma.  
Ángel lleno de sabiduría  
Que curaba las nanas  
Con abrazos y alegría.



Ángel de ojos color del cielo  
Que es el tesoro más preciado  
Que hace pulsar mi corazón.

Ángel que siento su esencia  
Recordando el amor de  
Su presencia.

Ángel lleno de amor  
Que Dios me regaló  
Y al cual abuela lo llamó.



***Benítez, Jorge Atilio***  
***Te encontré pensando en mí***

Ya ves, estoy aquí.  
Una noche más  
y otro día por vivir,  
he venido a escribir para ti.

Tu carita es una rosa sin abrir,  
te dije así  
la tarde que te encontré  
pensando en mí.

En el reflejo de tus ojos yo me vi,  
me vi en ti,  
una tarde de noviembre  
y tú... pensando en mí,  
en mí... te vi.

Una tarde te encontré  
pensando en mí.

Bonita, sólo para mí,  
eres el jazmín de mi jardín.  
No sabía que me harías tan feliz,  
tú, supiste que yo te haría sonreír.

## *Poesía*

---

Ya ves, estoy aquí.  
Soy solamente para ti,  
desde la tarde que te encontré  
pensando en mí.

En el reflejo de tus ojos yo me vi,  
me vi en ti.  
Tu carita es una rosa sin abrir,  
te dije así  
aquella tarde que te encontré  
pensando en mí.

En mí... te vi,  
una tarde de noviembre  
y tú... pensando en mí.

## *Seré inmortal*

Seré inmortal si me piensas un instante,  
seré inmortal en la mueca de tu sonrisa atrapante.  
Seré inmortal porque me he cruzado en tu destino,  
seré inmortal porque a tu corazón le robé un suspiro.

Seré inmortal en el mes de septiembre,  
seré inmortal, seré tu golpe de suerte,  
viviré a tu lado como un ángel celestial  
y en la luna sobre el mar, seré inmortal.

Seré inmortal cuando mires la lluvia por tu ventana  
y en ese rayo de sol que le da luz a tu mañana.  
Seré inmortal si en una rosa ves mi nombre,  
si me dibujas con las estrellas del cielo en plena noche.

Seré inmortal desde Buenos Aires hasta Madrid,  
permaneceré eterno en quien recuerde algo de mí,  
seré inmortal en el amor de mis hijos y de mi madre,  
así será, en mis poemas seré inmortal.

***Bonette, Brian***

***En la orilla de tu reloj***

Con la piel en carne viva, me dirijo hacia los albores del día para contemplar el despertar de un deseo que duerme con ternura en la calma de la eternidad.

Goteando, goteando, un recuerdo es empapado para hallarle el valor a la rima que arrima el recuerdo de tu rostro ¡que tanto rima! Con este sol naciendo una vez más.

Confiesa que es lo que se roba el agua cuando te satisface y no me niegues que es el tiempo la víctima fugitiva que teme secarse cuando comienza el día tirado en la arena tu reloj.

***Cuerpo***

Frágil materia que divagas en la intemperie,  
te crees unido cuando tus partes se pelean por existir,  
tus manos tensan tus cabellos,  
tus manos acarician tu piel disputándole la sedosidad de la crisálida.  
Tu boca esquiva lo que tus ojos buscan,  
tan conformista a la hora del placer  
y tan inconformista a la hora del placer.  
Dos caras que no soportan lo mismo por no ver lo mismo.  
Que ser momentáneo es tan insoportable si al desmenuzarse mi cuerpo percibo un fin,  
o que ser momentáneo es el modo de prolongarse en la eternidad persiguiendo la claridad.  
Los horizontes,  
los horizontes del cuerpo se prolongan al seguir viajando en la profundidad.  
Siempre hay un horizonte nuevo  
y el cuerpo no es un límite.  
Si es un límite se convierte en motor de dolores.  
Si es un límite el espíritu libre queda entre rejas.

## ***Carrasco, Ariel Sebastián***

### ***Un tiempo atrás***

Hubo un tiempo en el que pensé estar solo,  
perdido en las tinieblas, sin un rumbo, a la deriva...  
Cuando mi desesperación no podía ser mayor, un rayo de luz iluminó mi rostro...  
Confundido por lo que pasaba, comencé a acercarme...  
Vaya sorpresa la mía cuando vi que esa luz provenía de tus ojos...  
Una mirada que pocas veces he visto...  
Tan llena de energía que hipnotiza a cualquiera... y así descubrí tu presencia...

### ***Historia que no conté***

Te contaría una historia donde los clásicos cuentos de hadas sentirían envidia...,  
pues por ti todo lo daría y aun así no bastaría...,  
pues tú, tal así y como eres, superas cualquier cuento que haya y pueda ser contado...  
Sobran y al mismo tiempo faltan las palabras para describirte...,  
pues todo ya ha perdido su norte y su sur...  
Las medidas efímeras se han vuelto...  
La irrealidad de mí se ha apoderado desde que mis ojos en ti se han posado...



## ***Contreras, José Antonio***

### ***Identidad***

Cuando cantes no olvides, hijo mío,  
el color de la lengua que te acuna,  
de aquella que lloró junto a la luna  
al ver morir de pie a Federico.

La lengua de Miguel, -prisión, castigo-,  
rebelde como el rayo que no cesa,  
desafiando tenaz a la tristeza  
con nanas de cebolla, hambre y frío.

La lengua de José, que allá en Dos Ríos  
clamó por su cubana independencia,  
y pensó que la guerra era un poema...  
caballo de papel, clarín de niño.

La lengua de un tal Pablo, trasandino,  
cuyos libros rugieron en la hoguera.  
La misma de Violeta, mensajera  
del viento popular y campesino.

La lengua de Atahualpa, peregrino  
exiliado del monte y de la huella.  
La misma de Germán, quien en tinieblas  
enseñó al Eternauta su designio.

Por eso cuando cantes, hijo mío,  
no busques el idioma en otro cielo,  
extrae de tu sangre los acentos  
sembrados en inhóspitos caminos;

hay palabras de luz, de miel y trigos:  
memoria, libertad, amor, justicia...,  
banderas de la lengua y de la vida  
de indomables poetas perseguidos.



## ***Duque Aristizábal, Sabina***

### ***Metralleta M1917***

Ni placas de perro  
Ni distintivos.

Ni colores que consuelen  
o disparen el pánico.

Sólo un hombre armado frente a mis ojos  
con la paz a cuestas.

*Casi en secreto*

Sin licencia.  
Sin planos.  
Sin plomada.

Intento construir una ciudad con alas.

El temporal destruyó las primeras cabañas;  
sobrevivieron algunos muros.

Pocos edificios han conocido la pátina del tiempo.

Todo lo que tengo es un montón de ladrillos.  
Unos, herencia de mis maestros.  
Otros, cargados cuesta arriba casi en secreto.

Cosa inútil y sin paga.  
Refunfuñan quienes me ven sacar la carretilla  
llena de escombros.

Si una de mis casas detiene su vuelo para mirar tus ojos,

Entra,  
Inspecciona la nevera,  
Disfruta la chimenea y la hamaca,

Ora de rodillas,  
Ríe a carcajadas  
O llora desnudo si prefieres.

Si no te interesa porque los pasillos son húmedos y fríos  
y rondan en la noche los fantasmas,

Porque hay demasiada melancolía,  
Demasiado calor,  
Demasiada nada,

Deja una nota bajo la puerta  
para saber que estuviste allí.

***Facundo, Daniel***  
***Esperándote***

Toda aquella noche y todo aquel día,  
me quedé esperándote, pensé que vendrías...  
Preparé la casa, traje flores lindas,  
prendí los sahumerios de jazmín y lilas.  
Coloqué la alfombra donde pisarías,  
y elegí de música bellas melodías.  
Extendí el mantel, hice la comida,  
enfrié el champagne con que brindaríamos.

Coloqué seis copas, puse la vajilla,  
y esas servilletas de fina puntilla.  
Lustré los cubiertos de plata exquisita,  
y besé las copas donde beberías.  
Encendí las velas, coloqué las sillas,  
y esperé en silencio, y tú no venías.  
Fui a la habitación y revisé la cama...  
Una rosa roja recosté en tu almohada.  
Sábanas de seda del color del cielo  
estaban ansiosas por rozar tu cuerpo.  
Parecían decirle al reloj del abuelo  
que pare su intento de apurar el tiempo.  
Que no dé más vueltas con su segundero,  
pues con sus agujas hería mi pecho.  
La luz de las velas se fue consumiendo.  
Y creció mi impaciencia al son del bolero.  
Saqué una botella de vino, del hielo  
y, mientras pensaba, descorché en silencio.  
Vino blanco helado de fino bouquet,  
de uvas perfumadas cepas turrónés.  
Mírame a los ojos y, ¿dime lo que ves?  
le pregunté al vino antes de beber.  
"Un hombre que sufre y que solo se ve  
y que en vano espera por esa mujer".

Me serví en tu copa y en la mía también...  
Medité un segundo y solo brindé.

## Poesía

---

Mi copa repleta la bebí de un trago...  
Y la tuya también, tomé sin reparo.  
Y así, una tras otra, bebí sin pensarlo,  
hasta ver que solo me hallaba embriagado.  
Hablando con esa vacía botella,  
que hacía recordar toda tu belleza.

La cama de seda, que esperaba ansiosa,  
al notar tu ausencia se puso nerviosa.  
Y esa rosa roja, que estaba en tu almohada,  
lastimó mis manos mientras la estrujaba.  
Y sangró mis labios cuando la besaba,  
pensando en los tuyos borracho de rabia.  
Volví hacia la mesa y abrí otra botella  
buscando que el duende me dé otra respuesta.

Y ya sin control, regresé a la cama  
manchando las sábanas celestes del alba.  
Sangraban mis manos... Mi boca sangraba...  
Sangraba mi pecho, porque no llegabas.  
Me quedé dormido abrazado a la almohada  
y a esa rosa herida que me acompañaba.  
Y esperé tus pasos en la madrugada...  
Esperé tus pasos que nunca llegaban.  
Me quedé esperándote, pensé que vendrías...  
Me quede esperando, faltaste a la cita.  
Toda aquella noche, y todo aquel día,  
tardé en comprender que no me querías.  
Fue allí cuando quise saltar de mi cama,  
y buscar lo profundo de aquella cañada.  
Perdiendo la calma, abrí la ventana  
y pensé en suicidarme a cambio de nada.

Por suerte, un soplo de viento congeló mi intento...  
Pues reaccioné justo al sentirme muerto.  
Un rayo de luz me trajo la calma  
y ahí decidí borrarte de mi alma.  
Qué mal que me hiciste, o qué bien..., ¡caramba!  
Hoy siento mi cuerpo, mi vida y mi alma.  
Por ti estuve loco... estoy vivo, estoy cuerdo...  
En vez de matarme, maté tu recuerdo.



***Gandini, Ana María***  
***Oda a la muerte equivocada***

Grito húmedo del viento,  
agonía feroz de pájaros,  
perfume ralo del tiempo.

II

Todo es ayer  
menos la muerte  
que se bebe tu risa.

III

Pertinaz el silencio  
esculpe fantasmas  
exhorta tempestades  
naufrago.

IV

Solo un mañana de ceibos  
y palabras en tu nombre.

V

Todos los verbos de tu memoria  
se deslizan urgentes  
desde el río de agua dulce  
que canta como el mar.

VI

Arcas de cepa extranjera  
guardada de un dolor antiguo  
donde serpentea la muerte  
y sus despojos.  
Herencia de ardor de huesos  
que obsede las noche.

VII

Hundirme  
en el murmullo de la belleza  
deshermanada  
asirme al silencio  
desnuda  
mudar el rumbo.

## *García, Silvina*

### *Familia*

Ser la nada misma en un soplo,  
construir las bases del ser  
produciendo un sueño impecable  
cayendo en la cuenta del ser.  
Somos seres mareados en soledad  
buscando juntarnos en vidas pasajeras,  
creando familias de individuos solos  
que van creciendo en diferentes caminos.  
Paseando por los caminos de los sueños  
cumpliendo con las ilusiones ópticas  
transcurriendo las imágenes sonoras.  
Recorreremos los senderos de los recuerdos  
trayendo a la ribera de mi mente  
todas las fotos de la familia.

### *Ciudad*

Calles silenciosas en la obscuridad,  
noches estrelladas en la ciudad,  
paseos nublados en la plaza,  
parques iluminados en el pueblo.  
Producimos silencios mortuosos  
en noches frías de invierno  
por paseos difusos encantados  
de iluminación permanente.  
Somos seres animados en felicidad  
construyendo un mundo para el futuro  
un tanto incierto, por cierto,  
pero feliz de festejarlo.  
Corremos tras los minutos contados  
para complacer a ciertas personas;  
queriendo reaccionar complicamos  
las cosas cotidianas que hacemos.

## *García Demartos, Alfredo Antonio*

### *A la abuela que imagino*

Solo una foto en borroso blanco y negro  
Me ha permitido conocerte,  
Por eso te imagino serena y dulce.

Me dice esa imagen de ti todo lo mejor.  
Una simple belleza hispana,  
Tal vez con ascendencia mora  
Con el atractivo de tus grandes ojos  
A los que también imagino  
No tan oscuros como el café tostado,  
No tan claros como hojas secas de otoño  
Los mismos ojos que se repiten  
en tus hijas, nietas y otras descendencias.  
De un negro casi azabache, liso y suave  
Veo tus cabellos extremadamente largos  
Con tan prolijo peinado de rodete.  
A la distancia en el tiempo y sabiendo poco de ti,  
Te imagino mujer sufrida y de corazón dolido  
De tanta simpleza y humildad que has tenido.

Te imagino, abuela Vicenta, serena y cristalina  
como el agua del mar que te trajo  
a este extremo del sur americano.  
No te conocí, y menos escuché tu voz.  
Pero la imagino de tono casi agudo,  
Pausada y suave como una brisa.

Y así, simplemente, de tanto imaginarte,  
Aprendí a quererte aunque no te conociera,  
Y hoy, por aquí o por allá, de noche, de día.  
En tantos rostros de tu sangre, y la mía  
Imagino verte repartiendo amor infinito.

## *García Pinto, Jorge*

### *Memorias*

Invoco con mi memoria celular  
Todas las vidas vividas con mi alma  
Agradecido a este cuerpo útil arma,  
Permitirme en este acto recordar

Algunos de esos momentos  
Impresos en mi ADN y en mi sangre  
En especial en aquellos del templo griego  
Cuando orábamos a esa blanca afrodita

De pensar lento, seguro, amoroso,  
Reflejado en este otro valle ancho  
Lleno de luces, verdes, azules, oros,

Las mismas aguas después de treinta siglos,  
Demostrándome sigo siendo quien soy  
El mismo valeroso, enamorado hombre.

### *¿Mi Ojo Me Ve?*

Siempre me pregunte  
¡Si mi ojo me ve!  
Sin duda siempre lo se  
Pues yo lo veo a él.

¿Pero en verdad sabe quién soy?  
¿O más aun, donde estoy?  
¿O si vengo o si voy...?  
¿O a quien me doy?

No es de palabras un juego  
Pues puede tornarse fuego  
En no aceptar mí firme ruego  
Para hablar los dos en sosiego.

Siendo el observador observado  
Contarle por cierto deberé

En donde lo pasado encontré,  
Porque otras respuestas ha de tener.

¿Quién mejor a mi lado sabrá  
Donde goce lo gozado?  
¿Con quien sufrí lo sufrido?  
Pues si olvide lo vivido  
Así somos dos para buscar  
Y seguir el mismo camino.



***Giuggia, Mercedes Elba***  
***Genova***

“E da Genova  
Il Mafalda partiva  
con miglia e più passegger...”  
en busca de rumbos lejanos  
en amaneceres poblados  
de pañuelos con nostálgicos saludos  
emprendieron un viaje  
en busca de un mundo mejor.  
La Patria se alejaba en el horizonte,  
recuerdos de tiempos felices,  
de juegos en montañas  
que velaban los sueños  
se perdían en el atardecer.  
Día tras día, anochecer  
tras anochecer,  
ansiedad por llegar  
y encontrar a aquel paisano  
que lo mandó a buscar.  
¿Qué tendría esa tierra?  
¿La plata que buscó el conquistador?  
No, tierra virgen, rica,  
ansiosa por florecer  
en trigales y alfalfares  
que se mecerían al compás del viento  
llevando mensajes a las tierras lejanas

que no los verían volver.

Buscando ilusiones

Nació en esta pampa desolada,  
la tierra espera cada mañana  
se abre cual flor en primavera  
ante la reja que la surca  
marcando el camino de la siembra.

El joven ya no siente el frío  
sus manos aprietan las riendas  
que guían al caballo  
en cada mañana de junio  
sembrando el trigo  
que brillará con los colores del  
esperando diciembre argentino.

Juventud esperanzada  
soñando en un futuro  
construyendo castillos  
de un mundo de amor.

¿Qué piensa un joven  
abriendo la tierra  
en las mañanas frías  
de un junio en la pampa argentina  
granero del mundo  
futuro prometedor?



### ***Gorriarán, Carlos Gustavo*** ***Dibujando caras***

La llama baila en los vidrios,  
va derritiendo nostalgias,  
y vos ponés en la mesa  
un lápiz y tu mirada,  
vas buscando dentro tuyo

y llegás a otra galaxia.

El viento baila en las hojas,  
la penumbra nos engaña,  
me regalás un espacio  
y te escribo unas palabras.  
Y nuestros labios se rozan  
y nuestras manos se abrazan;

una copa se hace trizas...  
El vino que se derrama,  
sobre ese papel desierto.  
Estás dibujando caras,  
y yo te entrego mi piel  
para que dejes tu marca.

### ***Ver pasar la vida***

Voy a sentarme a ver pasar la vida  
en la vereda donde danzan los vientos,  
a respirar sin temores ni certezas,  
voy a mirar sin pasiones ni misterios.  
Quiero que el ángel del perdón me toque  
y desprenderme de todos los rencores,  
no ser rehén de todas las mentiras  
y no juzgar las verdades de los hombres.

Y ser testigo de miles de minutos,  
de un pentagrama de notas y silencios;  
una galaxia de crisis y oportunidades  
va dibujando el plan del universo.

## ***Heredia, Rubén Daniel***

### ***Sueña que seré tu dueño***

¡Detente! Deja tus ropas vestir tu laberinto de curvas mudas, no llevo prisa,  
más bien calma,  
calma por disfrutar verte inquieta y sonrojada, sentada en la orilla de mi  
cama.

No te sientas presa en las paredes de mi habitación,  
solo te ata el deseo que supe despertar en cada encuentro furtivo, allá en la  
plantación.

Te percibo cerca, tu piel transpira miedos, ish! Calma, princesa,  
podrás irte sin que la bambula que te viste siquiera roce el suelo.

No es poseerte todo mi anhelo, tu corazón es lo que quiero.  
Busco ser sicario de tus miedos, y regalarte blancas alas para que alcances  
tus sueños.

Sin prisas, sin tiempos, llegará el instante en que tu piel desnuda tendré a  
la mía envolviendo,  
perfumando el momento, como perfuman los aromos cuando el sol va ca-  
yendo.

Y tu vestido caerá al fin, como cae la fruta madura, naturalmente y a su  
tiempo,

ni antes ni después, solo cuando sea el momento.

Entonces, enajenado, vestiré con besos tu blanca hermosura,  
mil besos indecentes, que te arrebatan la compostura.

Ahora recuéstate en mis brazos, acostúmbrate a ellos,  
deja que mis manos sean locas amantes de tu cabellos.

Cierra tus ojos pequeños, descansa tranquila y sueña...  
isueña que seré tu dueño!

### ***Hoy me devolverás la mirada***

Señora de mirada mezquina con nostalgia de tu Italia,  
traigo besos para tu cuello como pétalos tienen las dalias.  
Con ellos me robaré tu compostura y degustaré a ciegas tu hermosura,  
hoy, al fin, me devolverás la mirada, luego todo será como lo soñabas,  
te daré cien noches en la playa y mil caricias por las mañanas.



**Larrañaga, Hugo Horacio**  
***Día de Reyes***

Cómo cuesta interpretar  
algo tan lindo,  
sencillo e intenso.  
Es que los veo en el cielo  
junto a Jesús, María, y pienso:

Hoy, seis de enero  
del mil novecientos dieciséis.  
Otro día de Los Reyes:  
Melchor, Gaspar, Baltasar,  
esos Magos de Belén.

Aquí, junto a vos, viejo...  
¿cuánto me regalaste?  
¿cómo pudiste?, tal vez;  
por cierto, vos lograbas  
felicidad a mi niñez.

Después llegaste, vos, hijo  
fuiste de amor un milagro,  
nuestro primogénito ansiado.  
Recuerdo junto a tu madre  
era nuestro sueño dorado.  
Cuántos reyes convivimos,  
cuántos sueños, qué contentos.  
Juntos detrás de la luz  
del amor, de la paz  
de ese eterno nacimiento.

Con los ojos bien cargados  
de lágrimas, pero con paz,  
en el parque de descanso,  
en un abrazo profundo,  
un día de Reyes más.

### *Amor compartido*

Se conocieron, un día  
escapando de sus vidas.  
Se encontraron sin querer;  
un "hola, que tal", los unía.

Quiere tal vez el destino  
encontrando almas perdidas,  
pues las presenta sin más  
y el amor ya les dio vida.

Canto por ese encuentro  
de dos loquitos del alma,  
que despojan sus sentidos;  
muchos juegos en la cama  
como dos adolescentes  
para soñar, pues se aman.

Él que le dice princesa,  
ella, con fuerza, lo abraza.  
Con vidas muy diferentes,  
con esos besos, se matan.

Siempre hay motivo de encuentro  
llegan los dos sin permiso,  
por el amor que ellos sienten  
dejando sus compromisos.



### *Müller Margarita*

Abracé aquel manojito  
de ramas mustias, quebradas  
que al pie de un añoso árbol  
tristemente lloraban.  
En la piel de su corteza,  
que ayer lucía lozana,  
las cicatrices profundas

hablaban de una esperanza.  
No percibieron mi intento  
pobres ramas quebradas  
la sabia de sus entrañas  
muerta ya, se disipaba.  
Con el correr de los días  
fueron leños de una hoguera,  
quizá el humo decía.  
ayer...yo fui su Primavera.

-----

Yo soy tu calle de tierra  
que siempre mira el cielo,  
con las ventanas abiertas.  
Como humilde labriego  
acepto y amo mi destino,  
aunque no me reconozcas  
con nombre y apellido.  
No quiero morir ahogado,  
si me llamas Avenida,  
quiero a la sombra de sauces  
ser sinuoso y polvoriento,  
y beber vida en la lluvia,  
cuando me siento sediento.  
Yo soy tu calle de tierra  
y te puedo llevar conmigo,  
a praderas y montañas,  
a los bosques y algún río.  
Sé que no me has olvidado,  
siempre fuimos muy amigos.  
Cuántas veces a tus rodillas  
acaricé sin tener manos,  
si ayer nomás eras niño  
creo, no lo has olvidado.  
Yo soy tu calle de tierra,  
no me siento defraudado .....  
te espero, estas regresando  
se, que me has recordado.

## Navarro Isturiz, Jorge

### Poema a la Radio

Permanente compañía, siempre, te tengo presente,  
estás en mi corazón, donde quiera, que me encuentre.  
Me fascinan, tu magia, tus voces y tus misterios  
gracias a vos, mil veces, me sentí un héroe y algunas veces villano.  
Desde vos, enamoré a la mujer Piel Canela  
Gracias a vos, jugué; los más intensos partidos y el " Gordo Muñoz " gritó,  
aquel golazo que hice porque no estaba Amadeo, debajo de los tres palos.  
Junto a Fangio " manejé " el mejor formula uno, por los circuitos del mundo.  
Fui Sandokán, fui Tarzán, Poncho Negro, El León de Francia.  
Muchas veces fui Gardel, otras Antonio Carrizo, algunas Anselmo Marini  
y también, fui Cacho Fontana.  
Me levantaba contento, con Don Carlitos Ginés.  
A uno de mis hermanos lo acuno en sus brazos, la linda Virginia Luque.  
Siendo joven elogíe, las gambas de la Merello y cuando ella se alejo, me  
quede mirando el suelo.  
A la noche se cenaba con Martín de Zavalua y con los Pérez García.  
Mis viejos milongueaban, con el famoso " Glostora "  
y Yo, aprendí a amar el Tango, gracias a Leonel Godoy y a " La Noche con  
Amigos ".  
Me empilchaba con " Modart en la Noche "  
y me deleitaban " Las 7 Lunas de Crandall " con la dulzura de Nucha Amen-  
gual  
Me agradan Mónica y César, Alfredo Leuco, Nelson Castro, Portugal y Lanata.  
Escucho a F. Bravo, Sietecase y Vereá, Zlotogwiazda y Lalo Mir.  
Admiro al "Negro" Guerrero Marthineitz, a Néstor Ibarra,  
a Castello, a Jorge Guinzburg y a Juan Alberto Badía.  
Me pueden la ternura de Teresita Ferrari,  
la profesionalidad e inteligencia de Magdalena Ruiz Guiñazúy la voz de María  
Isabel Sánchez.  
Me traes, lindas noticias y también, las más odiadas.  
Sé, que siempre estás ahí, Vos siempre, estás a mi lado  
Eres parte de mi piel, te llevo siempre conmigo,  
a veces en el bolsillo, otras bajo mi almohada.  
Te mimo, te " franeleo " y acaricio con mis dedos,  
te arrimo a mis mejillas y te presto mis oídos.  
No quiero ser lapidario, pues mucho quiero vivir,

más cuando cierre los ojos, para alejarme del mundo.  
Vos te vendrás conmigo, jamás tendremos horarios,  
Vos serás mi compañera, a donde quiera que este.  
Y demás está decirte, vos siempre, SERÁS MI RADIO!!!...

Jordy

Periodista ( Carnet n° 278 CPD )

Autor, Conductor y Productor de “ Deportango ® “ ( entre otros programas radiales...

( Éste poema a la radio lo escribí y registré hace muchos años y es uno de mis más preciados tesoros ).



***Porras, María***  
***El Ángel sin alas...***

Era un día de esos de los que no te dicen nada,  
De los que transcurren y no te dejan huellas;  
No había firmado cheque para pagar mis deudas,  
Ni siquiera era día para gastar veinte pesos en el mercado;  
La cena estaba hecha y mis pies descalzos un poco cansados;  
Mi ajetreo en la casa después del trabajo;  
Mi esposo en su trabajo y unas ganas infinitas de salir volando.  
Me senté frente al computador a revisar mis mensajes.  
Él estaba allí, mis ojos lo veían, unas líneas diminutas algo me decían.  
Me ajusté mis espejuelos, me acomodé en mi silla,  
¿Cómo era posible que después de tantos años sus recuerdos aparecieran?  
Me quedé perpleja leyendo sus versos; eran tan intensos que mi mente se mecía.  
Me transporté en instantes a aquel mundo pasado y distante que un día fue  
y que jamás volvería.  
Entre lágrimas y risas me estremecí en sus brazos por un momento;  
Estaba tan lejos pero tan cerca;  
Era mentiras y a la vez realidad;  
Me sentí perdida, me sentí dichosa;  
Fue una cosa rara y a la vez hermosa;  
Mi ángel sin alas derrochando placer,  
En aquella chiquilla que un día de febrero hizo su mujer.  
De momento, las nubes muy grises se empezaron a juntar;

Un gran aguacero empezó a caer,  
Las flores del jardín se empezaron a mecer  
Y el ángel sin alas se volvió a perder.

### *A ti...*

A ti, amor infinito de los que arrullan,  
Quiero dedicarte, en esta mi mañanita gris,  
Un poema tierno que te resucite,  
Que en noches de luna llena te haga pensarme  
Y que te excite.

A ti, amor de los largos y de los cortitos,  
De los que desbordan lagos y rompen océanos,  
Deseo encontrarte en todas mis noches,  
No importa si estás lejos, no importa si no existes,  
Lo importante es que te tengo y nunca lo sabrás.

A ti, mi chiquillo intenso de mis veinte años,  
Guardián de mis suspiros, de mi cuerpo el encanto  
Dedico mis latidos y te busco en los campos,  
En el ala pequeña y retorcida de aquel pájaro triste,  
O en el pez azul que un día convenciste,  
Para que te entregara lo más preciado, su juventud.

A ti, mi potro salvaje de muchas carreras,  
Te reto hoy para que te aparezcas,  
Y entre risas, caricias y la luz de una vela,  
A mi alma en tinieblas tú reverdezas.

Y si, por cobarde, no tienes agallas,  
Para venir y encontrarme aquí,  
Al menos da una señal de que aún existes.  
Seré valiente, estaré preparada,  
Mi subconsciente recibirá tus coordenadas,  
Será suficiente para gritarle al mundo  
Que he sido una privilegiada,  
Por tenerte a ti, mi amor infinito,  
Amor de los largos y de los cortitos.

## ***Rezzano, Telma***

### ***Dignidad***

Dignidad, tantas veces confundida con modales altaneros, enmarcados en un ceño muy fruncido.

Dignidad, bastardeada por orgullo cuando es tan simple y difícil mantenerla.

Dignidad, que no se encuentra en el desplante de los gentiles, pero nos sonríe desde las manos callosas del obrero.

Dignidad, que nos mira desde los ojos acuosos del anciano que se esfuerza por mantener el paso con sus cansadas piernas.

Dignidad en el llanto de la Derrota y en las lágrimas del Triunfo.

### ***Fuerza vital***

En tu mirada brillante la vida con un guiño se ríe de la muerte.

Canta la risa su desdén histriónico por el fallido intento de la sombra de oscurecer el cielo despejado de tu alma.

La voraz pobreza avanza derrumbando las débiles paredes de la Villa, dejando sus huellas en el barro de las calles tristes.

La Niñez la ignora saltando los charcos que espejan el cielo, convirtiendo latas en hermosos juegos, fierros en mecanos, caídas en vuelos.

Sobreviviente de siempre y para siempre, el Espíritu Indomable de la Vida germina en el hombre al calor de la esperanza.



## ***Robledo Martínez, Juan Esteban***

### ***Soledad***

Hay veces quiero buscar tu refugio para poder inspirarme en un Poema que pueda aliviar mi sentido de vivir en lo ufano.

Hay veces que te encuentro cuando voy caminando con rumbo desconocido, pero al lugar donde siento mi delirio en plenitud.

Hay veces que quiero estar solo, pero muchas veces es eterna y no puedo conciliarte en la contemplativa costumbre.

Hay veces que me persigues, Soledad. Te veo que está en mi sombra de un caminante aventurero pintoresco del silencio.

Hay veces que en el amor te veo muy intensa con una claridad que opaca mi existencia en castidad.

Hasta cuánto tiempo quiero vivir contigo, no me quieres abandonar, dejarme solo un tiempo sucinto.

Solo te busco para encontrarte en mis noches oscuras y en mi cíclope de nostalgias.

Adiós, Soledad, solo quiero que seas efímera. Pero no perpetua. Pero te necesito porque me haces ser un hombre libre.



***Rodríguez, Adrián***

***Primavera en Otoño***

A veces y solo a veces, me da pensar sobre nosotros.

Nunca imaginamos que este fuego prendería.

Hoy chisporrotea en tus ojos y en mi corazón brilla.

Que mis años, que los tuyos, que este amor no debería.

Que a ti te gusta el frío y a mí el verano.

Nos encontramos por eso de los vientos de la vida.

Pero hoy juntos por la playa caminamos.

Y la luna nos cobija día a día.

Si me pierdo en tus ojos, me pides un poema.

Poema, que a veces traslado al papel,

y otras dibujo con mis manos en tu cuerpo.

Sin métrica ni rimas, solo con pasión de amor nuevo.

Hoy ya es mañana para mí y para ti recién comienza el día.

Más cuando llega la noche y te fundes conmigo.

Nada importa, borramos al tiempo, soltamos los sentidos.

Y creamos un momento único y eterno.

***Para Pintar al Amor***

Plantó firme el caballete en la tierra.

Colgó una tela en blanco, la más grande que tenía.



Con el azul de sus ojos, pintó todo el cielo.  
Con el fuego de su corazón, el sol que amanecía.

Levantó el pincel para pintar su rostro.  
Cerró los ojos, la recordó dormida.  
Con un blanco de paz, trazó las líneas.  
Y con negro azabache, el cabello que la cubría.

Aquí, puso un camino, para recorrer juntos.  
Más allá, un rincón donde abrigarse cuando anochece.  
Más acá, pájaros que cantaran a la vida.  
Contempló el cuadro, casi terminado lo tenía.

En eso la vio, venía caminando distraída.  
En sus movimientos, libertad, eso traía.  
Tapó la pintura, soltó un sollozo.  
Al amor encerrar no podía.



## ***Roldán de Lamberti, Chela*** ***La capilla del milagro***

Se propaga impetuoso el pulso líquido,  
anuncios de artimañas que el clima suele destinar  
y castiga con su furia las esperanzas del labriego.  
Busca ansiosa su fuente la fe, las letanías invocan el amparo  
y la Virgen desarticula un imponente martirio de granizo.  
¡Oh, venerable Señora de los Milagros!  
Decora los campos su espíritu bienhechor  
y una amplitud verde teñida de paz se viste luego de oro espigado  
sobre el sudor de los inmigrantes abnegados y laboriosos.  
El capítulo terrenal alza los muros de la oración  
-gratitud eterna de esforzadas familias campesinas-  
y una capilla implanta en la llanura el hito del milagro celebrado.  
Cada septiembre florece en sinfonías  
de evocaciones conmovidas, rituales de fiesta que hermanan  
con la palabra y la mesa tendida bajo la sombra lozana  
de las chacras perfumadas y benditas.  
No tiene cabida el olvido.  
Los hijos de los hijos inscriben la historia  
en brisas eternas del tiempo.

## *Junto a la alquimia espumante*

Con sabor burbujeante de naranjas  
endulzó la simpleza de nuestros días  
cuando la infancia era el gozo pleno  
encendido en corazones de pueblo.  
Los sifones aguardaban un turno  
brillantes, redondos y ufanos en hilera,  
el aljibe ofrecía su líquida pureza  
y el agua de lluvia cantarina  
usurpaba formas y lograba su presión.  
Aquel santuario de piletones y sonidos  
cobijó la cotidiana historia sudorosa  
de la manufactura y su ingenio.  
En cada casa la gentileza de un saludo  
el coloquio cotidiano de la amistad,  
el cuarto de una barra de hielo  
bajaba ceñido en las garras del gancho  
que mi padre con ahínco sujetaba.  
Jardinera y caballo esperaban a su dueño  
sumido en el ritual de la propuesta y el pedido.  
Bajo la pátina del tiempo emerge el ayer  
y los soderos aún son Quijotes enmarcados  
en la porfía del servicio a domicilio.  
La figura de mi padre se detiene junto al portal  
de glicinas en primavera o madre selvas en flor  
y junto a la alquimia espumante de sabores  
su estampa se eterniza en episodios añorados.

## *Rosa, Claudio* *Violín y tinta*

Solo,  
con el violín de mi propio lápiz,  
recreo la fatiga de mi cuento favorito,  
ensayo sobre el papel música de ópera,  
tal vez para mí, o tan sólo para mí.  
Escucho de fondo un concierto para piano  
que revela mi primitiva escritura

como un himno cargado de acrobacia y sin razón.  
Las cuerdas del poeta no logran entonar,  
siguen gastadas por cada batalla,  
y las fichas y los cuadernos se han ido,  
lo han abandonado.  
No logra enderezar la proa  
pero siente la canción,  
sin poder susurrarla, la suspira,  
como el amante sin aliento.  
Aún vencido da vuelta la hoja  
y vuelve a empezar,  
intenta una y otra vez,  
hasta que el alma recobra su orgullo  
y el poeta recobra su hegemonía.

### ***En el bar***

Saboreando una lágrima,  
sin ahogar penas  
me sumerjo en mis ideas  
una enésima de veces.  
Viene a la memoria  
la estética del vino, del tinto,  
lo pruebo una, dos, tres veces y más...  
ya colorado de placer  
enfoco más allá... lejos,  
observo en vano  
y disfruto la sintonía  
de la dulce pérdida de los sentidos.  
Respondo a la magia  
que me brinda el color de la noche,  
un mar de olas pierden mi equilibrio y  
tiro una copa,  
la acaricio y la vuelco de nuevo.  
Mi sonrisa se coagula  
y mis ojos insensatos perciben misterio,  
la respiración se dilata  
y escucho algo, un ruido, una voz...  
-¡Ey, hombre!  
En silencio, sigo mi retiro y me alejo como puedo.

***Ruiz, Raquel***  
***Delicias de chocolate***

Alquiló un paraíso sin contrato.  
Porque el tiempo es lineal, y resulta imposible de etiquetar.  
Hoy él corrió su velo de ilusión, dejando al descubierto un recuerdo.  
Entonces va en busca de la evidencia que la hace vibrar.  
Billetera rosa, gastada, dentro de una caja redonda, grande, de color rojo.  
Tesoro oculto.  
Mensaje amoroso:  
"Cuando nos elegimos, tomamos el camino de ser felices".  
Chocolate compartido, gozado.  
Nostalgia, olvido.

Pero... la casualidad anda rondando la casa, presta a entrar en acción, el mensaje ha sido dado, tal vez no lo entendió. Será sorpresa.

Habrà un encuentro causal, de los amantes que no olvidan.  
Eterno paradigma que vuelve para fusionar cuerpos, en comunión de almas.  
Promesa de plenitud. Mandato divino. Un silencio cómplice los acerca. Sobran los detalles, hay un escenario propicio, que se transforma en espacio de placer, el lecho se asemeja al edén soñado. Disfrutan otro tipo de muerte en ese instante de intercambio de fluidos, que los lleva al goce. Explosión de alegría.

Porque la felicidad depende de pequeños retazos, de buenos momentos; lo demás es puro cuento...

***Dos coordenadas***  
***Tiempo - Finitud.***

Adentro, se cocinan en las pailas del infierno, la soledad, silente.  
Afuera, con esmero, la máscara se acomoda, para terminar la función.  
La mueca no encaja. El cuerpo no acompaña.  
La mente ordena, tiranía opresora que detesta.  
Igual, el aliento sigue sosteniendo la imagen. La imagen que ellos quieren ver.  
"¡Último acto!"

Selenia hace un tremendo esfuerzo para mantenerse en pie.  
El público aplaude con admiración.

Ovaciona, destaca. A coro su nombre hace eco.

Su mente vuela confundida, vuela, se debate entre el pasado y ese presente vivo que vibra. ¡Vibra a su alrededor!

Un revoloteo de pájaro en pensamiento atrae la niñez, que borró con dolor.

Sin escala, pasa por la adolescencia dorada, dentro de un mundo de cartón, allí descubrió el amor, el amor fresco, bendecido.

Mas luego, la vanidad joven estrenó su talento lírico, que la paseó por el mundo, también por amoríos selectivos y caprichosos.

Colgado en la memoria, aparece ese hombre anónimo que siempre está cerca. Jamás ha de saber si lo hace por amor, o por cariño...

Convulsión. Negros pecados de soberbia interna la abrazan, la condenan.

Lento, muy lento el telón se cierra.

Levita en búsqueda de su camarín. La noche negra se pintó de lentejuelas.

Se sienta. Se mira al espejo, el espejo se apropia de su imagen.

¡El espejo no refleja ni su rostro ni su cuerpo!

El eco de su canto ise ha silenciado para siempre!



## *Sánchez Liranzo, Enrique Antonio*

### *Éxtasis*

Vivo de tus recuerdos...

Te éxtasis

En mi

corazón.

Vivo de tus penumbras

Que abarrotan

Todo

mi amor.

Porque

Tus recuerdos son

El palpitar

De

mi amor...

Dentro de mi corazón.

Porque

Tus recuerdos son

Como las máculas

## *Poesía*

---

Del sol...

En donde  
Yo me extasío...

Vida de  
Mi corazón.

## *Recuerdo*

Dentro de mi corazón  
Siempre te llevo presente:  
Nunca podré olvidarte,  
Ni nunca podré tenerte.

Por el amor que te tuve,  
Por el amor que se ha muerto:  
Quisiera ahora olvidarte,  
Pero olvidarte no puedo.

La mustia se apersonó  
En mi ilusión floreciente.  
El festín encantador

Ha ido desvaneciéndose.  
Las rosas de tu jardín  
Se han secado

Para siempre.



## *Santillán, Miriam Gabriela* *Como el colibrí*

Como el colibrí,  
revoloteas,  
robas mi néctar... luego... te alejas...  
marchitas mis colores...  
mustios son mis pétalos,  
hojarascas de otoño  
acarreadas por el viento.

Como el colibrí...  
tripulas a mi lado,  
me bloqueas,  
vuelves a robar mi dulce  
con tu fastuoso aletear,  
con tus perfectos colores  
me llenas de gozo.  
Con tus extremidades,  
me acaricias, me hurgas,  
te meneas, me adulas...  
Negarme ante tanta velada,  
no puedo... no quiero  
Si ruego cada día  
tenerte frente a mí,  
regalarte lo más dulce que poseo...  
la sustancia de mis deseos.

## *Deseos*

Deseos de ti...  
de fundir mi cuerpo en el tuyo...  
Sentir las yemas de tus dedos...  
recorriendo... licuando cada poro de mi cuerpo.  
Ambición de que tu lengua beba cada suspiro  
de mi boca,  
arrebate los mares de cristales de sudores.  
Deseos de ti...  
De perderme en las caricias  
que gritan de pasión  
al sentir la braza que nos abrasa  
incendiados en un fuego sin extinción.  
Avaricia de tu alma fundida en la mía  
Apetito de ti... de comerte, saborearte...  
despacio, como el mejor de los manjares.  
Deshilacharte, armarte, para volver a amarte.  
Beberte como el mejor de los cafés  
o el más fino vino.  
Desbordarte, ensuciarte, mancillarte.  
Cabalgarte, atarte, soltarte,  
seducirte, pervertirte,  
elevarte... en el más bello acto de amor  
que ni en sueños tu mente imaginó  
ni tu cuerpo alguna vez vivió.

**Scali, Juan José**  
***Amor y dolor***

Me duele este amor, creado en la inocencia  
y alimentado por estrellas lejanas.  
Me duele hasta calar mis huesos profundamente  
y herir con tibios susurros sus pérdidas.  
Me duele tanto en este paisaje alocado  
de cinceles rojos y negros crespones.  
¡Qué dolor invade ese nuevo recurso del alma  
que penosamente descarga mis almendras  
con un nuevo y revitalizado perfume!  
Dolor en movimiento universal celeste,  
amante del acento específico responsable  
Que me conduce a praderas insospechadas,  
Portando una flor en mi ojal deshojado  
y conduciendo mi sangre como barricada hiriente.  
Dolor feliz incomprensible, permanente y lejano.  
¡Cómo interpretar esos lenguajes tan dispares!  
Necesito la ayuda de tus senderos pegajosos  
que interpretan señales nuevas y calificadoras,  
y envían a mi cuerpo a una senda nueva, desmedida.  
No hay perdón para este dolor incomprensible  
que agota mis burbujas con un recio viento del sur.

***Sus tibios besos***

Cómo explicar el sabor de sus tibios besos  
y el fervor de su mirada ardiente,  
en estas horas aciagas e indolentes  
donde priman las pertenencias...  
Prefiero sus cabellos rubios, resbalando  
entre mis manos y sus dedos sin documentos,  
con sus ojos deslizándose en mi pecho,  
y bendiciendo este amor único, irrepitable.  
Podrías darme algo a cambio, radiante corona  
escondiendo atrocidades en jarabes pegajosos,  
sin saber el destino final de sus palabras.  
Oh, sedienta boca, de cuerdas sinfónicas,  
agradece esos vínculos a la verdad  
y al interminable universo de su anatomía.



## ***Somer, Antonio Enrique***

### ***Los cometas***

Entre las casas se elevaron los cometas  
y fue como una explosión de la alegría  
que navega por los cielos de la tarde  
entre las casas humildes de la villa.

Es una alegría colorida y voladora  
la agitación de los flecos en el viento.  
Imágenes de la niñez ya tan lejana  
vuelven como pedazos de recuerdos.

Hay una magia en un cielo de colores  
sobre los techos humildes de la villa  
y el grito alborozado de los niños.  
(Al más chiquito le sabe a maravilla).  
Hemos sembrado la tarde de pinturas  
y los rostros de los niños con las risas.  
Quien poco tiene con poco se conforma.  
De muy poquito les nace la alegría.

### ***Nostalgia compañera***

Otra vez, en la tarde, con este nublado,  
ha vuelto la nostalgia, compañera querida,  
se aposentó en todas las horas de mi vida  
y me lleva, triste, a caminar por el pasado.

Abramos ahora el arcón de los recuerdos.  
Hundamos en él las manos temblorosas  
y reviviremos los hechos y las cosas  
que nos hicieron felices otro tiempo:

el verdor de los campos en las tardes,  
el galope de mi oscuro en el camino,  
la brisa en la frente, el susurro de los trigos,  
el andar de los carros traqueteantes  
y tu recuerdo que siempre va conmigo.  
Todo viene en esta hora a acompañarme.

***Torijano Chacón, Alejandro***  
***Encuentro en Ucrania***

Soy de los que buscan en las avenidas,  
ventanas con un kayak adentro,  
son recuerdos de llanto en mis tiempos de frío,  
en la época de amores de guerra fría.  
Aprovechaba precios en rebaja para comprar más libros.  
Literatura soviética, sin fronteras mentales,  
hasta que me topé con Alina  
en la calle de los gritos, de la ciudad de Kiev.  
Y yo en la soledad de la guerra fría  
frente a una estatua de Lenin  
con botella de vodca en mis manos  
y un pedazo de pan en una de las bolsas de mi paltó.  
Convencido de ser siempre amado por una ucraniana,  
a mi sitio la llevé.  
Era de tez color trigueña y muy velluda su piel,  
Compramos billete al sur  
y camuflado como el camaleón subimos al caballo de hierro.  
La milicia no detectó mi color de piel.  
Así llegué a Ibano Frankovsk.  
No hubo sexo  
solo besos, vodca y amor de miel.  
Llueve de vez en cuando.  
Grito al amanecer.  
Llevo, muy dentro de mí, lamias y lémures.  
Me sujeto a la baranda del mundo  
y lanzo al vacío las críticas de otro ser.  
Solo abro los ojos para tragar más luz.  
Y entre estas cantinas de la ciudad de San José  
Lamento saber que el alma se me pudre por no haber entonces  
entendido lo que fue aquel gran amor ucraniano.

***Cenizas del alma***

Qué daría por no haber muerto.  
Por no haber dejado en el olvido  
las sonrisas de la anciana que miraba gatear a su nieto.  
A la madre en parto que saluda a la vida  
al ser llamada a cumplir la tarea de Varona.

Duele.  
¡Cómo duele querer usar los sentidos  
para volver a gozar del entorno vivido!  
Y aquí me encuentro con el alma al hombro.  
Con los errores a cuestas.  
El almanaque en un collage de besos sinceros.  
El cumpleaños de mis seres queridos  
y el ladrar de mi último perro.  
Y mi amado árbol saludando a las aves,  
enviando con ellas sus semillas a los campos.  
El niño amamantado por su madre  
que cree ella es su Varona.  
Llevo cenizas en el alma por haber vivido.  
Llanto por haber aprendido a mirar ya de viejo.  
Llanto por haber dado de estocadas a mi gran amor,  
a mi profeta interno.  
Hay juerga en mi salón de baile  
con la pasión de la mentira heredada.  
Yo solo pido perdón a la varona ceniza,  
sin sexo ni carne ni hueso.  
Que ya tuve mi creadora en comunión fálica.  
Me quedo tan solo con el recuerdo de quienes me vieron  
y me sintieron.  
Con la que besó mi piel.  
La que comulgó conmigo.  
El amigo que me dio su mano para poder seguir caminando.  
Esa ceniza que hoy soy tiene alma de luz  
Yo, con la pasión que siempre viví,  
bailaré con el viento para llegar a la eternidad.



***Totino, Domingo Roque***

***Para vos... Mamá***

Esta mañana corté  
todas las flores que pude  
porque el Día de la Madre  
es colorido y perfume...  
y es todo amor en sus hijos  
porque es amor... que nos une.

## *Poesía*

---

En cada flor hay un beso,  
una caricia... un destino;  
por aquellas que no están...  
o están aquí y compartimos  
o nos miran desde el cielo...  
y es un mensaje divino.

Esta mañana... no sé,  
me invadieron las nostalgias.  
Quise ser niño otra vez  
y creer que me cuidabas...  
corretear por las aceras  
y recibir tus palmadas.

Después comprendí... MAMÁ,  
que el tiempo es tirano y pasa  
y solo queda el recuerdo...  
de lo vivido y se abraza,  
junto al amor de la madre...  
que siempre llenó la casa.

Y en este día... ¡MAMÁ!  
¡Día de todas las madres!,  
queremos juntos tus hijos  
con nuestro amor ofrendarte  
el cariño más sincero...  
una flor y su perfume...  
un abrazo... ¡Un beso grande!

### ***Yo he tenido un sueño***

Mírame en los ojos y contempla mi alma...  
juegue entre tus manos la caricia queda  
que por ser más fuerte necesito calma  
y llenar mi vida sin saber de esperas.

Yo he tenido un sueño de esperanzas lleno.  
Eras cual las noches con mantón de estrellas...  
por quererte bella, te creí el lucero  
y fuiste en mis días la mujer más buena.

Mírame en los ojos con la fe de cielo  
que si me comprendes y es puro el cariño  
entonces... sí vivo, entonces... sí creo  
y habré de mimarte con pasión de niño.

Yo he tenido un sueño y después aquello...  
ir contando cosas que las lleva el viento.  
Nadie me dio un beso como el dulce y tierno...  
jamás con la espera llené un pensamiento.

Mírame a los ojos... que mirada tierna  
los míos alcanzan.  
Por hacer mi vida... yo dejé la casa  
y seguí añorando a mi madre querida,  
sus ojos, sus besos, su amor, sus palabras.

Yo he tenido un sueño. Vos fuiste mi novia,  
más tarde mi esposa, mi fe y esperanza.  
Al tiempo los hijos llenaron la casa  
y por compañeros fuimos tan unidos...  
que jamás tristeza vedó nuestras almas.

Yo he tenido un sueño,  
Oh, Dios..., icuánta Gracia!



*Antología 2016. Amor, Ficción y Humor*

---

# *Cuentos*





## *Alléndez Sullivan, Patricia Mónica*

### *Nuestra Historia*

¡Hola, mi amor!! Antes de que te duermas, te quiero contar una historia. Todo comenzó en un instante, simple y maravilloso, ese momento que solo se valora cuando se ha convertido en un dulce recuerdo.

Nos conocimos en un mediodía lluvioso de noviembre a finales de los 70; una de las tantas décadas complicadas de Argentina. La última dictadura estaba en todo su esplendor y nuestros corazones se entrelazaron para iniciar una vida juntos.

Te recuerdo como un joven idealista, apasionado, solidario y sensible ante las situaciones que desencadenó la dictadura militar, y me veo a mí misma como una adolescente soñadora, inmadura, consentida y, a la vez, temerosa e insegura. El agua y el aceite que finalmente lograrían juntarse para protagonizar una historia de amor.

Nuestro escenario fue Palermo, un barrio antiguo muy lejos aún de convertirse en el barrio de moda como es en la actualidad. El destino nos unió en una breve caminata por Francisco Acuña de Figueroa, entre Costa Rica y la Avenida Córdoba. El barrio cambió, pero esas cinco cuadras casi permanecen inalterables en el tiempo y en ellas aún está latente el vestigio de nuestra huella.

Fue un simple día rutinario. Después de llegar a casa, me quité el uniforme escolar para llevar el almuerzo a mi hermana Graciela, quién desde hacía poco tiempo atrás trabajaba en un Sanatorio a unas pocas cuadras de casa. Lamentablemente era diabética y tenía que hacer una dieta estricta, por eso mi mamá le preparaba su almuerzo y al volver de la escuela yo se lo alcanzaba.

Como cualquier otro día salí de casa con la vianda y comencé a caminar. Si bien no llovía demasiado, el agua caía de manera persistente. Caminé unos metros por Costa Rica y doblé por Francisco Acuña de Figueroa, y a los pocos pasos, sin siquiera darme cuenta, ya estabas a mi lado. Tu camisa de cuadros azules, rojos y blancos, tu campera verde militar, a la cintura, el vaquero desgastado y tus zapatillas blancas, jamás podré olvidar como te veías, ¡muy lindo! Hablabas sin parar, entre otras cosas me dijiste que te ibas a almorzar a tu casa y que volvías caminando porque decidiste dejar el auto en el garaje, ya que el día anterior lo habías llevado a lavar. Por eso me viste a la distancia y notaste como un cierto resplandor que emanaba de mi cuerpo. Me dijiste que en ese momento supiste que tenías que estar

conmigo para siempre. Y constantemente, a lo largo de los años que hemos compartido, reiteraste que hay cierta luz que emito y te atrae, y es la que ilumina tu camino.

Te dije que estaba terminando una relación y que no tenía interés de iniciar otra por el momento; no obstante, fuiste muy insistente. Y así, sin querer, te convertiste en mi “osito cariñoso” despertando toda mi ternura. Supe de inmediato que necesitabas que alguien te amara y protegiera para toda la vida.

Me di cuenta de que casi no me podías seguir el paso, y que te agitabas bastante tratando de caminar rápido y de hablarme sin parar, como si tu vida dependiera de ello. Eras tan tierno y lindo que no quería llegar a destino, pero, finalmente, llegamos a la puerta del Sanatorio y te despediste; y no sé, algo me impulsó a darte un beso en los labios, solo unos pocos y dulces segundos imprevistos. Nunca supe por qué lo hice, pero por ahí he escuchado que todo tiene una razón de ser en un momento dado. La verdad es que por fin logré que no supieras qué decir.

Muchas veces me preguntaste por qué te besé, pero nunca obtuviste una respuesta. Después de ese momento de primera intimidad, simplemente te dejé sin más y desaparecí tras las puertas vidriadas del Sanatorio. Solo avancé, hasta que giré y te vi ahí parado, mojándote, mirando cómo me alejaba. Así iniciamos nuestro camino y hoy tengo que despedirme con tristeza, frustración y deseos de que solo sea un mal sueño.

A medida que nos conocíamos más, advertí que eras un auténtico solitario que necesitaba que lo amaran. Me contaste que te hubiera gustado ser joven en la década del 40 o quizá en los 50. Te identificabas con los hombres de esas épocas.

Me quedó claro que adorabas manejar tu Peugeot 204, que practicabas rugby, que te habías graduado en la Licenciatura en Ciencias Políticas, en la Universidad Kennedy y que estabas terminando Ingeniería Química en la UTN. Yo prefería las caminatas, las lecturas, el cine, viajar, pero sobre todo, que compartiéramos tiempo juntos. Además, estaba preparando el ingreso en Filosofía y Letras de la UBA en la carrera de Historia.

Sin querer me enamoré, cuando vos ya tenías claro que querías pasar el resto de la vida conmigo. Y así fue, en menos de un año nos casamos, y con el tiempo se unieron en nuestro camino Karina, Ingrid y Matías; así como varias mascotas. Nos divertimos, paseamos, disfrutamos de nuestros niños, los vimos crecer, nos amamos con intensidad, siempre. Hay tantas cosas que decir, pero ya no hay más tiempo.

Me dijiste que había salvado tu vida, pero en realidad vos me tomaste de la mano y me diste alas para poder volar tan alto, que jamás lo hubiera

podido imaginar. Me apoyaste, secaste mis lágrimas cuando perdí a mis padres y a mi hermana. Fuiste mi amante, mi amigo, mi confidente, mi todo. Y sé que muy pronto me van a atacar los recuerdos y que no voy a poder defenderme, es que simplemente, mi amor, recién te quedaste dormido y ya te extraño. Y aunque ya no pueda verte, acariciarte, sentir tus labios, siempre te amaré, con el palpitar del tiempo, el susurro del viento, con mis lágrimas y mis miradas perdidas en el último momento que compartimos. Y cuando el viento despeine mi cabello, sabré que tus manos me están acariciando.



***Álvarez Torres, Martín G.***  
***Las dimensiones del amor***

Mi bellísima Lucero, desde que te amo estoy viviendo en un maravilloso universo de emociones y dimensiones, y estoy tratando lógicamente de comprender lo qué es el amor.

**El amor...**

- Es abrazo que me rodea como pulpo.
- Es sonrisa que me contagia día y noche.
- Es cine en 4D que me envuelve en millones de emociones.
- Es valiente que enfrenta todos mis temores.
- Es calma absoluta que me llena de paz.
- Es vida que disfruto al mil por ciento.
- Es futuro que vivo en tiempo presente.
- Es tranquilizador de toda mi angustia.
- Es sedante en mi mundo estresante.
- Es vitamina que me da vida.
- Es Luz para mi camino y mi felicidad.
- Es plenitud después de estar satisfecho.
- Es cielo que envuelve mi pensamiento.
- Es ciencia inexacta que sabe exactamente como ayudarme a actuar frente a ti.
- Es pegamento que une cuerpos, mentes y corazones.
- Es beso platónico y pasión desenfrenada.
- Es elixir que me lleva al éxtasis.
- Es grande porque caben todas mis pequeñeces.

Es pequeño porque caben mis grandezas.  
No es líquido pero me desborda.  
No es boxeador pero me está noqueando.  
No es desierto pero me está agotando.  
No es causa de muerte pero me tiene en agonía.  
No es sol pero me ilumina todo el día.  
No es alimento pero me está nutriendo.  
No es dieta pero me está adelgazando.  
No es cirugía pero me está embelleciendo.  
No es chiste pero me tiene muerto de risa.  
No es hipnosis pero me tiene embelesado.  
No es sueño pero me tiene entre nubes de algodón.  
No es libro pero me tiene emocionado.  
No es café pero me mantiene despierto.  
No es cobija pero me mantiene caliente.  
No es madre pero me tiene abrazado.  
No es fuerte pero me tiene débil.  
No es amo pero me tiene esclavizado.  
No es paraíso pero me tiene cautivado.  
No es ola pero me tiene en un vaivén.  
No es voz pero me tiene escuchándolo.  
No es energía pero me tiene rejuvenecido.  
No es nave espacial pero me siento transportado hasta la luna.  
No es droga pero me tiene adicto.  
No es medicina pero me tiene aliviado.  
No es experiencia religiosa pero me tiene arrebatado.  
No es obra de teatro pero me tiene cautivado.  
No es lector pero me lee.  
No es gas pero llena todo mi ser.  
No es duda pero me tiene con muchos interrogantes.  
No tiene final pero me tiene expectante.  
No es cruel pero me tiene sufriendo.  
No es frío pero me tiene escalofriante.  
No es volcán pero me tiene en erupción.  
No es lento pero me tiene impaciente.

Entonces, mi bellísima Lucero, ¿a qué conclusión llego respecto de lo que es el amor? Por un lado, no es muchas cosas pero me transforma, y por otro lado, es muchas otras cosas y también me transforma.

¿Será entonces que el amor no tiene largura, altura, anchura ni profun-

didad?

¿Será que el amor será solamente la causa invisible de muchos bellísimos efectos visibles?

¿Podremos conocer de frente al amor o sólo podremos disfrutar de sus excelentes consecuencias?

A veces lo siento como un camino continuo de contrastes. Puede ser frío o caliente, puede ser paciente o impaciente, puede ser suave o duro, puede ser lo mínimo o lo máximo, puede ser ordinario o extraordinario, puede ser lento o rápido, puede ser suave o impactante, puede ser tranquilo o nervioso, puede ser principio o fin, puede ser medio o final, puede ser alfa u omega, puede ser masculino o femenino, puede ser noble o cruel, puede ser lo peor o lo mejor, puede ser angustia o felicidad, puede ser tierra o cielo, puede ser piedra o diamante, puede ser bajo o alto, puede ser flaco o gordo, puede ser norte o sur, puede ser directo e indirecto, puede ser bueno o malo, puede ser cortés o descortés, puede ser confiado o celoso, puede ser material o espiritual, puede ser abnegado o exigente, puede ser esperado e inesperado, puede ser suficiente o insuficiente, puede ser libertad o cautiverio, puede ser encantador o atormentador, puede ser descanso o insomnio, puede ser todo o nada, puede ser necesario o innecesario, puede ser agradable o desagradable, puede ser paz o guerra, puede ser presente o futuro, puede ser blanco y negro o colores, puede ser dulce o salado, puede ser triste o alegre, puede ser normal o anormal, puede ser locura o cordura, puede ser verano o invierno, puede ser agua o aceite, puede ser humilde u orgulloso, puede ser fondo o forma, puede ser sencillo o complicado, puede ser chico o grande, puede ser micro o macro, puede ser desierto u oasis, puede ser entendido o aceptado, puede ser humilde o arrogante.

Mi bellísima Lucero, si tú entiendes el amor, te pido por favor que me lo expliques. Yo no lo puedo entender, solo lo puedo sentir. Por eso me rindo a entender su lógica y solo me dedicaré a disfrutarlo contigo en todas sus múltiples y fascinantes dimensiones que la vida y nuestras emociones nos permiten. Te amo con todo mi corazón.

## *Angeli, Alicia*

### *Besos*

Cuando alguien conocido se acercaba, tomó la costumbre de saludarlo lanzando un beso al aire.

Se besaba la punta de los dedos y soplabla. De manera que sus besos flotaban, aleteaban, y se prendían a las mejillas de sus amigos.

Comprobó que cuantos más besos tiraba al viento, más mariposas multicolores la rodeaban.

Al salir a la calle, con cada beso que arrojaba al aire, un remolino de colores se expandía, desde el centro de su ser.

Con el paso del tiempo, se fue despojando de su corporeidad. Se fue haciendo más etérea, más volátil.

Una mañana de sol, se sintió globo.

Ese fue el día en que sus amigos y conocidos, al verla, le soplaron besos y, ante su levedad recién adquirida, se elevó en el aire, y fue pájaro, fue pompa de jabón, fue cometa mecida por el viento.

Miró hacia abajo y advirtió que todos la saludaban con la mano.

Al alzar la vista, descubrió que seres transparentes abrían las puertas del cielo y como bienvenida le soplaban besos al aire.



## *Arinoviche Schenker, Marta*

### *El guiño*

Hoy lo vi. Caminaba bajo la fina llovizna vestido descuidadamente con un buzo azul, la mirada fija y la cabeza cubierta por la capucha arrugada.

Su mano derecha sujetaba la trailla de un perrito pequeño y mojado. Iban rápido hacia la Plaza de la Recoleta... después se perdieron de vista.

Otras veces me había cruzado con el mismo hombre y su perrito. Siempre igual, el paso rápido, la cara seria, los hombros caídos.

Una tarde decidí ponerles un nombre. Él sería Ángel y el perrito, Coqui.

Así sucedió otro día, otro y otro más.

Cuando desde lejos la figura de Ángel iba acercándose, nos cruzábamos y hacíamos como que no nos veíamos, pero Coqui movía la cola reconociéndome.

Una tarde en que volvimos a cruzarnos, me saludó con la cabeza, luego se detuvo porque Coqui insistía en acercarse. El perrito ya era mi amigo. Lo acaricié, sentí su pelo lanudo, ligeramente enlulado y áspero.

Ángel, sin hablar, emprendía rápidamente otra vez la marcha hacia la plaza.

Un día, una fuerza interior me hizo seguirlos. Lo vi sentado en un banco como esperando algo o a alguien. Estaba meditabundo. Mientras el perrito jugaba, Ángel permanecía sentado y quieto.

Caminé hacia donde estaban y me senté en el mismo banco verde de la plaza.

Ángel giró su cabeza, bajó su capucha y por primera vez vi su rostro ensombrecido por una barba de unos cuatro o cinco días. Nos miramos, me preguntó quién era, le respondí: “Pilar”.

“Ah, como la iglesia que está allá atrás”, comentó. “Sí”, le respondí, y vos?

“Ángel”, contestó.

“Ah, como el que está a la entrada de la iglesia”, comenté.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras Coqui retozaba junto un grupo igual a él, perros vagos de la calle, flacos, alegres, vivaces.

Ángel no volvió a dirigirme la palabra hasta que decidió irse llamándolo a los gritos: “Coquiiii, acá Coquiiii, acá”... Quedé estupefacta. Él se llamaba Ángel y su perrito, Coqui.

No podía creerlo. Nada le diría sobre esa casualidad que era mucha.

Se levantó, le puso la trailla, me miró y se despidió con un: “Hasta mañana, Pilar”.

Antes de volver a casa, me quedé sentada un rato como para entender lo que acababa de pasar.

Al día siguiente, como a las seis de la tarde, volví; no había nadie hasta que de pronto se acercó Coqui corriendo. Ángel había soltado la trailla ni bien había pisado la plaza.

Caminaba más rápido de lo acostumbrado, no llevaba ese desgastado buzo y tenía el rostro relajado, me saludó por mi nombre y yo por el suyo.

Así fueron pasando unas semanas donde familiarmente entablamos conversación acerca de los perros, el tiempo... a veces lluvioso, otras no, las esculturas que podíamos ver desde ese banco. Nunca nada personal.

## Cuentos

---

Una tarde apareció sin barba, vi su cara muy blanca donde sus ojos marrones brillaban más que de costumbre. Su mirada era dulce, parecía otro, pero era él y hasta sonreía.

Me dijo que se sentía contento de haberme conocido, que le gustaba la lectura y que también, de a ratos, escribía poesía; agregó que saldría de viaje, había terminado su trabajo en esta ciudad, debía irse, no dijo dónde.

Sentí una gran congoja porque, silenciosa y lentamente, me había acostumbrado a encontrarme con él, aunque nunca se lo había hecho notar.

“Te pido un favor”, me dijo: “te pido que si puedes, te lleves a Coqui y siempre lo traigas acá para que juegue y corra con los perros de esta plaza mientras estas sentada en este banco”.

Teníamos unos cuantos puntos en común: nos gustaba escribir, nos gustaban los perros, nos gustaba caminar... nos gustaba estar juntos sin mucha charla.

Antes de despedirnos, me dio la trailla de Coqui y se marchó nunca supe dónde.

Lo miré alejarse hasta que desapareció.

Cuando me levanté para regresar a casa, Coqui se resistió pero terminó acompañándome.

Frente al semáforo, me di vuelta y sin querer solté la correa del perrito, que velozmente corrió hacia la iglesia del Pilar.

Ladrando muy fuerte entró y la recorrió olfateando las ropas de los feligreses que allí oraban.

Consternada, lo vi salir y dirigir fijamente sus ojos hacia arriba de la entrada donde siempre había estado erguida delante del pórtico la estatua del Ángel... Ahora no estaba...

“La estarán restaurando”, pensé.

Coqui recorrió la plaza buscando las huellas de su amo.

Dio otra vuelta más, se dirigió nuevamente al patio de la iglesia y jadeando se echó a descansar.

Luego de aproximadamente una hora, se levantó y moviendo la cola en señal de enorme alegría mordió mi pollera tironeándola para que me acercara otra vez al Pilar.

¡Estaba allá... otra vez estaba allá y era él!

¡El Ángel de blanco mármol nuevamente se erguía en lo alto del pedestal!

Atónitos Coqui y yo, incapaces de hacer un sólo movimiento, recono-



cimos esa cara.

Mientras mirábamos la escultura, desde allá arriba y con picardía bajando rápidamente un párpado nos guiñaba un ojo.

Cada tarde, cuando llevo al perrito a la plaza de la Recoleta, nos acercamos al ángel de mármol blanco. Coqui lo saluda con tres ladridos mientras mueve briosa y alegremente su cola, yo levanto mi mano en señal de saludo; entonces el Ángel de mármol, infaltable y velozmente, nos guiña un ojo.



## ***Bardessono, Liliana Noemí***

### ***Un monstruo***

Caía la tarde cuando regresé a casa. El sol desaparecía en el horizonte entre nubes que amenazaban una tormenta. Las sombras empezaban lentamente a cubrir todo a su paso. Abrí la puerta de calle y unos patéticos gritos me pusieron en alerta. “¡Mamá, mamá!”, llamaban frenéticos mis dos hijos mellizos que tienen quince años. “Vení, hay un bicho enorme en tu dormitorio”, “vení, parece un engendro del demonio”, gritó el otro. Estaba dejando mi cartera y el sacón sobre una silla del comedor, cuando entró mi marido que venía de su trabajo. “¿Qué pasa con tanto griterío?”, me preguntó inquieto. “No sé, subí y fijate”, le contesté. Llevé a la cocina las bolsas del supermercado, debía repartir lo que había comprado entre la alacena, la heladera y el freezer. José subió la escalera y al minuto me gritó preocupado: “Traé un escobillón, la trampera para ratas o algo para matar a un bicho grande. Te dije que repusieras las lamparitas quemadas, no alcanzo a ver qué diablos es. No sé, puede ser un murciélago, un ratón, ¡mirá si tiene rabia! Apurate que puede escaparse y después no lo vamos a encontrar. No voy a poder dormir, sabiendo que este bicho está en nuestra habitación”. “Ya voy, ya voy”, los tranquilicé.

Guardé la mercadería que necesitaba refrigeración para no romper la cadena de frío. Inmediatamente después, fui a buscar algo apropiado para matarlo. Oí que uno de mis hijos decía: “¡Mamá, es más que una cucaracha

gigante, más que una araña, es un monstruo!” El otro vociferaba: “¡No, parece una especie de lagartija negra con mil patas! Se hace el muerto porque lo soplé y solo sus patas largas y finitas como plumas se le mueven. Corrê, subí con un palo y un trapo para aplastarlo”.

Estaba eligiendo en el lavadero con qué cazar a esa mezcla de murcié-lago-cucaracha- araña-lagartija monstruosa-engendro del diablo, cuando asocié lo que habían dicho con lo que estaba delante de mis ojos. Una sonrisa cómplice se dibujó en mi cara mientras el griterío seguía y se sumaban nombres ridículos de especies desaparecidas. “¿Por qué tardás tanto?, ¡vení rápido!”, llamaban mis hombres desesperados.

Subí sin apuro con el escobillón y un trapo en mis manos, y en mi cara una sonrisa. Les dije a mi marido y a mis hijos, que dicho sea de paso, lo miraban desde el umbral del dormitorio, asomados como tortugas alertas a la hora de comer, que yo sola me ocuparía de la matanza. Como todas las veces que aparecían desde cucarachas voladoras a minúsculos arácnidos, siempre fui la encargada de ponerle fin a sus vidas. Todos acá son valientes de la boca para afuera.

Les entregué el palo, el trapo y les dije con una soberbia calculada:

“Cuando me vea se morirá del susto, no necesito esto para combatirlo, ¡esta guerra ya está ganada!”. Sus ojos llenos de temor chocaron con los míos, sagaces y pendencieros. Atravesé mi cuarto, y con toda parsimonia miré hacia la alfombra. Me tragué la risa que estaba a punto de estallar y aventuré con voz fuerte: “Esto es algo nunca visto. ¿Será de este planeta? Creo que debemos llamar a los medios televisivos. Pero no se apresuren, todavía no terminé mi tarea. ¡Ah, vas a morir, demonio del infierno!”, grité para asustarlos un poco más. Cuando me arrojé al piso escuché que decían: “Cuidado, que no te muerda”, “que no se escape”. “Cobardes”, pensé, y sin más preámbulo, les dije: “¡Te atrapé bicho inmundo, ya no te escaparás!”. Tomé entre mis dedos la pluma negra y destartalada que se había desprendido del viejo plumero, y la empuñé como quien eleva triunfal su espada.

Cada vez que recordamos ese hecho, ellos sonríen avergonzados, mientras yo río a carcajadas. Por esa y otras tantas anécdotas parecidas, me autodenominé: “Mamá, la valiente”.

## ***Casanova, Eloísa***

### ***Partidito de fútbol***

Todos habían recibido el mail: Partidito de fútbol, martes a la noche.

Los muchachos fueron llegando repitiendo un rito. Juan con su bolso roto y maloliente, Carlos con zapatillas nuevas que fueron pisadas y embarradas por Oscar en el intento reiterado por ser el gracioso del grupo. Como siempre, Emilio llegó tarde. El partido comenzó con la pelota que le había traído la nona desde Italia a Roque. Corridas, gritos y reclamos al réferi de siempre, el bueno y paciente Luis. De pronto un patadón de Juan hizo que la pelota se elevara y cayera en la casona semiderruida que, oscura, silenciosa y expectante, parecía respirar en la húmeda noche. Roque gritó una maldición y saltó por la abertura que en otra época fuera una ventana. En la oscuridad se perdió su figura mientras sus amigos le gritaban que se apurara y lo alentaban con risas y obscenidades. Roque apartó las plantas invasoras que se habían apoderado de dinteles, vigas, pisos y aberturas. La maldita pelota no se veía por ningún lado, pero no podía volver sin ella. Siguió internándose en el esqueleto amenazante y lujurioso. Le pareció verla brillar allí arriba cerca de lo que sin dudas fuera una bohardilla. Les gritó que ya la había visto que iría por ella. Cosechó aplausos y más gritos de apoyo. Trepó por la saliente de una puerta, hizo pie en una viga y reptando avanzó hacia un matorral donde la pelota esperaba oculta. Sentía bajo su cuerpo el calor del piso de madera que había sobrevivido al desmantelamiento, imaginó que esa bohardilla habría sido el escondite de sueños y deseos de los seres que habitaron la casona, por un trozo de vitró intacto, la luz de la luna engañosa iluminó el pequeño espacio aún en pie. Escuchó un susurro inquietante en el silencio que lo envolvió. Una mano pequeña y suave tomó la mano fuerte de Roque, trató de apartarse cuando una voz susurrante repitió: *\_Vení,...vení..., Aquí, ...aquí..., volví,...volví...*

Un roce cálido, un aroma a violetas y una respiración entrecortada lo inmovilizaban. Roque trató de enderezarse, pero sintió el roce de manos suaves, pequeñas y perfumadas tomando su cabeza, acariciando sus cabellos, recorriendo dulcemente sus ojos inquietando sus mejillas posándose en sus hombros, mientras unos labios húmedos, cálidos, carnosos lo besaban chiquitito, chiquitito hasta que su sangre y su cuerpo quisieron que ese beso no tuviera fin. La boca sedienta e insaciable lo besó apasionadamente. Roque ya no se resistió, se dejó llevar por esa sensación de infinito placer y sensualidad, mientras las manos pequeñas con perfume a violetas lo recorrían. A la luz de la luna la silueta de una mujer brillante, leve y hermosa de boca ansiosa buscaba nuevamente los labios cálidos, demandantes de Roque y así rodaron por el estrecho espacio firme. Afue-

ra sus amigos lo llamaban y ya comenzaban a asustarse. Junto a la impaciencia llegó el temor ante el silencio de Roque. Luis corrió a pedir ayuda. Emilio y Juan se animaron a entrar a la tenebrosa casona y comenzaron la búsqueda llamándolo a los gritos. Los minutos pasaban Oscar avisó a la policía mientras ya llegaban los bomberos que alertados por Luis temían un derrumbe. Diez, veinte minutos, tal vez una hora, no sabían precisar el tiempo. Los bomberos iluminaron la zona y alejaron a los muchachos que nerviosos y preocupados querían colaborar buscando al amigo. Cuando el haz de la potente luz iluminó la bohardilla, lo vieron, allí estaba, al borde, al filo de la viga repitiendo quedamente:

Vení...vení...,Aquí, ...aquí..., volví, ...volví....

Debieron cortar la hiedra que entrelazaba sus manos, sus brazos , su cuerpo . Los cabellos revueltos ondulaban en la brisa que olía a violetas.



***Covella, Pablo David***

### ***El tiramisú y la magia del cine***

El pasado miércoles 18 de marzo, a la sazón último día hábil de la semana, fue a la vez el último día de trabajo de una compañera de oficina que encontró un empleo más cerca de su casa, lo cual le permitirá ocuparse mejor de sus hijos. Con tal motivo, esta señora (María) decidió traer algo rico para compartir con nosotros a modo de despedida. Así fue que, por la mañana de ese día, temprano llegó María diciendo “traje tiramisú que hice yo”.

Tengo que confesar dos cosas: la primera es que ese día no había desayunado y estaba más que ilusionado por la llegada de María que traería algo rico, ilusión que la palabra ‘tiramisú’ destrozó en la fracción de segundo que María demoró en decirla.

¿Por qué?

Porque a mí no-me-gusta-el-tiramisú.

Así es.

Nunca me gustaron ninguno de los tiramisuses que me han hecho probar en los cincuenta y pico que llevo de vida; desde el que hacen con vainillas, café, algún licor y crema chantilly, hasta el que se prepara con bizcocho y mascarpone. El sabor a café mezclado con un licor en las vainillas o en el bizcocho me desagrada muchísimo.

Tantas eran las ganas que tenía de comer algo para acompañar el mate

que me había preparado, que decidí probar el tiramisú de María. Cuando me acerqué a cortar un pedacito, me di cuenta de que estaba bastante blando y que no tenía mascarpone sino crema. Lo probé y me gustó mucho, pero no tenía el gusto a tiramisú que yo conozco... era de un dulzor suave y cremoso, pero nada de gusto a café, ni a licor...

A mi regreso a casa, por la noche, le conté a Lili toda esta historia. De esa conversación recuerdo que, entre otras cosas, ella me dijo “no sabía que no te gustaba el tiramisú” (¡a Lili le gusta mucho!).

El fin de semana largo dio para varias cosas: salir con amigos, ir a pasear y almorzar en Baradero y, como siempre, ver series y películas que ya tenía grabadas en la compu. Con Lili teníamos ya decidido cumplir este fin de semana con una deuda de casi cuarenta años con los clásicos del cine: ver la saga de Star Wars. La idea era verlos en el orden en que realmente se estrenaron.

En los minutos previos al comienzo de la primera película, “Episodio IV: A new hope”, me preparé mentalmente para ubicarme en 1977: tengo quince años, estoy en el cine Gran Rex de Haedo comiendo maní con chocolate mientras el telón bordeaux se abre hacia los costados al tiempo que baja el de los avisos (Pizzería Mario; Confitería La Princesa de Asturias; Bogani, ropa para caballeros; Zapatería Semelé; Carteras Bombay; Almacén El Centavo; Farmacia Cesio... Grandes Tiendas Renatti... )... se van apagando las luces (le doy play al reproductor), se oyen los redobles y aparece la presentación de la Twentieth Century Fox (san saransáaan, saransán saransán sararán sararán saransán saransán saransáaaaaaan...); luego el silencio y pantalla en negro... logo de Lucasfilms ... ya tengo quince años, voy a ver una de ciencia ficción que no tengo idea de qué se trata, no sé nada del futuro, no sé quién es George Lucas, no sé que esto va a marcar a varias generaciones, que va a generar fanáticos en todo el mundo que se reunirán en congresos internacionales disfrazados de los distintos personajes, no sé nada... tengo quince y estoy en el Gran Rex, un miércoles a la tarde en la matinée... pantalla en negro de nuevo y ... ¡¡¡BLAM!!! Star Wars en la pantalla con orquesta a todo trapo y comienza a correr en perspectiva el texto que introduce la historia. Estoy excitadísimo... la magia del cine me envuelve...

En medio de ese clima, escucho una voz... como si alguien me hablara en el cine, desde la butaca de atrás... me desconcentra, me doy vuelta y ¡¡¡es Lili!!!

Es Lili, acostada en el sofá, que me dice:  
- ¿Y por qué es que no te gusta el tiramisú?

## *De Horta, Diego*

### *Ella y él*

Julieta y Federico se conocieron como se conoce cualquier pareja. Por casualidad. Él había ido a hacer un trabajo a una empresa y ella trabajaba ahí. En el momento en el que la vio,

Fede pensó “¡che, que linda chica!”. Ella lo saludó casi como por compromiso y se fue.

Pasó un tiempo y Federico seguía yendo a realizar tareas en días aleatorios, y muchas veces se cruzaba con Julieta. Empezaron a “pegar buena onda” y se hacían chistes mutuos, se divertían mientras trabajaban casi a la par pero cada uno en su tarea.

Él sabía que ella era casada y por eso nunca se atrevió ni siquiera a insinuarle nada, pero siempre seguía pensando que era una muy linda mujer. Nada más.

Un buen día, Federico llega a la empresa y la ve.

En medio de saludos y chistes, le dice “che, vos estas muy flaca, aflojá con la dieta que no te queda bien estar tan delgada”. Ella lo miró con media sonrisa clavada como una mueca y respondió con tono serio pero sin perder su humor “No. No es la dieta, es la vida. Me separé”.

Fede se rió al principio. “Cosas que pasan, ya se va a solucionar”. Pero por dentro sintió que esta podía ser una buena noticia.

De hecho, de ahí en adelante comenzaron a tener un trato más fluido. Hablaban por chat y se encontraban algunas veces a tomar algún café o mate.

El tiempo siguió avanzando, y un día Federico sintió que era el momento y se lanzó.

Julieta se sintió sorprendida al recibir ese cálido pero a la vez romántico beso. Fue como una mezcla entre un beso robado y un deseo que se cumplía.

Desde ese momento, nada iba a ser igual para ellos.

La relación parecía difícil, pero la llevaron adelante durante un tiempo. Corto tiempo, pero inolvidable a la vez.

Julieta fue la primera en animarse a decir “te amo” y aunque él también tenía ese sentimiento, no se atrevió antes a confesarlo por miedo a acelerar mucho las cosas y provocar que ella se asustara.

Pero es seguro que esas palabras generaron en Federico un cimbronazo muy fuerte. Justo en él, que siempre se jactaba de ser un tipo duro, frío

y poco demostrativo, se convirtió en el hombre más romántico, amable, atento y educado que Julieta haya conocido jamás.

“Sos lo más lindo que me pasó en este último tiempo”. Solía decirle Julieta, y él respondía: “Y vos sos lo más lindo que me pasó en la vida”.

Pero a veces las cosas no son perfectas. Es más, casi nunca son perfectas. Y llegó un momento en el que Julieta no quiso seguir adelante con la relación. No se animaba a decirlo, pero tenía que alejarse.

Ni Federico ni ella tenían muy claro qué pasaba, pero ella dejó de hablarle de un día para el otro. Él se hundió en la tristeza y le costó mucho tiempo recuperarse. Ella, en poco tiempo, encontró un nuevo amor.

Cuando él se enteró de esto, sintió un profundo dolor en el pecho, pero sacó fuerzas de donde pudo y trató de sobreponerse. Finalmente lo logró.

Después de un tiempo, volvieron a hablarse. No parecía fácil para ninguno de los dos. Pero no había razón alguna para odiarse.

Muy superficialmente, ella quiso explicar que quizá no pudo seguir con la relación porque no era “nuestro tiempo”. No era el momento de ellos en esa ocasión y quizá nunca lo sea.

Pero eso no significa que no puedan llevarse bien.

Lo cierto es que ahora ambos siguen sus caminos, mantienen una relación amena y cordial, aunque distante, pero sin reproches.

Julieta es feliz con su nuevo amor y Federico sabe que la mujer de su vida puede aparecer en cualquier momento.

No pasa mucho tiempo sin que, tanto uno como el otro, recuerden algún lindo momento que pasaron juntos e incluso sonrían solos sin motivo aparente, más que ese que albergan en sus recuerdos y en sus corazones.

Una lección aprendieron los dos: Nadie, absolutamente nadie se muere de amor, pero un verdadero amor nunca se olvida aunque haya durado muy poco tiempo.

## *Di Vito, Mario Marco Lucio*

### *La Caja Mágica*

Nicolás Hernández, Lorena Lucchini y Mateo Olivera cursaban el último año en la Universidad Tecnológica Argentina, en la especialidad de Ingeniería Cibernética. Eran estudiantes avezados y apasionados, con auténtica vocación firmemente adquirida. A pesar de su juventud, casi todo su tiempo lo dedicaban a experimentos, pruebas y ensayos relacionados con sus conocimientos. Un día decidieron fabricar un robot, pero no querían hacer algo que ya había aparecido en sus círculos como “convencional”; su idea era la construcción de un prototipo innovador.

Pensaron algo así como una caja, que al abrirse por distintos lados cumpliera determinadas funciones, especialmente útiles en la cocina de un hogar u oficina. Había que evaluar con cuidado el formato de la caja y, después de muchos cálculos, llegaron a la conclusión de que debía ser por lo menos del tamaño de un lavavajilla de mesa, es decir, algo así como un cubo de 60 cm. por lado que, una vez conectada a la corriente eléctrica y cuando se oprimiera una tecla en el control remoto, permitiera levantar una parte de la tapa y automáticamente apareciera una licuadora de frutas y hortalizas. Enfrentándola por el lateral izquierdo y al pulsar otra tecla, se abriera el mismo y apareciera una cortadora de fiambres; al abrirse el lado derecho, que saliera un hornito eléctrico. Otro sector de la tapa, al abrirse, ofrecería una cafetera que aprovecharía el calor del horno para mantener el café a temperatura adecuada.

La idea era combinar, en un espacio relativamente aceptable en las cocinas modernas, un equipo que evitara tener por separado cada uno de los artefactos necesarios que ayudan en ese sector del hogar. Conseguir que las cuchillas de la licuadora pudieran ser utilizadas también en la cortadora de fiambres; en la base del equipo una serie de cuchillos de distintos tamaños y para distintos usos que estarían ocultos cuando esta estuviera cerrada.

El proyecto comenzó a construirse con la compra de los distintos insumos necesarios y, de a poco, empezó a tomar forma el gabinete con todas las funciones electrónicas para cada uno de los servicios que iba a brindar. La idea original de estos inventores era ahorrar espacio. Por otro lado, todos los elementos iban a ser programados de tal manera que, una vez usados, se auto-limpiaran, para lo cual se previó una conexión muy simple a una canilla de agua, que a su vez desembocaría en el drenaje de la pileta.



Con este razonamiento, llegaron a plantear la posibilidad de que el horno también cumpliera funciones de lavavajilla. Es más, a Lorena se le ocurrió que podría agregarse justamente en el drenaje un destructor de residuos, sugerencia que fue aprobada por sus colegas.

La idea de robotizar todas las tareas que se describieron anteriormente partía del supuesto de que los nuevos departamentos que se ofrecen en el mercado inmobiliario son por demás funcionales pero de tamaños reducidos, y deben aprovecharse al máximo los espacios.

La construcción de lo que ellos llamaron la Caja Mágica se llevó a cabo con enorme esfuerzo y gran sacrificio de todos los integrantes del grupo. Después de varios meses, lograron concluir ese proyecto. Todas las pruebas de los distintos elementos que la componían fueron exitosas.

Habían dejado para el final la incorporación del juego de cuchillos, que, como se dijo antes, iban a estar en la parte inferior del gabinete y se extraerían a través de teclas. Nicolás fue el encargado de adquirirlos e instalarlos, fueron cinco de distintos tamaños y para diversos usos, entre los que se incluía un hacha. Los cuchillos saldrían del lugar donde estaban colocados por impulso de un resorte que solo tendría la fuerza para sacar el mango del mismo.

Finalmente llegó el día en que los futuros ingenieros iban a probar el robot en plenitud. La Caja Mágica fue colocada arriba de la mesada de la cocina, la enchufaron al tomacorriente e hicieron la preparación necesaria para que funcionara. Los tres empezaron a tocar las teclas en el orden en que se encontraban en el control remoto.

Le tocó a Nicolás pulsar la extracción de los cuchillos; cuando lo hizo, salieron los cuatro primeros tal como se había planeado, pero el hacha, que era la última de la derecha, se trabó. Cuando quiso extraerla manualmente, saltó con tal fuerza que le cortó el dedo meñique. Nicolás gritó por el inmenso dolor que sentía y, de inmediato, Lorena y Mateo fueron a auxiliarlo y trataron de contener la hemorragia que salpicaba a todos. Terminó en el hospital donde le reinsertaron el dedo luego de unas cuantas operaciones.

Lorena y Mateo suspendieron por un tiempo las pruebas de la Caja Mágica hasta que Nicolás estuvo recuperado. Ese día los tres amigos se juntaron nuevamente frente a su trabajo y fue Nicolás quien, por el suceso vivido, sugirió incorporar, en el sector de la licuadora de frutas y hortalizas, una picadora de carne.

## *Dicenzo, Javier*

### *El hombre del subte*

Entró el hombre de traje gris a un subte de Buenos Aires, a la distancia vio una multitud de gente. La máquina marchó; luego de un rato, el hombre sacó un cigarro, fumó durante una hora. Bajó del subte y se fue hasta un taxi, luego de trabajar, vio a una mujer, esa mujer era como un imán, así que la siguió, durante una hora.

Luego, esa señora subió a un subte, el hombre subió detrás.

-Disculpe señora, ¿a dónde va?

La mujer lo miró de arriba abajo y no respondió.

El hombre silbó y luego de un rato se fue a otro lugar del vagón.

La noche era fría, era un invierno lejano, caminó lejanamente por las calles de Capital.

Entró a un museo cerca de Palermo, y habló al bibliotecario:

-Señor, ¿tiene algo de Proust, En busca del tiempo perdido?

-Espere-. Le dio un tomo grande.

Luego, con el ejemplar bajo el brazo, se dirigió a otro lugar.

El hombre estaba nervioso, era cerca de su cumpleaños.

Subió al subte, le gustaba estar en esos vagones. Se dirigió a otro lugar.

Fumó durante dos horas, miraba las paredes de los túneles. Se dio cuenta de algo, la vida era como un subte, entonces abrió el libro de Proust y comenzó a leer.

A la distancia estaba un muchacho que leía *El hombre duplicado*, de Saramago.

Luego de un rato, Estevan, el hombre del subte, se dirigió a un lugar del vagón.

Despacio, se convirtió en un espejo, y al bajar del lugar, se sintió de vidrio.

Luego volvió a su casa, tomó un café, se bañó, y fue a su trabajo.

Luego de una hora en el subte, decidió ser libre de todo y se sentó en una plaza, miraba todo como si todas sus vidas fueran una, “y todo ese tiempo perdido del que habla Proust, ¿está aquí en este solo instante?” se preguntó; y luego, lejos, muy lejos, decidió irse de este mundo hacia otro país, pero no de Argentina, sino que abrió una puerta azul en un lugar escondido de sus sueños y allí se quedó para siempre.

## *Duro, Juan Andrés*

### *Un paseo por el Orinoco*

Si yo sabía que el Delta del Paraná estaba por acá cerquita, que podía visitarlo por poca guita, en cualquier momento y sin pasaporte; que es nuestro y argentino y que, si quería, podía pescar pescados que conozco, ¿para qué tenía que ir al delta del Orinoco? ¿Qué diferencia puede haber entre el Delta del Orinoco y nuestro Delta del Paraná? ¡Los deltas son deltas, acá y en la China!

La cuestión es que el Guille me venía jodiendo que quería hacer una excursión por el Orinoco.

-¡Dale, Juan! No seas nabo, haceme la gamba y vamos. Es una semanita nada más.

Yo ni ahí. Y no era por problemas de guita. La tenía, pero por la misma plata prefería pasarme unos días en Miami. Yo había sacado el pasaporte para ir a Miami y no para ir a un paseo por el Orinoco. Mi respuesta era siempre más o menos igual. -No, dejá Guille, no jodas con esos lugares. No voy a ir y vos tampoco tenés que ir. Andá a saber los bichos que hay allá... Además debe estar lleno de indios de esos que te tiran con dardos envenenados y te morfan y te dejan la cabeza chiquitita como un mate calabaza. Y te tenés que vacunar contra no sé qué enfermedad de esas que te matan o te dejan jodido para toda la vida.

Guille se reía, pero yo a esos indios no quería verlos ni de lejos.

-¿Te imaginás, gilún, navegando a la noche por esos ríos, escuchando los ruidos de los monos y vos fumando un porrito y tomando un auténtico ron venezolano? – me decía para convencerme.

Él me proponía ésa joda y yo quería otra joda. Quería minas de Miami, whisky de Miami, alquilar un auto descapotable de Miami, cigarros de Cuba de contrabando, otro tipo de joda. No estaba para escuchar monitos desde una lancha en un río lleno de pirañas.

Pero el muy turro apareció una tarde por casa mostrando en la mano los pasajes a Venezuela. El de él y el mío. Ida y vuelta. Yo no sabía si matarlo, pero en serio, o reírme. Estaba sonado y ya no podía decirle que no. Chau viaje a Miami. Hola bendito Delta del río Orinoco.

Salíamos en veinte días. Había que darse como mil vacunas para ir al bendito paseo por el delta del Orinoco. También me tenía que equipar. Yo no sabía por dónde se abría una mochila. Guille me alertó que teníamos que llevar bolsas de dormir. ¡Bolsas de dormir! ¿Qué necesidad de sufrir

tanto martirio? ¿Dormir en una bolsa? ¿A eso le llaman disfrutar?

Me compré mochila, bolsa de dormir, cantimplora, linterna, gorras (2), camisas UV, pantalones de esos que se convierten en bermudas, anteojos oscuros, largavistas con visión nocturna, zapatillas y sandalias de trekking, una marmita para dos, un sillón plegable de aluminio y una filmadora. Creo que treinta días en Miami, en un hotel 5 estrellas, con minas, whisky, convertible y demás, me salía más barato.

Faltaban cuatro días para tomar el vuelo y Guille trajo el folleto con el programa del paseo por el Orinoco.

“Excursiones y turismo de aventura en el Delta del Orinoco:

Navegación por los caños del Delta, en la selva profunda, a bordo de embarcaciones tradicionales - Aventura en Kayac de mar - Pesca de pirañas - Descubrimiento de fauna y flora durante el recorrido - Visita a poblaciones indígenas de los Waraos, con posibilidad de adquirir artesanía - Caminatas por la jungla - Importante: Los insectos son abundantes en la zona, especialmente durante las caminatas por la selva, pero utilizando repelente y ropa de manga larga, constituirán un obstáculo menor ante tanta belleza”.

Mosquitos y pesca de pirañas. ¡Mirá que iba a querer pescar ese bicho! A mí dejáme con los pejerreyes, con los bagres o alguna corvinita en la playa. Además, me ofrecían como cosa re-piola juntarme con los indios Waraos y nosotros no habíamos comprado ninguna escopeta ni revolver para defendernos.

Fuimos a Venezuela hasta el puerto de Boca de Uracoa, donde empezaba verdaderamente nuestro periplo por el Delta del Orinoco.

Guille estaba radiante, feliz. Creo que nunca lo había visto así. Yo, en cambio, estaba harto de llevar la mochila, harto de viajar, harto de estar empapado de transpiración y, fundamentalmente, con muchas ganas de matar al Guille. Pero de esto último todavía no me había hartado.

Mirá, la excursión por el Orinoco... linda. El barquito que nos llevaba era simpático. Tenía capacidad para 12 personas más el que manejaba la lancha, una mina que hacía de guía en español y en inglés, y un mozo que te servía el morfi y la bebida. Todos fascinados con lo que veían a un lado y a otro del río, que era siempre lo mismo. Los mismos árboles, los mismos pájaros, los mismos monos y los mismos mosquitos. Supongo que, abajo del barquito, estarían siempre las mismas pirañas y otros monstruos espantosos por el estilo.

A la noche, en cambio, hubo más mosquitos pero se veía menos. La joda era escuchar los ruidos de los monos. Un embole. La guía quería convencerme de que lo que yo estaba viviendo era una experiencia única

y absolutamente maravillosa. Por momentos me sentí un infradotado. Todos pedían silencio y cerraban los ojos como para escuchar más ruidos. Yo trataba de imitarlos y seguía escuchando los mismos monos y me seguían picando los mismos mosquitos.

Visitamos a los indios Waraos que son más vivos que nosotros. Cuando llegamos nos quisieron vender de todo: canastos, canastitos, cerbatanas, arcs y flechas, collares de colores, tallas en madera y cuanta artesanía se te ocurriera. Eso sí, ni ahí de querer comernos. Y bueh... ¿qué más querés que te cuente del viaje?

¿Y el Guille? Ahí anda... ahora me quiere llevar a un crucero a la Antártida. No cambia más el Guille. Yo, por las dudas, cada tanto meto la cabeza en el freezer un cachito para saber qué se siente estar en la Antártida. Desprevenido no me agarra más.



## ***Echeverría, Gustavo Adolfo***

### ***El premio de Otoño***

Un hermoso y tímido amanecer dibujaba aquella escena, como pidiendo permiso en el horizonte un enorme sol, quien con su luz daba la bienvenida a un nuevo día. Así comenzó la jornada para Don Pedro, quien vivía en su granja rodeado de vacas, patos, gallinas, garzas, loros, chanchos; cada uno tenía su lugar en la granja, reinaba la paz.

Pero algo sucedió que paralizó a Don Pedro, un amontonamiento de gallinas, patos, vacas y demás especies, con banderas que anunciaban restricciones de acceso al lugar, un pato y una garza arriba de un chanco que boca abajo gritaba pidiendo que lo dejen pasar, una gallina cogote pelado gritando como loca: ¡¡acá los chanchos No!! Hasta un loro con vincha roja, tuvo la osadía de parar a Don Pedro y no dejarlo pasar. Todo era un descontrol, gallinas y patos encabezaban la revuelta. Pero Pedro, con astucia y años de experiencia, pudo discernir el problema que aquejaba a los diferentes animales. Esto fue lo que al parecer sucedió:

En el centro de la granja había una gran quinta y todos los animales se encargaban de cuidarla; era un regalo que les había hecho Don Pedro; y de ella, cada animalito sacaba el alimento necesario para vivir. Cada uno tenía una tarea diferente y le correspondía una parte de aquella quinta.

## Cuentos

---

Pero aquel día, algo diferente sucedió, a los chanchitos no los querían dejar pasar porque todos coincidían en que eran muy sucios, rompían y echaban a perder las verduras, por esa razón no tendrían acceso a partir de esa fecha. Un ganso, apurado y motivado por la euforia del momento, se arrancó unas plumas de sus alas para firmar el acuerdo de inmediato, al grito de ¡¡fuera los chanchos!!, una vaca murmuró: ¡¡que ganso desubicado, queridos!!

Uno de los chanchitos, que se llamaba Otoño, dijo a sus compañeros:

-Hermanos, escuchen, el dueño de la granja nos regaló esta quinta a todos los animalitos y ¿por qué nosotros no vamos a poder entrar y tener nuestra parte?

-¡Porque somos chanchos, sucios, destrozones y tenemos feo olor, te parece poco! -le contestaron los demás con un tono soberbio.

Otoño pensó lo que le dijeron; “sí, tienen razón, somos chanchos, eso no podemos cambiarlo, pero, sucios, podemos lavarnos y ser limpios, destrozones, podemos cambiar y ser cuidadosos, y el mal olor se quita al lavarnos, así que si ustedes no quieren seguirme, yo iré y hablaré con los demás y verán que me aceptarán si hago estas cosas”. Y salió decidido Otoño, derecho para la quinta donde estaban los demás animalitos, que al verlo llegar le dijeron: - ¡¡Alto ahí, Otoño!!, a partir de este día, prohibida terminantemente la entrada de chanchos a la quinta, por sucios y destrozones.

-Sí, lo sé, pero por eso vengo a hablarles, porque yo quiero cambiar, para que ustedes me acepten y así poder trabajar juntos.

-¡No! -le dijeron-, nosotros no queremos y no te aceptamos, así que vete al chiquero con los que son como tú, no queremos ensuciarnos y arruinar esta quinta que Pedro nos encomendó que cuidásemos. Entonces Otoño, muy triste, agachando su cabeza porque había sido rechazado, se disponía a volver con los de su especie. Entonces Pedro, quien había estado escuchando lo que habían hablado, exclamó:

-¡Otoño!, no te vayas, ven que quiero decirte algo delante de todos.

Otoño, sorprendido, le pregunta: - ¿A mí, señor, me llama?

-Sí, Otoño, ven. Sé que quieres tener tu parte en esta quinta y que los demás animalitos no te aceptan, porque dicen que estás sucio. Yo quiero decirte, Otoño, que no solo te daré tu parte, sino que también tendrás los mismos beneficios que todos, sin restricciones.

-¿¡Qué!? -dijeron todos los animalitos al unísono-, ¿permitir a esos chanchos sucios de barro, destrozones y olorosos ingresar a la quinta?

-Sí -contestó Pedro con voz muy segura. -Otoño tiene todas esas cosas que ustedes mencionan, pero él está dispuesto a cambiarlas; las manchas que él tiene, son por fuera, pero todas estas, se quitan con un poco de agua; en cambio ustedes, todos limpios por fuera, tienen manchada su alma, y las manchas de este tipo llevan mucho más tiempo quitarlas-. Todos se quedaron mudos, un silencio de reflexión inundó la quinta, y una decisión fue tomada por los animalitos.

Esto produjo un cambio en aquel lugar: los chanchitos fueron más limpios y ordenados, motivados por Otoño, y los demás animales entendieron que también debían poner su parte y no juzgar al que era diferente. Así pudieron convivir y trabajar juntos en armonía.



## ***Eraso, María Victoria***

### ***Mi propia historia***

Me dirigía hacia el cementerio en uno de los coches de la funeraria. Había fallecido mi papá.

Durante horas, se había llevado a cabo el protocolo que se utilizaba en estos casos; en unos minutos, un pastor luterano llevaría a cabo una pequeña ceremonia. Por más que quise, no pude prestar atención a lo que decía, porque mis ojos fueron recorriendo el rostro de las personas que estaban junto a mí y mi mente voló en el tiempo, recordando, con espléndidas fotografías, las veces que mi papá me alzaba mientras reía al verme feliz.

Amé a mi papá y siempre lo amaré. Él fue mi consejero, quien me enseñó amar a Dios, me hizo conocer las propiedades curativas de las plantas, el pensamiento positivo y la importancia de desarrollar el arte de leer buenos libros.

Fue un gran lector, un autodidacta, siempre me prestaba de a tres libros por vez, y recién cuando se los devolvía podía elegir otros. Me permitía explorar su vasta biblioteca; siempre marcó sus libros con resaltadores de distintos colores, fue una práctica que adopté.

De pronto, tomé conciencia que ya no tendría sus consejos, ni sus retos; sí, sus retos, porque, a pesar de mi edad, lo seguía haciendo cuando mis

## *Cuentos*

---

decisiones no estaban de acuerdo con las suyas. Reparé en la necesidad urgente de liberar mi alma, mis elecciones y mi visión.

Tuvo que ocurrir esta partida para darme cuenta de que yo no había crecido lo suficiente, porque siempre esperaba el visto bueno de quien fue mi mentor.

Tendría que crear mi propia línea de pensamiento y forjar mi autoestima, ya que siempre necesité su aprobación para llevar a cabo mis proyectos.

Recién en ese momento, me di cuenta de cuántas cosas había perdido para evitar el rechazo de mi papá.

El modelo que me había guiado a lo largo de toda mi vida se había tornado obsoleto, carente de sentido. Mi alma ahora deseaba moverse libremente, lejos de los antiguos límites que la habían encerrado entre férreros barrotes, impidiéndole crecer.

En ese momento, sentí que estaba cruzando un puente que me llevaba a nuevos rumbos, para poder concretar mis verdaderos sueños y propósitos.

Al cambiar mi manera de pensar, cambió mi manera de vivir y mi relación con los demás, especialmente con mis hijos.

Proyecté viajar a la ciudad donde habíamos nacido mi papá, mi hermano, yo, y a los pocos meses me encontraba en ese lugar.

Me reencontré con mis parientes después de treinta años de ausencia, preguntándome porqué dejé pasar tanto tiempo. Ellos me recibieron con todo el amor que había en sus corazones, relantándome cosas de la familia que yo desconocía, debido a la distancia y al tiempo transcurrido.

Luego de ese viaje realicé otro, luego otro y muchos más. Qué hermoso fue descubrir que yo podía hacer determinadas cosas sin depender del consentimiento de nadie.

Fui adquiriendo confianza en mí misma, me fui viendo como una mujer que estaba ávida por conocer las cosas bellas de la vida, que, como una mina de diamantes, esperaba que mis ojos se abrieran para poder apreciarlos.

Me sentía muy feliz porque ahora yo sería la escritora, protagonista y heroína de mi propia historia.



## ***Fernández, Leonor Beatriz***

### ***El primer amor***

Isabella ingresó al amplio salón donde se desarrollaban diversas actividades políticas, charlas, estudio de textos, grupos diseminados por aquí y allá. Me dijeron:- El grupo al que fuiste invitada para estudio de textos es aquel-, cuando señalaron hacia el centro del salón lo único que vi fue a un hombre joven de pelo claro y ojos verdes, no lograba ver otra cosa más que a esa persona en medio del tumulto. Recuerdo aquel momento como si fuera hoy y especialmente a él como envuelto en un halo de luz clara que lo iluminaba. Al comenzar con la tarea que me había llevado a aquel lugar, el análisis de texto donde él era el que hablaba, terminé de deslumbrarme ante su inteligencia, y desde ese día comencé a idolatrarlo por el modo en el que se desenvolvía en la vida y su actitud aguerrida ante las situaciones que se le presentaban, sobre todo en el plano político, y el modo en que defendía sus ideales eran admirables. Inevitablemente me había enamorado y dentro de mí la contradicción , porque por un lado llevaba más de dos años de soledad y así pensaba seguir, mi proyecto de vida no contaba ni con el matrimonio, ni con una pareja, tampoco hijos, sólo progresar a través del estudio y el incansable trabajo. Lo tenía todo planeado, hacía el curso de Asistente del médico patólogo en el Hospital Ramos Mejía mientras continuaba con mi trabajo de extraccionista de sangre por la tarde en el Sanatorio Antártida y al recibirme como ya era voluntaria en un laboratorio de histopatología renunciaría como extraccionista si la jefa del Hospital Dr. Diego Paroissien lograba mi nombramiento como histotecnóloga. Una vez que me nombraran, como mi objetivo de vida era ser médica pediatra, haría el CBC (ciclo básico común) para ingresar a la carrera de medicina. Y así lo hice finalmente, cursé el cbc, química , biología e introducción al conocimiento científico; las aprobé, aunque las dos primeras fueron filtro, no tuve dificultad, me gustaba y en la última no tenía conocimientos básicos, pero mis compañeros de trabajo me ayudaron y rendí con gran sacrificio. Las vueltas de la vida luego me dirían que no a este proyecto y se truncó. Haber nacido y vivido siempre en la pobreza tiene consecuencias, ayudar financieramente a la economía familiar era primordial. Así es que mi nuevo objetivo de vida era tener casa propia a

través del ahorro, por lo tanto trabajaba en dos hospitales, unas 14 horas diarias. Hubo un antes y un después de conocer al Alberto. Otras veces me habían impactado algunas personas por su imagen física y exterior, pero nunca había pasado de eso porque apenas hablaban la imagen externa se destruía. “Mirar no hace mal a nadie” me decía. Además, la idea no era nada formal con nadie y como de todos modos ya hacía más de dos años que había renunciado a formar pareja con quien fuera, todo quedaba en lo platónico. Tenía muy claro que había elegido otro camino que sí incluía estudiar y progresar sola. Por lo tanto, a Alberto le dije lo mismo que a todos los que se me acercaban, que dada mi juventud y otros atributos que la vida me había dado a los 25 años hacían que la situación se transformara en molesta. La pregunta de rigor siempre era la misma y Alberto no fue la excepción: - ¿dónde trabajás?, y siempre contestaba lo mismo: ¡¡¡en la morgue!!!, con lo cual el 99 % huía despavorido y se olvidaba de mí. Alberto, fiel a su estilo y naturaleza curiosa, me dijo: - ¿¡Puedo ir a ver!?, y grande fue mi sorpresa ante semejante pregunta porque, aunque él me gustaba física e intelectualmente, seguía firme en continuar camino sola con mis proyectos. Entonces me dije que lo tomaría como un buen amigo y listo. Finalmente, tuve que mostrarle lo que odiaba, ver las amputaciones en los tachos de la sala de macroscopía, piernas de diabéticos en baldes con formol, manos, vísceras, etc. Alberto miraba entusiasmado, se dedicó a ver el lugar donde trabajaba, el laboratorio de anatomía patológica, explicándole una y otra vez mi trabajo y los distintos nombres que se le daban a una profesión tan peculiar. Estaba en el turno tarde y generalmente no había otro personal más que yo en el Laboratorio. Lo osado de Alberto me atrapaba y cada vez se me hacía más difícil resistirme a sus encantos. Para colmo de males, me gustaba todo de él: su voz, su fisonomía, charlar con él, sus conocimientos en el área política, de la cual yo era totalmente ignorante; el tema me interesaba y por eso había respondido a aquella invitación. El Hospital contaba con un sector policial para dar intervención en la Guardia cuando las circunstancias lo ameritaban, con lo cual El Sargento Godoy solía hacer su ronda policial por aquella zona del hospital algunas veces y aquel día, cuando ingresó al laboratorio, lo primero que vio es a Alberto sentado en una banqueta alta observando a Isabella haciendo su trabajo. Godoy lo ve y le dice: - ¿¡y usted quien es!?, a lo que Alberto le contesta: - ¿¡y usted, quien es!?, hasta el día de hoy lo recuerdo y me río sola. A cualquier otra persona un uniforme tan pulcro,

una actitud tan desafiante, la hubiese intimidado y mínimamente se hubiese quedado mudo. Nunca a Alberto, que le hacía frente a todo y los celos lo delataron. A partir de allí, seguimos camino juntos en las actividades políticas que se nos asignaban: ir a los colegios, fábricas, a hablar con la gente, y el conflicto docente del año 1988 que se desarrollaba en la Argentina nos unió como amigos. Yo circulaba por todos lados en bicicleta, se la había canjeado a un policía que trabajaba en el hospital. La esposa, que estaba en el servicio de Neonatología, no la usaba y decidí desprenderme de mi máquina de escribir Olivetti portátil; al Cabo Sarco le servía para hacer sus escritos policiales en la guardia del hospital. Así es que chocha con mi bicicleta casi nueva y el Cabo contento con su máquina de escribir casi nueva e impecable. La bicicleta tenía un asiento regulable, y Alberto lo subía y me llevaba a casa, a donde fuéramos juntos era en bicicleta. Él me invitó a la pileta de los peleteros, le habían regalado entradas, y como yo podía ingresar sin cargo a la pileta que estaba justo delante del hospital donde trabajaba, allí fuimos. Era un lugar tan lindo, tantos recuerdos hermosos vienen a mi mente; un lago artificial, una exposición de libros y una hoja de papel posada sobre mis labios los lastimó al retirarla e hizo que sangraran. Al salir de la pileta acomodando el asiento de la bicicleta en la parada del colectivo junto a un kiosco llamado “Bigotes”, Alberto me pidió permiso para darme un beso y preguntarme si los labios me dolían mucho. No pude resistir la tentación y dije que sí. Hasta el día de hoy, sus besos me embriagan y marean. Casi treinta años después, cierro mis ojos y sueño con aquel día. Mi dulce Alberto, mi primer amor.



## ***Gouirán, Marcelo***

### ***Discusiones imaginarias***

A veces uno tiene algunos divagues mentales que habitualmente los asociamos con la imaginación.

Tal es el caso de una suerte de juego que practicamos con mi amigo Carlos, consistente en armar historias sobre hombres y mujeres, que pasan solos o acompañados, y tejemos relatos fantásticos.

Fantásticos por la sencilla razón de que no conocemos a quienes nos

rodean, pero nos resultan muy divertidos.

Por ejemplo, aquel que está entrando al bar, imaginamos que es un Gerente de Banco que hoy acaba de cerrar un negocio que le traerá pingues ganancias, pero al banco lo dejará en una posición muy incómoda. Aquella que va a cruzar por la esquina es una vendedora de lotes en una zona donde solo hay medanos, y que jamás se ha de poder construir nada sobre ellos. Y así creamos historias que nos divierten mucho mientras libábamos como cosacos.

Una tarde, acodados en la barra de nuestro bar preferido y, como corresponde, algo entonados, el volumen de nuestra conversación fue aumentando y dio pie a que un parroquiano vecino, ya con un pedete alegre, se sintiese habilitado a intervenir en nuestro divague. En ese momento, nos referíamos a una pareja sentada, ella con aspecto de “ligera de cascos” y él con una clásica cara de “cornudo” (...obviamente, las clasificaciones de nuestros personajes corrían por nuestra cuenta, también podían haber sido ella, una proba ama de casa y él un auxiliar de la eucaristía).

Nuestro “invitado”, en el asiento contiguo, -decididamente en pedo- lo catalogó como tal -cornudo-, ya que decía conocerlos. Pero aquí surge un nuevo inconveniente, ya que otro cliente y su señora que nada tenían que ver con nada, ni con nadie, terciaron en la conversación. Ambos bastante borrachos, se pusieron a favor del supuesto cornudo, producto de nuestra fantasía.

Tal batifondo se armó, que, con mi amigo, optamos por huir antes que esto pasase a mayores. A todo esto, el “cornudo” estaba totalmente ajeno a este lío, hasta que la señora, borracha ella, que intervenía graciosamente y al grito de “esto te lo merecés por puta”, la agarra de los pelos a la compañera del aludido. Atónita, “la puta” le devuelve un sopapo y se arma el gran alboroto.

Nosotros, muy divertidos por el zafarrancho que habíamos armado, pero, eso sí, desde la vereda de enfrente, prometimos no hablar más en voz alta.

Pero en tanto y cuanto hubiese un par de personajes que incentivaran nuestra imaginación, ahí seguramente, arrancábamos nuevamente con nuestras fantasiosas elucubraciones.

## ***Grimoldi, María Inés***

### ***Federico***

Federico esperaba. Sentado en el bar de siempre, esperaba. Miraba por la ventana. Estaba sentado en la mesa de siempre, en un rincón al lado de la ventana. En realidad, era la mesa que le gustaba a ella. Llovía cada vez más fuerte, el agua golpeaba los vidrios y algunas gotas entraban por las rendijas de la ventana y mojaban la mesa. Había pedido un café al mozo de siempre. Había fumado bastante, ya había perdido la cuenta de lo que había fumado ese día. Le había prometido a ella que no pasaría del medio paquete pero eso era imposible. Había comprado un atado de diez para ver si podía. Pero se hacía trampa y por la tarde compraba otro atado de diez. En realidad, siempre en su vida se había hecho trampa.

Pero esta vez algo se había quebrado. La relación con ella lo había perturbado mucho. Pero la amaba, todavía la amaba. A pesar de todo, la amaba. ¿Vendría ella a la cita? Estaba ansioso. Pidió otro café. Habló con el mozo para distraerse. Ni sabía de qué estaba hablando. ¿Vendría ella? Había habido muchas peleas y muchas reconciliaciones, muchas separaciones, demasiadas explicaciones, según ella. Ella sólo quería salir y disfrutar, hacer el amor, ir a bailar o al teatro y decía que era una mujer banal, que aceptaba esa parte algo frívola de ella; es más, a ella le hacía bien sentirse así, decía. A él lo enervaba. Cómo podía decir semejante pelotudez, pensaba, y se ponía violento con ella. En realidad, él la quería tanto que quería que pensara y sintiese como él. Una vez le había dicho que el verdadero amor era sentirse tan constanciado con el otro que había que adivinarse los pensamientos o estar viendo a la vez la misma cosa. Ella reaccionó mal. Se asustó. Le dijo que se estaba sintiendo mal últimamente, como asfixiada, que necesitaba algo de aire, salir con amigas, no sé, conocer gente nueva, le dijo. Esta quiere encamarse con otro, pensó él. Y las tensiones eran cada vez más fuertes. ¿Vendría ella a la cita? Tenían buen sexo. Su psicoanalista freudiana-lacanianiana le había dicho que tener buen sexo es condicionante pero no determinante para construir una pareja. ¡Qué bien hablaba su psicoanalista! Pidió otro café. ¿Vendría ella a la cita? ¿Cómo es posible que dos personas que se amaron tanto puedan separarse? No tiene sentido. No hay que amar, entonces, si uno se desgarrar tanto al separarse, o no enamorarse, qué sé yo, se decía él (y a esta altura quizás ella también). Llovía cada vez más fuerte, ya se estaba inundando la calle. Le dolía algo el estómago. Demasiado café, pensó o quizás también sea el cigarrillo. Y si

no venía, y si esta había sido la separación definitiva, pensó Federico. De pronto se alegró, la vio venir, cruzando la calle, con su pelo rubio, siempre despeinado, esta vez mojado, la campera marrón con cuello de piel que a él tanto le gustaba. Pero sintió que moría cuando a medida que la mujer se acercaba se dio cuenta de que no era ella sino otra rubia parecida. Había tantas rubias parecidas, en realidad no tenía nada de especial. Entonces por qué mierda se había enamorado así de esa mujer. En realidad, había miles, millones de rubias más fuertes que ella. Ella le había dicho que él la amaba pero no la respetaba, que no aceptaba la diferencia, que él no aceptaba que ella pensase diferente, que se sentía controlada y eso la estaba matando de a poco. Lo importante es sentirse libre aunque uno esté en pareja, le decía ella y en paz. Y ella no sentía eso con él. ¡Cuántas pelotudeces dice esta mujer! , pensaba él. Pero su amor aumentaba, porque ella era inasible, parecía que siempre quería volar, pero a dónde. ¿Vendría ella a la cita? Ojalá venga. Ya se había acostumbrado a su olor, a sus formas, a su manera de comer, de hablar, de hacer el amor. Cómo iba a vivir sin esto. Ya su estómago no aguantaba otro café, ya no sabía de qué hablar con el mozo, ya no podía fumar más y el agua estaba inundando toda la calle, estaba entrando en el bar, ya el agua le mojaba los zapatos.



### ***Guarino Simon, Lucila Ana*** ***La princesa guerrera***

Había una vez un reino. Si quieren ver adentro, ¡ok!, es su oportunidad. Bueno, a ver qué hay adentro del castillo...

Hoy es un día muy especial: un príncipe va a venir. –Tranquila, no te vas a casar con él, solo si lo pides, no es una cita. ¡¡Tuuuuuuuuuuuuu!! Viene el príncipe, la princesa va corriendo a recibirlo. Hace una reverencia y el príncipe lo hace también. La princesa Rrubi dice –¿Cómo te llamas? –Felipito- dijo el príncipe, –¿Y vos?, –Me llamo Rrubi.

Después se hizo de noche, ella va a la ventana, agarra una liana larga hasta el piso que está al lado de la ventana. Se quiere tirar al árbol y lo hace. Después dio un pasito y se tiró al piso. Los guardias se durmieron y no la vieron escapar. El príncipe miraba la luz de

la luna desde su ventana y la vio correr. Él bajó por las escaleras (los guardias por suerte seguían dormidos) y corrió tan rápido que la alcanzó. —¿A dónde vas? Pregunta el príncipe. —¿¡Qué!?! ¡Ah! Voy a buscar la flor espada - dijo Rrubi, -de esta manera, todos pensarán que no soy suave como la flor de loto sino dura como una roca y fuerte como un dragón. La flor espada está en el árbol de armas ubicado al lado del arbusto que tiene flores de todos los colores del mundo, pero ella quiere una flor especial que tiene filo de espada. En la base del árbol están las flores comunes para princesitas suaves. Hay un camino de flores para que ellas estén seguras y sepan dónde ir, las flores son de color rojo, amarillo y azul, esas flores son todas “nomeolvides”. El príncipe dice que hay que ir por el camino más seguro, pero ella lo engaña y lo hace ir por el peligroso.

Al principio del camino peligroso, vieron un lago de frutas y verduras, y un cartel que decía “no pasar, camino peligroso”; la princesa guerrera rompió el cartel de dos patadas, y al pasar el brócoli, dijo: -coman el brócoli-, porque el brócoli pensaba que como todo el mundo odia el brócoli comerían las manzanas envenenadas. El príncipe agarró una manzana envenenada, la princesa se la quitó y la dejó caer. Cuando cayó al suelo vieron que se desmayó el pasto. Rrubi le dio un brócoli y ella también comió uno. Nadaron por el lago de brócolis. Cuando se acabó el lago encontraron a unos vikingos que no querían pelear, solo habían perdido a Tiara, su dragoncito bebé. Les contó Rrubi que iban al árbol de armas al lado del arbusto con flores de todos los colores y también de las “nomeolvides”. Los vikingos quieren rociarse con el polen de las “nomeolvides” para recordar en dónde está su dragoncito bebé. Así es que se unieron a la búsqueda.

Se pararon con una gran montaña, a su alrededor había un arroyo. —No hay árboles, y sin árboles no hay lianas y no podemos columpiarnos al otro lado -dice Rrubi. El príncipe tenía miedo de subir la montaña, por eso quería nadar, pero notó que el agua estaba llena de cocodrilos. Entre todos votaron y fallaron a favor de subir caminando. —Si quieres puedes ir nadando solo —dijo Rrubi- ¡No, no! Quiero ir con ustedes -dijo Felipe. -¡Ok! Agárrate bien de los vikingos —dijo la princesa. El príncipe dice -¡oooh!-, no le agradan sus compañeros de viaje.

Suben la montaña los cinco compañeros, la princesa va adelante, sino ¡cómo iban a ver todos con esa niebla! Los vikingos se resbalan y la princesa los agarra de la mano. Al fin todos quedan a salvo en la cima. Allí vieron que había nieve. Rrubi sacó una botella de agua que estaba guardándose, la había agarrado del pie de la montaña por si tenía sed. Arrojó el agua por la ladera y se hizo un tobogán de hielo al instante, de esta manera lograron deslizarse hasta el otro lado de la montaña. Allí también había agua, ella volvió a llenar su botella.

Mientras tanto, por el camino seguro estaba Tiara, el dragoncito bebé. Él iba caminando a paso lento y tranquilo. Disfrutando del paisaje que lo rodeaba.

Después los cinco compañeros se encontraron con una gran selva, vieron a un puma y a un leopardo. Aquí ocurrían dos cosas, una buena y una mala. La buena era que no había más que dos felinos, la mala era que estos podían matarlos. La princesa buscó algo que pudieran comer los felinos para que no los comieran a ellos. Encontró un lago con salmones, pescó dos y se los dio. Así pudieron pasar. Al final del camino encontraron una palmera y la rodearon. Luego apareció un gran elefante y una jirafa. Entonces la princesa levantó su vestido y los chicos le hicieron pie. Cuando estuvo arriba del elefante le agarró la mano al príncipe para que pudiera subir también. Un momento después, la princesa ya estaba subida a la cabeza de la jirafa y se desliza como por un tobogán por su cuello, cae al lomo y allí la valiente joven le pide si puede hacer una escalera con su cola. El príncipe iba pasando con los vikingos desde el elefante hacia la cabeza de la jirafa, siguieron los mismos pasos que la princesa. Pero la jirafa casi les da un golpe con las patas, la princesa le pide que por favor haga también una escalerita para el resto del equipo.

Mientras, en el palacio, la reina va afuera a buscar a la princesa. Pisa algo duro y ve que se le cayó una rama al árbol. Es aquí cuando la reina, conociendo bien a Rrubi, se da cuenta de que tomó el camino peligroso en busca de aventuras. —¡Rompieron el letrero! -dijo la reina. Le preguntó al cocinero cómo era ese camino, él ya había estado allí y le había dado mucho miedo ver al brócoli que le habló. El cocinero le dijo que había un lago lleno de brócolis y un brócoli parlante. —No sé más que eso -dijo temeroso. Entonces le preguntó a la



mucama. –Su Majestad, ¿qué quiere que haga? –dijo la mucama. –Me quieres decir ¿por qué cerraste el camino peligroso? –dijo la reina. –Cuando el cocinero se asustó tanto todos quisieron que lo cierre –dijo la mucama. –¡Es que la princesita pasó por ahí! –dijo la reina.

En cuanto a nuestro buen amigo, el dragoncito bebé, estaba ya a muy poco camino, solo daba cuatro pasitos de bebé y ya llegaba. Uno, dos, tres, cuatro y ...llegó. El dragoncito abrió sus alas y va a intentar volar al árbol, pero no puede. Con sus garritas de dragón se agarra al árbol y trepa, trepa, trepa. Tomó una flor espada y la clavó en una rama del árbol y se puso a meditar... ¡tan chiquito y medita!

En ese momento, Rubi y sus compañeros llegaban a su destino final. Los vikingos estaban listos para comer las flores “nomeolvides” y de pronto... ¡tío! ¡papi! ¡tío! escucharon en la copa del árbol.

–¡Dragoncito! –dijeron los vikingos. La princesa se sorprendió –¿Cómo llegaste hasta aquí? –le preguntó. –Por el camino lindo –dijo Tiara –allí no había peligros. –¿Me llevas a la copa del árbol para tomar una flor espada? –le dijo Rubi. Tiara extendió sus alas y voló por primera vez hasta la parte más alta del árbol. Ayudó a la princesa dándole la flor espada y dijo –Ahora sí hay que volver a casa.

Todos vuelven al castillo. La reina reta a Rubi: –¿por qué fuiste por ahí y no por el otro muy suave para princesitas? –le dijo. –No me rasguñé ni un poquito –contesta la princesa guerrera. La madre se va enojada fuera del cuarto. –¡Me llevaste por el camino peligroso, me mentiste! –dice Felipe. –Pero... ¡fue divertido y aprendimos mucho, estar unidos nos ayudó! La princesa se suelta el pelo, mueve su cabello y se le ve que tiene un mechón negro. El príncipe le muestra que él tiene un mechón amarillo también. Y van a mostrarle a la reina y a preguntarle qué pasa. –¡Niños! –dice la reina –creo que él es tu hermano perdido, ¡sí, es tu hermano perdido!

Y así vivieron felices. Ahora todos saben que la princesa es dura y fuerte. Rubi y Felipe tienen mucho para aprender el uno del otro. El príncipe la ayuda a estudiar mientras que ella le enseña a pelear con la flor espada. Tiara ya sabe volar y vive junto a los vikingos. El cocinero es valiente y la mucama quiere casarse con él.

## *Gutiérrez Llana, José*

### *Penitente*

“Las sensaciones eran hechos, elementos materiales que tenían tanto  
valor  
como un análisis de laboratorio.”  
—Fred Vargas—

Aún tronaba la voz de esa mujer en la mitad de su cráneo. Gruñían sus palabras. Una a una, como los cuchillos que arroja el lanza-dagas en un acto circense, mientras dispara, por otro lado, la risa sarcástica sobre los ojos del sumiso chalán<sup>1</sup> resignado a perder las orejas ante la mínima imprecisión o la trastada de una sístole asincrónica.

Aún brillaba la mirada estúpida y feliz con que le dio la noticia, y la lamparilla del escritorio paría la turbida luz de las tardes invernales para alumbrar el desánimo que había dejado la visita de esa dama risueña. A pesar de su congoja, trastabilló y por un instante se perdió en el albor de esos dientes que asomaban desde el fondo del abismo labial, donde se despeñó tantas veces. ¡Cuánto había disfrutado su sonrisa!, suspiró por las fosas nasales. ¡Cuánto!, y aquella vez, ningún otro gesto le había parecido más cruel.

...

«¡Estoy embarazada!», exclamó, y el latigazo de las letras con la secuencia indebida, impensada, errónea, se hundió en la carne reblandecida por la sorpresa y le llagó la calma. «¿Cómo es posible?», se preguntó, al tiempo que llegaron sus circunstancias, la familia y su decepción, el dedo acusador de la gente en medio de las cejas, mientras ella jalaba hacia atrás las mejillas y arqueaba la boca para armar en su rostro la sonrisa que tanto lo enloquecía. «¡Cómo!», de nuevo para adentro. «¡Cómo!», un millón de veces, y odió esa maldita expresión de alegría que para entonces le aplastaba el esqueleto.

Nunca imaginó una catástrofe así.

«¿Y cómo sabes que es mío?», lanzó como todos en esa coyuntura; no era el momento para cambiar el libreto. «¡Estoy segura!», regresó como todas, con cara de disgusto. No siguió por ese camino, en realidad nadie lo hace porque, después de todo, qué puede importar ante la rotundidad del escándalo. Por encima de sus creencias iba a sugerir un aborto cuando ella

anticipó un nuevo latigazo que le rajó la cordura. «Dejaré a mi marido y nos iremos donde nadie sepa de nosotros», y una vez más la elipse radiante en sus labios cayó como la moneda con la cara contraria. No hubo más, solo un beso sonoro en la frente, mientras sus uñas le araban el cabello y arañaban la ilusión de la vida conjunta. Luego la cadera rumbo a la salida y a la desgracia venidera.

...

Sí, aún tronaba la voz de esa mujer y el olor de su sombra goteaba por las paredes de la pequeña oficina, oscurecido y denso. Sus ojos fijos sobre la nada, disimulaban el revoloteo de los pensamientos que iban y venían en órbitas erráticas alrededor del problema. No la amaba. No, para dejarlo todo, y sin embargo, no parecía haber solución salvo... y la muerte asomó los dedos largos y amarillentos y los colmillos desnudos. «La muerte lo resuelve todo», rumió, y la supuso al rescate. Luego el asesinato se formó en orden de preferencia.

Pronto se arrepintió. Era lógico. Aunque a decir verdad, tal vez demasiado tarde. Con un revólver en mano y el rostro desencajado, apareció por la puerta el marido de la dama. Presintió el final, el final deseado segundos antes, e intuyó su asesinato cuando el tipo se encaminó hacia él con la mirada perdida. Se quedó inmóvil, indeciso entre el intento de huir o el combate cuerpo a cuerpo con su futuro homicida. Tres pasos más e, inesperadamente, el hombre se desplomó sobre la silla frente a su escritorio. Soltó el arma.

«¡La maté! ¡Confieso que la maté!», gritó desconsolado. «La muy puta quería dejarme porque esperaba un hijo que no era mío y se iba a ir con su amante», siguió. «La maté y me deshice del cadáver para que nadie lo encuentre pero... ¡me atormenta la culpa!, padre, ¡me carcome!, ¡me angustia!», y su llanto sonó como el lamento de un idiota.

Aliviado, pero sin demostrar regocijo, el cura no tuvo más opción que sermonearlo, y antes de darle la absolución, imponerle una ejemplar penitencia.

Referencia:

1.- Chalán. coloq. Ayudante en algún oficio. “Mi chalán se traerá tu coche”. Diccionario de Mexicanismos. Academia Mexicana de la Lengua, Siglo XXI, 2010.

## *Jorgensen, Osvaldo Alberto*

### *Los hombrecillos de las nieves*

El Otoño contempló cómo las frías brumas invernales cubrían lentamente los campos y las montañas e invadían su territorio... Ya no había nada que hacer; debía resignarse y dejarle el paso al Invierno. Cubrió la entrada de su refugio con la dorada cortina de hojarasca y se preparó para la larga espera... Dentro de un año, volvería.

Yo sabía que en lo más intrincado del bosque vivían “ellos”... los Hombrecillos de las Nieves. Muy pocos los habían visto, pero los lugareños aseguraban su existencia. Caminé y caminé tratando de encontrarlos y en esa larga caminata vi cosas muy hermosas.

Dicen que los que creen en los pequeños Hombrecillos de las Nieves tienen el poder de captar lo inefable y de oír el Infinito... Pero también son muchos los que afirman que nunca han visto a un hombrecito de éstos, del tamaño de la palma de una mano, larga barba blanca, zuecos y casacas rojas.

“¡Pobre gente...!”, pensaba... Debe andar mal de la vista... y qué solos deben sentirse. Yo conocía su existencia, pues me habían visitado en mi infancia. Por eso confiaba en verlos nuevamente.

Esperaba encontrarlos jugueteando en las laderas de los cerros o enredados en los blancos cabellos y barbas escarchadas de los árboles del bosque.

En la ansiosa búsqueda, subí a lo alto de esos cerros confiando en que los vería entre la pertinaz nevada o en cada rincón de ese paisaje onírico y sepiado, donde los seres y las cosas parecían dibujados entre las ventiscas heladas.

Fui también al cambiante lago con la esperanza de verlos entre sus encrespadas aguas cabalgando las gaviotas juguetonas. Recorrí también escondidos senderos donde la vida parecía haber detenido su ritmo y donde todo era intimidad y recogimiento.

Sentía al paisaje como un estado del alma, como una conjunción de serenas sensaciones. Por supuesto, como llevaba mi cámara fotográfica, con la misma pasión que los pintores con sus pinceles, intentaba captar toda la belleza de este mágico lugar.

Sabía que los pequeños gnomos podían estar en cualquier parte, por eso los busqué también en las calles nevadas de la ciudad, casa por casa, rincón por rincón espiando detrás de las ventanas y subiendo a sus techos. Pero no los encontré, sobre todo porque se cuidaban mucho de dejarse ver en

los poblados.

Por eso volví otra vez a los cerros y a los bosques, cada vez más convencido de que allí finalmente los encontraría... ¡y de pronto vi a uno, y luego a otro... y a otros más...!

Quise alcanzarlos, hablar con ellos, pero fue inútil, porque desaparecieron tan rápido como habían surgido del nevado paisaje.

Pero lo importante era que había tenido el tremendo privilegio de volver a ver a los gnomos de mi infancia y que ahora eran los guardianes de tanta magnificencia reunida en la increíble región en que me encontraba.

Sabía que de aquí en adelante me embargaría la melancólica nostalgia del recuerdo de esa visión. Pero también sabía que, ahora, mi espíritu reconfortado seguiría siendo sensible a cada una de las manifestaciones de este mundo mágico e irreal, donde había recorrido los antiguos senderos trazados por los Hombrecillos de las Nieves, disfrutando del pálido sol invernal sobre los seres y las cosas.

Ya podía despedirme de este Reino de los Gnomos, donde todo está hecho para el hombre, a la escala del hombre y para el mayor placer de su retina y de su corazón.

Con mi cámara fotográfica intenté testimoniar la larga búsqueda, pero ahora era consciente de que los duendecillos estaban en lo más intrincado del bosque, guardando celosamente sus inapreciables tesoros para quienes crean en ellos y en su poesía.

Las nieves se derretirán y entonces “ellos” correrán a refugiarse en sus pequeñas moradas, donde aguardarán que el ciclo de la Naturaleza cumpla su eterno viaje: primero la Primavera, después el Verano y por último el Otoño, hasta que los primeros copos de nieve vuelvan a acariciar suavemente las laderas de los cerros.

Entonces, los pequeños gnomos, celebrando la llegada del Invierno, saldrán de sus refugios para retozar nuevamente sobre las escarchadas ramas de su querido bosque.

¡Adiós..., pequeños Hombrecillos de las Nieves...!

¡Adiós..., región de los matices y de los imponderables...!

¡Adiós..., reino del Milagro y de los sortilegios...!

¡...HASTA QUE VOLVAMOS A ENCONTRARNOS...!

## *Kraser, Graciela*

### *Atardecer en rojo*

¿Qué ocurrió aquella mañana en el que perfume de geranios rojos despertó al jilguero?

El horizonte se perdía en rojo carmesí, presagiando tal vez lo que sucedería aquel

atardecer, en el cual nuestros pasos se cruzaron, y al elevar los ojos pude sentir el

encendido fuego de tu mirada.

Imaginé el sabor de la manzana roja en tus labios, sin embargo, pronto se diluyó el

magnetismo que sentimos.

Retomamos nuestra marcha, cada uno rumbo a su destino.

Antes de doblar la esquina, volví la vista, pude observar tu silueta pintándose en la

distancia y, girando sobre mis pasos, lentamente, me fui alejando.

Esa noche, en la quietud de la vieja habitación, me pregunté por qué una vez más

dejaba escapar una nueva oportunidad para soñar; pero aún no he encontrado la

respuesta.



## *Llamas Irazábal, Amalia Leonor*

### *Sombras*

Se acercaba la fecha de mi cumpleaños y deseaba agasajar a toda mi familia. Realicé el listado de invitados, calculé la cantidad de cubiertos, conté vasos, cuchillos, tenedores, servilletas y platos. Advertí en el recuento que los platos no alcanzaban, por lo cual decidí comprar veintidós platos playos todos iguales y cuatro vasos nuevos para completar la cantidad necesaria para todos los comensales. El nuevo problema surgió con los asientos: me di cuenta de que me faltarían seis lugares, entonces

recordé que a una cuadra de casa, sobre la avenida, había un negocio amplio y profundo donde reposaba gran variedad de muebles. Yo pasaba a menudo por ese lugar y nunca había reconocido a ningún cliente dentro de él, tampoco a ningún empleado o persona que merodeara por las cercanías. Muchas veces he contemplado cómo algunos transeúntes se detenían a esa altura de la vereda, con intenciones de ingresar al lugar y, sin embargo, se frenaban y seguían de largo. Era un negocio enigmático, atractivo y un poco raro; se lo veía desde afuera ordenado, estaba dispuesto todo por tamaño. Cerca de la entrada, se podían apreciar las banquetas, los puff y las mesitas para los juegos de living; más hacia el medio, las mesas, las sillas; por detrás, los armarios y terminaba el amplio local adornado por los muebles más altos.

Esa tarde necesitaba adquirir seis banquetas, y decidí concurrir a ese lugar tan particular de mi barrio. Llegué hasta su puerta, desde donde divisaba las banquetas de colores, gratas a la vista. Frené inconscientemente el impulso de entrar, pero vencí mis reparos y llegó ese gran momento de mi vida en el que iba a conocer el local por dentro. Fue más grande mi curiosidad que mi miedo, arremetí contra la inmovilidad e ingresé. No había nadie a la vista.

—Buenas tardes, ¿está el vendedor? Necesito banquetas. —Pronuncié muy fuerte mis palabras, pero nadie contestó.

Yo iba ingresando lentamente y observando un juego de muebles que por su originalidad parecía único en el mundo. No sé cuánto tiempo me entretuve mirando mientras continuaba mi lento paso. De pronto me di cuenta de que habían pasado unos minutos y no había visto a nadie. Giré la cabeza hacia atrás porque quería saber si ya había anochecido. ¡Oh, sorpresa! Observé que la persiana de ingreso al local estaba bajando, casi rozando el piso, y no se escuchaba ningún sonido. Ya se había cerrado el negocio. “Debe de salirse por alguna puerta pequeña”, pensé. Detuve nuevamente mi marcha y miré hacia la zona de los placares y de los biombos, casi al final del local: algunas sombras corrieron detrás de ellos. Me paralicé. En ese preciso momento, se apagó la luz y yo quedé petrificada. Escuché una voz ronca que se iba acercando.

—¿Qué dijo que anda buscando? —preguntó la voz ronca y potente.

—Ban, banquitos —no pude corregirme y decir “banquetas”, mi boca seca no respondía a mis pensamientos.

Mi corazón gritaba que quería salir de mi pecho y no pude emitir sonido alguno. No entendí el idioma en el que balbuceó en mi oído, de sorpresa me tomó por detrás por la cintura y me levantó en el aire, dio varias vueltas sobre su eje y yo perdí la noción del lugar. Me transportó en sus brazos y

me depositó en un lugar cómodo, pensé que era una de las camas que yo acababa de contemplar. Su pesado cuerpo cayó sobre mí y un fuerte golpe en la cabeza me desmayó.

Cuando desperté, me sentía rara, pero reconocí mi habitación y mi cama. Me incorporé y me descubrí vestida con la ropa que había pensado ponerme para el día de mi cumpleaños; desorientada, traté de ver en mi celular la fecha y la hora. Descubrí que ese era el día de mi festejo. Me acerqué al comedor apurada con la intención de acomodar las mesas y disponer todo para la reunión. Allí estaba la gran mesa preparada, con todos los utensilios colocados, las sillas y hasta las seis banquetas de colores; las fuentes con las ensaladas y los platos servidos, los buenos vinos en las copas. Escuché sonar el timbre, era la hora en que comenzarían a llegar los invitados...



### ***La Forgia, Luis José*** ***Mi propia Paulina***

“Es la convicción de que al tomarla de la mano -en el supuesto momento de la reunión de nuestras almas- obedecí a un ruego de Paulina que ella nunca me dirigió y que mi rival oyó muchas veces.” (Bioy Casares)

FIN

¿Por qué no te leí antes Bioy? No es casual tu amistad con Borges, tan enormes ambos. Nunca hubiera podido reencontrarme con mi Paulina sin tu Paulina. Distantes, diferentes, pero ambas igualmente vitales y decididas. De tus líneas emergían emociones e imágenes de mi propio pasado. Fue cuando mi equivalente Paulina renació cual sumatoria de tu pluma y mis recuerdos. Aquella muchachita que no supe entender ni retener. Era tan sencillo hacerlo, simplemente diciéndole “te amo, caminemos juntos”. Ella, pequeña, con sus precoces 16 años y yo con mis inmaduros 19, ilusionado con la iniciada carrera, excusa a mi indecisión, que me alejaba de ella.

No supe verla, ni entendí su ilusionada expectativa y lo que juntos podríamos ser. ¿Por qué no te confesé aquella tarde? “Te amo”, aferrado a tontas y pueriles fantasías. Te vi partir inmóvil, me veo aún en ambigua e



indiferente actitud, que hoy lamento. ¿Cuál era el riesgo de intentarlo? Tú caminabas hacia la ya abierta puerta, por fuera el sol te esperaba simbólico. Nunca pude olvidar ese instante; qué hermosa estabas, con tu niña figura enmarcada en el contraluz de tu intenso sol. Llevabas un vestido liso de una pieza con escote redondo, levemente sobre las rodillas y ajustado a tu juvenil y delicado cuerpo. Giraste en medio perfil e hiciste flotar tu castaño cabello peinado en melenita, llevabas perpleja sonrisa en tus labios y sesgada mirada de frustrada ilusión. Saliste erguida hacia tu propio camino, espléndida y segura de ti misma. Con tus adolescentes años, eras mujer. ¡Qué pequeño fui entonces!

Escribiste, Bioy: “¿Cómo anhelé decirle que la quería! Tomé la firme resolución de abandonar esa misma noche mi pueril y absurda vergüenza de hablarle de amor.”

Lo que escribimos no es casual, aun los más fantásticos relatos existen, tienen vida, son verdad. En este caso, lejanos del aquí y ahora o escondidos en el enigmático inconsciente. No obstante, siempre y necesariamente están, a la espera de surgir irreverentes, exigiendo su negado destino. Mostrando nuestra desnudez, evidenciando debilidades, enfrentándonos a la propia insensatez.

Escribiste Bioy: ¿O todo era un engaño? ¿Yo estaba enamorado de una ciega proyección de mis preferencias y repulsiones? ¿Nunca había conocido a Paulina?

Nuevamente coinciden las emociones y las dudas del pasado, que permanecerán imposibles de revertir o atenuar. En última instancia, la indefinición es también una decisión. Elegir es renunciar y la indecisión habilita y transfiere a los otros la responsabilidad de asumir las decisiones.

Las dos Paulinas lo hicieron por nosotros. No fueron ellos quienes nos las quitaron, fuimos nosotros quienes no las supimos retener o quizás peor, no nos atrevimos a hacerlo. ¿Nos preguntamos, acaso, si realmente las amábamos?

“En memoria de Paulina” se abrieron las puertas del pasado, que llegan hoy increpantes, a enfrentarme con lo que no supe o no me atreví a hacer entonces. Simplemente, necesitaba decirle a mi Paulina, “te amo”. Escuetas, pequeñas y simples palabras, que contienen un universo en sí mismas. Remanente e inquisidora, queda la duda y la tardía pregunta: ¿Nuestra de-

cisión hubiera modificado el destino? Imposible e inútil acertijo por dilucidar ahora, en los indescifrables e infinitos laberintos de la existencia. Tu Paulina fue muerta por el insensato supuesto enamorado. Mi Paulina, por el contrario, sigue allí increpándome. ¿Me recordará, como yo a ella? ¿Podremos acaso conocernos, al vernos? El ego hoy me exige no indagarlo.

Hubo, sí, entre las dos Paulinas, un simbólico nexo. Tú le obsequiaste la estatuilla china de un caballo, símbolo de la pasión que no tuviste. Ella a mí, un pequeño dije de oro con forma de corazón, que conservo y me la recuerda. Que no supe ver ni retener; así era ella, un pequeño valioso corazón hecho mujer.

Homenaje a Bioy Casares: **Mi propia Paulina**



### **Lugo Méndez, Pompeyo** **La familia guaraní**

#### **Sólo necesitamos mirarnos en el espejo para saber la verdad**

La familia guaraníca estuvo formada con el marido y/o mujer principal, donde existía una relativa estabilidad en la relación guerrero-cazador del hombre, con el de educadora, facilitadora del hogar y agricultora de la mujer.

La agricultura se basa en una tradición muy rica que se transmite, básicamente, de madre a hija. Ella es, entonces, sumamente sensible para la proyección de la familia, porque de la agricultura depende la vida humana.

El siguiente paso de la cultura guaraní fue la familia sindiásmica, basada en matrimonios de parejas solas sin habitación exclusiva. El matrimonio duraba a voluntad de las partes. Este estilo se mantiene en nuestros días en sectores de la sociedad campesina pastoril paraguaya, donde nuevas parejas viven con el resto de la familia en una sola habitación y donde se nota la ausencia del Estado. En este tipo de familia, la poligamia y la infidelidad ocasional siguen siendo un derecho para los hombres, aunque, por razones económicas, la poligamia se observa raramente; al mismo tiempo, se exige la más estricta fidelidad a la mujer, mientras dura la vida en común, y su adulterio se castiga cruelmente por la sociedad. El vínculo conyugal se disuelve con facilidad en la sociedad guaraníca, por una parte los matrimonios de hecho, y después el de los amantes. El concubinato es

parte de la cultura paraguaya, donde los hijos sólo pertenecen a la madre. Esta forma fue la transición de la familia grupal al tipo de organización monogámica que existe en la sociedad paraguaya actual.

Entre los guaraníes, el matrimonio sindiásmico era inestable y fácil de romper, pues todavía no existían intereses económico-jurídicos y religiosos de una clase social dominante, salvo la de la minoría social conquistadora. Esta forma de familia fue la que encontraron los conquistadores Juan de Ayolas, Domingo Martínez de Irala y otros, entre los guaraníes. Esas comunidades se proyectan hasta nuestros días, como una forma de cultura y estilo de vida de fuerte influencia en los pueblos del Río de la Plata. Las costumbres y tradiciones de las etnias del gran pueblo guaraní constan en las experiencias del arraigo popular, resplandor místico y brillante de una nación que se resiste a morir.

Apenas nos adentramos y vivimos la cultura guaraní con su lengua y sus resplandores, quedamos maravillados y la curiosidad se vuelve admiración.

La profundidad de los pensamientos, el planteamiento poético en todas sus expresiones nos arrastran a la profundidad de su sencilla filosofía que tiene mucho que decirnos y que es importante proyectarla más allá del desaire social existente con las naciones originarias del Paraguay y del Río de la Plata en general.

La casa-pueblo campesina es una adaptación europea de la sociedad guaraníca. Me transporto en el tiempo, estoy junto al fuego, escuchando cuentos, leyendas y casos con tortillas de harina con queso, huevo frito con cebollitas verdes, doradas en la sartén.

El maíz le da un gusto particular a la comida paraguaya. Junto al fogón, mi madre nos contaba de nuestros parientes de toda la geografía.

Los paraguayos hablamos muy bien de quienes queremos y somos altamente superlativos en las declaraciones de afección amorosa. Nuestras expresiones en guaraní entrelazan la abundancia de sustantivos metafóricos sustentados por adjetivos superlativos y adverbios clarificadores, como argumentos de amistad, de belleza y de verdad ancestral. La prueba emocional e histórica es un hecho; sin embargo, la naturaleza viviente del Paraguay son mis parientes, soy parte de ella, sin ellos no existiría, y soy, por ello, la emoción, el pensamiento y la sangre paraguaya.

Es el año 1955, con apenas seis años, estoy en el corredor de mi casa pa-

terna de Encarnación mirando hacia las colonias. A lo lejos, veo eucaliptos junto a sociedades de árboles, gigantes verdes de la distancia. Frente a la casa, por la calle polvorienta y roja, pasan carretas con sandías, melones, piñas, mandiocas, choclos y otros productos. Soy un niño.

Sombras de caminantes de compañías aledañas, conocidos y extraños, parroquianos y arribeños, pasan frente a mi casa. Mis parientes son caminantes: veo a mis tíos y primos andando en dirección del hospital hacia la placita, buscando el mercado de la ciudad y el río. Jóvenes caminan en silencio sin mostrar tristeza ni felicidad alguna en sus facciones.

Con fuerza y vigor caminan las almas originarias de la tierra paraguaya. Tienen tez clara, son altos, mirada dulces y fijas, los miro, los miro y me fotografío en el pequeño espejo utilizado por mi padre para afeitarse. Miro detenidamente mi rostro pensando: estos chicos son mis réplicas o yo una réplica de ellos. Mi corazón late aceleradamente, he encontrado nuevos parientes, surgidos de las selvas. Los pueblos originarios, los guaraníes, viven en mi rostro y en mi mente, ellos son simplemente mi todo.



### ***Maglio, Claudia Marta***

#### ***El canto del buitre***

Hace un tiempo, un ornitólogo se adentró en plan de safari fotográfico por la selva africana. Tomaba fotografías de cuanta ave contemplaba.

De pronto se extasió ante el vuelo sumamente elevado de un buitre, calculó que la altura no debía ser menor de cuatro mil metros.

El buitre, luego de observar cómo aquel hombrecillo tomaba fotografías de su vuelo, y haciendo caso a su gran vanidad, decidió descender para quitar sus dudas.

A gran velocidad bajó y le preguntó, parándose frente a él:

-Buenos días, caballero. ¿Puedo saber la causa del honor que usted me hace? Ha pasado varias horas observándome y tomando fotografías de mi excelso vuelo.

-¡Oh! ¡Dios! ¡No lo puedo creer! ¡Estoy realmente hablando con un buitre Torgos tracheliotus!

-Caballero, prefiero que me llame simplemente buitre Orejudo, esa es la

denominación que más me agrada, aunque para mis amigos, soy sólo Ore.  
¿Su gracia?

-Reynaldo Cáceres. Ornitólogo y, desde hace tiempo, un gran admirador suyo.

-¡No es para menos, lo comprendo!

-¿Puedo hacerle algunas preguntas?

-¡Claro! Soy siempre un excelente anfitrión. ¿Qué gusta usted saber?

-¿Es verdad que su poderoso pico es el más grande y macizo de la mayoría de los buitres? ¿Y que el poder de arrancar y perforar la piel y los duros músculos de los animales hacen que otros carroñeros esperen primero su accionar?

-¡Emmmm! Con gran humildad, debo confesar que es cierto todo lo que usted menciona. Es más, si la “comida”, digámoslo así por favor, no ha muerto aún, puedo destruir su vida y, luego de “prepararla”, darla a mis congéneres para su alimentación. Sí, a decir verdad, siempre he sido muy caritativo, a veces demasiado, según mis hijos.

-¿Es verdad que ustedes cantan? ¿Para qué?

-¡Oh! Tan sólo es para avisar a mis hermanos la presencia de comida, y que se aproximen a buscar sus porciones ¿Comprende?

-¡Sí! ¡Estoy extasiado con su conversación! ¡No lo puedo creer!

-¡Gracias! Pero permítame, debo continuar con mi labor...

-¡Haga, haga!

El buitre inmediatamente despegó. El ornitólogo no daba crédito a lo sucedido y, tampoco entendía su pronta desaparición. Siguió caminando y disfrutando, cuando oyó al buitre cantar. ¿¡Cantar!?! Sabía que sus oídos no se equivocaban, y el buitre menos. ¿Cuál era su posibilidad de escapar?

Se agachó, formando una esfera cuan pequeño pollo a punto de ser rostizado, y esperó su turno. Sabía que el final se aproximaba, pero ¿por qué? Había sido tan amable con él. Pero, mientras el buitre amigo lo horadaba hasta sus tuétanos, le susurró:

-¡Nada personal, Orni! ¡Es tan sólo mi naturaleza!

## *Mazza, Mariana*

### *Despojo en el Bronx*

La radio en AM informa, entre singles comerciales, la tragedia que ocurre en Brooklyn, ciudad al sur del Condado.

Una psicóloga con tono pausado cuenta, hacia los confines remotos del continente, de qué se trata esta realidad polisémica, cuyo origen radica en los impedimentos que afrontan las comunidades étnicas para legalizar el estatus migratorio, sintetizando el modo en que este drama repercute sobre el entretejido social, aflorando en la escuela, en la familia y en los barrios.

Cuenta que las calles susurran un descontento cargado de preguntas, que nadie se anima a contestar... Son un espejo, en el cual los nativos evitan mirarse.

Aquel día martes, amaneció nublado. Unas tijeretas presumidas recortan el cielo gris. Afanosas, arman su nido en las hamacas de la plazoleta. Y el nido en su mente cobra la forma de una pelota vieja, y el revoloteo de las aves una gambeta precisa, que termina en un gol ruidoso y colorido como el ómnibus escolar, que siempre llega opresivamente puntual, transportando a todos los niños de la cuadra, como él.

“Cuando regrese, ya lo habrán terminado”, pensó. Cargó su mochila abierta con la carpeta de dibujo, su abrigo y la pelota (que ya era del barrio).

Transcurrida la tarde entre timbres, guardapolvos y témperas, el transporte escolar los devolvió puntualmente a su lugar más querido. La pelota rodó a la plazoleta y las tijeretas permanecían ya, en el nuevo nido. Había allí el más débil de los soles. Las cortinas del comedor abiertas de par en par presagiaban nuevos huéspedes en casa.

Rápidamente, se deshizo de su guardapolvo y de su bolso. Temeroso de que el presagio fuese válido, otorgó el pase al equipo contrario, ofreciéndoles, esta vez, la oportunidad de arrancar el partido con la pelota. En su mente, una suma de concesiones y un par de goles darían vuelta la realidad y el partido (que ya era lo de menos).

Apeló a la discusión de una falta, con la intención manifiesta de asegurarse una extensión del mismo; quince minutos de alargue significaba delatar un dolor presumido y altivo, que, esta vez, ocupaba su casa sin previo aviso.

Esa noche de abril, regreso a casa, la luna se empañó y su mirada de niño también. Su tía Helena lo recibió con un temple programado, recogió sus cosas y detuvo sus sinceros ojos claros en su rostro frío. Las palabras se desvanecieron ante semejante situación, los gestos parecían no articularse para reflejar lo que acontecía.

Un plato caliente y bien servido acompañaron este despojo indigerible. Con una destreza espontánea, ella retomó las jornadas siguientes, propias de aquel hogar. Y no con menos elocuencia que los dueños despojados, reescribió sin vacilar una nueva historia.

Transcurrió el tiempo... Nevadas, tornados y veranos se alternaron con una secuencia cada vez más inesperada. Toda una vida consagrada a la espera de un llamado, una noticia o un anuncio de sus paraderos. Meses comparando voces, asimilando rostros familiares, descubriendo rasgos de aquel árbol genealógico, podado fuera de estación, por un jardinero ingrato que desconoce de botánica y de códigos.

En ese silencio incómodo y constante, hilvané mi historia como pude; amontóné culpables, distribuí aquellas culpas de algún modo, las redistribuí en terapia y me asigné algunas. Me distraje seduciendo, renegando con la nieve, ansiando hijos, viajando, conociendo nuevas culturas y otras formas de mirar. Todo eso... siempre con el doblez de volverlo a intentar.

Una tarde cualquiera, en una estación de tren neoyorquina, creo oír una melodía de mi infancia que renacía entera y lozana de un acordeón. Mis pasos se aligeraron y deambulé sin pensar, guiándome sólo por aquella música. Sorteé a mi paso calvos, distraídos, niños, bastones y paraguas. Atravesé, ileso, un embotellamiento de curiosos, un público embelesado con una dama hondureña, del color del cobre, con cabello crespo y frente despejada, que cantaba en arahuaco, con la mirada fija en su acordeón.

Una pollera estampada y con vuelo cubría la cicatriz de los grilletos en sus tobillos. Supe de inmediato que algo tenía que ver con mi historia desgastada y desdibujada en el tiempo. Al cabo de precoces cavilaciones, supe también, que una jugada más me quedaba, en este escenario fugaz.

Deposité un billete gordo en la gorra y me detuve allí hasta el final. Cuando los acordes enmudecieron o mutaron quizás hacia otro acordeón, en silencio y con una complicidad (a mi juicio evidente), colaboré con el guardado de los instrumentos y, al detener su mirada en la mía, me llamó por mi apodo y le sonreí feliz.

## *Mineo, Mirta Beatriz*

### *Misterio insondable*

¿Por qué las medias, que nacen mellizas, puesto que a nadie se le ocurre fabricarlas en un número distinto de dos, tienen esa extraña costumbre de quedar huérfanas de su pareja, ¿o se dirá viudas de su gemela?

En todo caso, es un misterio que trasciende las fronteras y deja el siguiente interrogante: ¿adónde va a parar las medias perdidas?

Es evidente que estas estrambóticas desapariciones son fruto de la vida moderna y de su ritmo enloquecedor que obliga a la gente a hacer todo a las apuradas y confiar demasiado en las máquinas.

Antes, cuando las medias se lavaban a mano, se lo hacía siempre por pares. ¿A quién se le hubiera ocurrido la peregrina y desordenada idea de enjabonar una media azul con otra roja? Esa herejía no pasaba por la cabeza de ningún ser humano que se preciara de tal. Luego cada media era prolijamente colgada de la soga del patio, al lado de su hermana, para estrechar lazos familiares y disfrutar juntas del sol. Una vez secas, se procedía al ritual ancestral de estirarlas una encima de la otra y comenzar a enrollarlas, a ambas a la vez, desde la punta del pie hasta el puño. Cuando este rollo estaba bien logrado, sólo quedaba abrir el puño de un miembro del par y, como por arte de magia, envolver ambas medias que quedaban protegidas en esa especie de nido acogedor, del que era imposible que uno de los componentes de la pareja se escapara para ir a recorrer el mundo. Finalmente se las acomodaba a todas en el mismo cajón en el que ya no corrían ningún riesgo. El único peligro se ponía en evidencia en el momento de abrir el cajón, pues entonces, como impelidas por un ansia insaciable de libertad, podía suceder que alguna de esas especies de esferas “mediales” saliera volando por los aires para esconderse en alguno de los intrincados e inaccesibles laberintos que se forman bajo la cama en estos casos, particularmente si uno está verdaderamente apurado; es en ese instante fatal en que hacía su aparición el perro de la casa, el que se mostraba como un experto cazador lanzándose bajo el mueble cual flecha a la pesca de su presa, para salir a toda velocidad con el trofeo en la boca e ir a destrozarlo alegremente en medio del patio. Por suerte estos trágicos hechos no sucedían con demasiada frecuencia y la mayoría de las veces la gente lograba salir de su casa a horario con las medias apropiadas correctamente puestas.

Esto cambió abruptamente con el arribo de la tecnología a los hogares



y las medias comenzaron a caer a granel dentro de los toneles de los lava y/o secarropas que deben tener una salida secreta por la que se escapa alguna de estas rebeldes. De otro modo, ¿cómo se explica que se coloquen todas las medias en la máquina, junto con las otras prendas, y al terminar el lavado o el secado sistemáticamente falte al menos una que se empecina en seguir desaparecida?, y por más que se revisen todos los vericuetos de los aparatos, todos los pliegues de las demás prendas, la media continúa perdida. Y en el supuesto caso que por algún extraño milagro logren salir todos los pares completos, como ahora simplemente se arrollan en forma descuidada, desaparece alguna de adentro del cajón sin dejar rastros.

Es evidente que este problema se verifica a nivel mundial, ya que los arquitectos diseñadores de muebles se jactan de hacer divisiones especiales para las medias e impedir las desapariciones subrepticias. Pero por más que se gaste en estos dispositivos, en la realidad, el resultado es más que paupérrimo y la gente continúa guardando las medias solitarias en una bolsa separada, con el secreto anhelo de recuperar algún día a las hijas pródigas.



## ***Negrete, Gustavo Adolfo***

### ***El hombre que transformó su cerebro***

Atilio Mendoza llegó muy tarde esa noche a su departamento, su jornada había transcurrido con sobresaltos porque su jefe otra vez lo maltrató por los escasos resultados de sus investigaciones en el caso Galindo, de la calle 55 en Berazategui, Buenos Aires. Agobiado hasta el hartazgo, no le quedaban ganas ni para sacar su cena del refrigerador, de modo que solo tomó una cerveza y se quedó dormido en un viejo sofá. Sus sueños no fueron más tranquilos, ya que una serie de pesadillas se sucedían una tras otra, sin que pudiera descansar su mente. El caso Galindo no lo dejaba tranquilo desde que se suscitó aquella noche del 7 de julio de 2014. Y a la fecha, 3 de enero de 2016, no había logrado reunir suficientes pruebas en contra de su principal sospechoso, Norberto Ferrero. Resuelto a descansar, se retuerce en el sofá e intenta dormir. Se presentan los sueños una vez más y su aturrida mente lucha por manejar la situación dentro de

ellos, percibe una energía que lo ayuda a despejar las nieblas que ocultan los rastros que ve, y sabe que corresponden a Ferrero. Este es un hombre muy astuto, analítico, que no da un paso sin haberlo estudiado plenamente antes de ejecutarlo. Poseedor de una cultura envidiable, no demuestra una pizca de sensibilidad ante hechos en que cualquier ser humano normal derramaría una lágrima. Y era esto precisamente lo que lo llevaba a él a la ira. No podía comprender cómo siendo Ferrero tan culto, y de un aparente razonamiento, ante las situaciones por las que cualquiera pudiera plantar una molestia, sin embargo él no mostraba un comportamiento igual a los demás. Atilio Mendoza esa noche resolvería el caso. Decidido, se dejó llevar por las pesadillas a ese mendo absurdo, fuera de toda lógica y entrando a un laberinto absolutamente desconocido, siente que su cerebro funciona como el de otra persona. En efecto, se desconoce a sí mismo, percibe una manera de pensar diferente, su estructura mental ya no es la misma, su sistema de valores tampoco. Una figura se presenta ante sus ojos, y es la de Ferrero, que se le acerca y se inserta en la de él, haciéndose las dos una sola. Un pensamiento le resuena en la cabeza: “ese estúpido inspector Mendoza jamás podrá atraparme, no tiene cerebro suficiente como para seguir mis pasos”. Tal vez una sola neurona en toda su cabeza es consciente de su verdadero yo, y “oculta de las demás debe mantenerse vigilante de la situación por la que está pasando y no ser descubierta”. Ahora tiene la pista con la que puede atrapar a Ferrero. Desde que la señora Mercedes Galindo desapareció, nunca las autoridades pudieron determinar su paradero. Norberto Ferrero nunca permitió que nadie más lo visitara. Pero Atilio Mendoza sentía que algo en él no podía permanecer tanto tiempo sin pasar desapercibido. Era ese ligero olor que emanaba y que impregnaba a todas las cosas que tocaba. Pudo reconocer, cierto día que pasaba por un frigorífico, el olor. Era el de la carne, y ahora en su mente se presentaba otro pensamiento: “Nadie debe enterarse jamás de que estás aquí sentada en tu sillón, con las puertas y ventanas herméticamente cerradas no se sentirá tu presencia, ¿verdad, mamá, que es así?, ya no nos queda ningún pariente, pero no te preocupes, yo no te voy a abandonar como me abandonó a mi Cintia, esa maldita, maldita esposa”.

En la mañana siguiente, Mendoza se despierta, un zumbido molesta a su oído y sin darle importancia, sigue con una rutina desconocida en él; toma un café amargo, y cierra todas las ventanas de su departamento, sin ducharse sale a la calle y se dirige a tomar el subte de la línea C. Con las ro-

pas desprolijas, llega contrariado a la oficina del departamento de policía, donde trabaja. Una lucha interna se desarrolla en su cabeza:

-¿Quién soy, Ferrero o Mendoza? Mientras que Ferrero domina al cerebro, y... le dice: -tengo que sembrar pistas falsas que estos estúpidos no puedan seguir, y al fin consiga que me dejen en paz, sobre todo ese Mendoza, idiota que ni siquiera puede atarse los cordones de sus zapatos-. Por otra parte, Mendoza intenta que su capitán Carlos Ortega logre captar la señal que le quiere dejar: -Es el olor de la carne podrida, capitán; por favor, dése cuenta, la ropa de Ferrero siempre tiene ese olor, tiene a la madre muerta escondida en la casa, a la que hace casi dos años nadie entra-. Pero antes de alcanzar a hablar, gira sobre sus talones y sale de nuevo a la calle. Recorre la ciudad y entra en un bar, donde se dirige a una mesa en un rincón, con una peculiar forma de fumar, que hace que el mozo lo confunda. -Buenos días, señor Ferrero... ¡Oh!, disculpe, señor, lo confundí con otro cliente-. Sin responderle, acepta el café amargo que le ofrece, y mira por la ventana fumando, como planeando algo. Sale del bar y comienza a recorrer librerías, ferreterías y armerías. Llevado a esos lugares, sin control como un auto que se va hacia una banquina, Mendoza siente que no puede controlarse de ir a esos negocios. Sabe, no obstante, que es Mendoza, y emprende el regreso a su departamento con gran dificultad. Abre la puerta y las ventanas, deja que la brisa que entra por ellas le acaricie la cara, llega al botiquín y toma unas pastillas para dormir, que el médico de la institución le recetó. Ingiere tres de ellas, y al fin es derrotado por el sueño. Se presentan las pesadillas y nuevamente lucha por volver a ser él otra vez; se pone en marcha el recorrido del laberinto doloroso, los zumbidos ahora son más intensos, el sudor moja sus ropas, y de a poco ve aparecer su propia imagen que se va apoderando de su cuerpo. Amanece, y se dirige al Departamento de Policía, al despacho del capitán Ortega.

-Capitán, necesito una orden de allanamiento para entrar en la casa de Ferrero, tiene a la madre muerta dentro, desde hace casi dos años. Esta vez lo tenemos, tengo un "olfato" que no falla.

## *Nessi, Analía Clara*

### *El libro*

Estamos acostumbrados a ver pedidos, quejas y denuestos. Pero cuando una nota es para reconocerle los méritos a alguien, el asombro nos hace enmudecer. Como veremos, este no fue el caso.

Un grupo de personas del Instituto escribieron un libro, fruto de sus tareas de Investigación Biomédica. Entre ellos estaba La Baronesa, cuyo humor hemos visto en otro capítulo, y que tuvo la poco feliz idea de poner, antes de la publicación, un post en Internet, diciendo que con su grupo “parieron” un libro.

La Dra. Rosilda Bessari, que era coautora de ese libro, reunió a sus colaboradores en su laboratorio y después de mostrarles el post de Facebook, les dijo:

-¡Ja, ja! ¡Yo no parí un capítulo! ¡Mi obra salió de mi intelecto, y no de otro lugar!

El Dr. Rolando Lacchi, y todas las personas que se encontraban en el laboratorio, primero rieron, pero luego acordaron en que les parecía de muy mal gusto homologar algo que se genera en la soledad de las propias neuronas, que es fruto de las facultades intelectuales superiores de un ser humano, con algo que es automático, y que sólo sigue un plan de desarrollo, pautado por la genética.

-Y que además, el producto final, puede o no resultar viable-.

-Salvo en los momentos previos a la fecundación, que para algunas personas es la concepción -dijo Rocenas-, nada depende de la voluntad humana, ni de cualquier otro ser vivo-.

-¡Ja, ja! Exacto, como todos ustedes saben, todo es un plan preestablecido, que se va cumpliendo paso a paso, y que si alguno de esos pasos no se cumple, puede haber grandes problemas.

-Y que se cumplan o no, no depende de ninguno de los padres -dijo Rolando. -Por eso es automático-.

Al decir esto, todas las miradas se fijaron en La Baronesa, quien empezó a sentir que algo andaba mal. Rosilda le preguntó:

-¿Y en qué te basaste para hacer esa homología?-

Algo descolocada, Gluttoni le contestó: -Yyyy... en el esfuerzo...-.

El Dr. Rocenas le salió al paso, diciendo: -Tenga cuidado, Doctora, que

si usted hace demasiada fuerza, es posible que salga otra cosa-.

Ante la hilaridad general, agregó: -Pero a eso no le llame “libro”-.

Llorando de la risa, Rolando dijo:- Nosotros escribimos libros, pero parece que Dra. Gluttoni “pare” libros-.

-Ya habíamos visto al principio de la reunión que seguimos sin reconocer méritos- dijo Rosilda. -Lo que es válido para uno puede no serlo para otro-.

-Y quien ha tenido experiencias de vida distintas, no necesariamente tiene que estar equivocado- terció Rocenas.

-Todos somos el centro del Universo, porque lo conocemos a través de nuestros sentidos, y de la interpretación que nuestro cerebro le quiera dar. Por lo tanto, acusar al otro de equivocación es una actitud pueril, ya que no conduce a dilucidar ninguna verdad- dijo Rolando-.

-Einstein dijo que es más fácil creer que pensar, y que por eso hay más cantidad de creyentes que de pensadores- apuntó Clair.

-Tal cual-.

-Por otra parte, ¿qué es la verdad? -preguntó La Baronesa.

-Hay tantas como seres humanos -dijo Rosilda. -Cuando lo que se considera Verdad no ofrece diferencias estadísticamente significativas entre lo que acepta y no acepta el “establishment”, el grueso de la población la considera como válida, y no la cuestiona-.

-Creo que sería algo así como la “democracia del pensamiento”, donde uno es el buen ciudadano que quiere el gobierno, o un buen creyente, como espera la religión oficial. Pero cuando se adopta una mentalidad cartesiana tipo “cogito ergo sun” y se cuestiona todo, la persona debe tener una gran fortaleza interior como para poder no solo sostener su punto de vista ante su entorno, sino ante sí mismo, cuando las dudas entre creer y cuestionar lo abrumen -dijo el Dr. Raggi.

-Está bien, doctora -dijo Rocenas, levantándose, y dando por finalizada la reunión. -Ud puede seguir pariendo libros, ¡pero nosotros los seguiremos escribiendo!-.

## *Ninno, Julieta*

### *Puro de corazón*

*“Pero, ¿con qué armas puede uno enfrentarse a la mala fe cuando tiene la desgracia de ser puro corazón?”*

El hombre simplemente observó los árboles de ramas desnudas por la ventana, de tonos grises y marrones, y sorbió el último trago de su taza de café. Era el más dulce, la última esencia del azúcar mezclada con los más fuertes granos de café. Aquella era una tarde helada, en esos momentos en los que el sol se posaba tras el margen del horizonte. La nieve se pintaba con colores cálidos a pinceladas de acuarela por los últimos rayos del sol, y la despedida de éste se hacía más lenta con el pasar del tiempo. El hombre se refugió en su grueso suéter de lana y escondió las manos en las mangas, como hace un niño resfriado en una noche de invierno. Había encendido la calefacción hacía algunos minutos y echado leña al fuego más de una vez, pero el pasar del tiempo parecía algo inexistente. En algunos momentos, pudo jurar que podía sentirlo pasar. Podría sentir sus helados y testarudos dedos arrasar con los minutos hasta que terminaban, podía sentir cómo el tiempo jugaba con las manecillas del reloj y aplastaba cada segundo. “Qué cosa más extraña el tiempo”, se dijo a sí mismo.

Sobre la cama yacía un libro con páginas amarillentas de textura gruesa y soñadora, que ya había hojeado una que otra vez con desgano. Ya no tenía ganas de nada aquel día. La injusticia se había apoderado de su ánimo aquel jueves y le había arrebatado su alegría a tiras en blanco y negro. La luz en él se había consumido como un foco roto, titilante y apagado. Su sonrisa no existía en su cara en ese entonces, solo quedaban sus ojos verdes de brillo infinito, sin expresión alguna.

“Pero, ¿con qué armas puede uno enfrentarse a la mala fe cuando tiene la desgracia de ser puro corazón?”, pensó, “pues los cuchillos eran demasiado agresivos, y podrían engañar a aquel de sueños desesperados con su doble filo. Y hay que tener mucho cuidado con ellos, porque pueden traicionar como la espina de una rosa perfumada. Entonces, tal vez, podría probar con un arco de flechas de oro, pero el aire podría ser cruel y desviar las flechas a almas inocentes. Y, en un caso extremo, intentaría con un arma de fuego, pesada y potente, aunque esta podría volverse en mi contra, pues nunca sabría quién jala el gatillo. Finalmente, en el peor de los

escenarios, usaría una granada, pequeña pero con un poder inimaginable, ya que las cosas que uno espera que nunca funcionan terminan siendo las más útiles. Pero soltar una granada así como así no sería la mejor idea, pues arrasaría con fantasmas puros que intentan descansar en paz bajo tierra y enviaría a varias personas con ellos”.

Y, al fin y al cabo, el plan solo es defenderse contra la mala fe. Aunque, ¿era aquello posible? Pues no había ningún arma posible (o que a él se le ocurriera) que pudiera derrotar aquella fuerza. Y menos cuando se es puro de corazón.

“Pero, ¿con qué armas puede uno enfrentarse a la mala fe cuando tiene la desgracia de ser puro corazón?”, pensó, “tal vez uno solo debe usar su poder oculto de observar, callar y triunfar. Porque podemos ser el arma más letal si tenemos el valor de ser nosotros mismos”. Y sus pensamientos se consumieron como una vela en una noche oscura, solitaria y sin respuestas, porque sus ojos solo se podían concentrar en la delicada lluvia que caía afuera en ese entonces.



**Orellano, Verónica**  
***El bebé y el galán***

*Se habla con frecuencia de los ensueños de la juventud  
Pero se olvidan demasiado sus cálculos.*

Marguerite Yourcenar

Inicio mi andar por el frío con el bebé en brazos. Es increíble lo grato que estaba ese bar. Me sentí bien –creo- allí sentada, y ese cortadito caliente que acariciaba mi garganta y mi estómago. Pero el bebé está inquieto y tengo que volver. Por eso abandoné calor y buenas sensaciones. Una mamá siempre está dispuesta.

Sin embargo, algo queda todavía del bar. Este hombre que me acompaña -sin acompañarme, claro- cruzó conmigo miradas interesadas. Y ahora camina a mi lado y siento que me mira. Me arrebujó –arrebujó al bebé- y junto su cabecita con mi cara. Debe ser una buena imagen. Con el frío se me colorean las mejillas y me veo más viva. Mis ancestros alemanes se

aparecen con todo a través de mi piel. Es bueno ser hermosa, y tener un bebé que cuidar ahora, justo ahora que él me está mirando.

Caminar no es fácil con este viento en contra. Mucho menos con el bebé que pesa cada día más. Es increíble lo difícil que se hace retenerlo firme a la altura de la cara. Intento ir más rápido pero sólo me deslizo —en realidad el bebé se me desliza— con gran esfuerzo. Ya está a la altura del estómago. Siempre es así. Se me cae. ¿Pensará el hombre que no lo cuido bien?

El calorcito de la frazada del bebé acaricia mi cara. Yo la aprieto fuerte porque el frío está insoportable. Pero eso significa que a él los piecitos le quedaron afuera. Bebé, por qué te movés así. Por qué te salís de la frazada. No es justo con una mamá que quiere verse bien.

Basta. Yo lo bajo al piso para envolverlo bien. No tengo en qué apoyar, y es lógico que haga este movimiento. No se le ocurrirá criticarme, a este hombre. Después de todo, con el frío, un bebé no puede ir con los pies fuera de la frazada. Una mirada fugaz no me alcanza para saber si él me mira con ojos críticos o comprensivos.

Lo malo es que al apoyarlo en el piso veo que también se le salieron las medicitas. Esto me inquieta mucho porque debe de tener los pies helados. Pero no alcanzo a sentirlos porque lo alzo rápido del suelo. Qué pésima imagen parar en el piso a un bebé descalzo, y con este frío. Cualquiera puede decir que soy una madre descuidada.

Estoy angustiada y me siento mal. Camino —intento caminar— cada vez más rápido porque el bebé se va a resfriar. Pero me pesa tanto y tengo todo el cuerpo contracturado. La espalda es una piedra, y los hombros, un río húmedo de cansancio. Sobre todo el hombro izquierdo que me arde porque soporta todo el peso del bebé. Me agito y de pronto rozo los pies del bebé que están heladísimos. ¿Qué voy a hacer? Esta persona que camina a mi lado parece que entra a su casa: yo le pido que me deje acomodarse al bebé en algo horizontal, una cama o algo. No creo que se enoje.

Cuando entramos, el ambiente es oscuro y huele a humedad. Recorro pasillos con olor a viejo. ¿Qué cómo es el olor a viejo? Es carnoso, a pis, a sábanas que no se lavan mucho, porque la pobre mujer no tiene ya la fuerza. Quizá ni siquiera un lavarropas automático. Es una casa pobre. Yo debo estar loca entrando aquí con el bebé, pero ya no aguantaba.

Se ve que ella está más apurada que yo, porque la escucho orinar antes de hacerme espacio a mí. Si yo lo único que necesito es una superficie horizontal para cubrir bien al bebé e irme de allí. Pero me presta —en vez



de almohada- esos almohadones redondos con un hueco en el medio, que usan los viejos para sentarse porque les duele el culo. Parece que no tiene otra cosa, así que lo acepto.

Pero cuando voy a apoyar la cabecita del bebé en el almohadón, noto que está húmedo y tiene olor a pis. Qué asco. Cómo voy a hacer eso. Así que lo corro para arriba y apoyo al bebé así nomás sobre la cama, aunque le quede un poco baja la cabecita.

Claro, tenía razón. Con los piecitos helados así, no se podía. Le pongo bien las medias, ajustaditas, y le doy un masaje, rápido porque el olor a pis es insoportable. El bebé también debe estar pasado de pis, pero ni loca se me va a ocurrir cambiarlo ahí. Lo envuelvo bien en la frazadita y salgo de la habitación. Quiero salir de esta casa rápido, pero mi cuerpo está rígido y el hombro izquierdo me duele tanto. No sé si voy a poder dar un paso.

La anciana quiere ayudarme y estira su brazo hacia el bebé. ¿Cómo vine a parar aquí? No puedo ser una madre tan inconsciente. No puedo tolerar que ese brazo sarmentoso se acerque a mi bebé. Quiero correr, pero tengo todo el cuerpo duro y mi cicatriz en el hombro izquierdo es casi una llama viva.

Y entonces vuelvo. Vuelvo a la consciencia. No hay bebé, ni galán, ni anciana. Yo estoy sola, en la soledad de mi casa, en la soledad de mi vida. Con mi cicatriz ajustada por el enredo de mis propias sábanas, que no huelen del todo mal.



## ***Poma, Guillermo Alberto***

### ***Acontecimiento***

Promediaba la tarde cuando, terminado el trabajo y entregada la información que habíamos ido a cargar a Buenos Aires, salí presuroso para poder llegar antes de que se acabaran las entradas.

En Buenos Aires, para todo hay que hacer colas. Es una suerte cuando algo se consigue de forma inmediata. Pero ese día, a pesar del calor y de la espera, nadie iba a moverme de ahí hasta conseguir el pequeño trozo de cartón troquelado que me habilitaría, que me permitiría trasponer el

umbral hacia ese otro plano desconocido y anhelado por tanto tiempo.

Llegué a la ventanilla; no era cualquier ventanilla: tenía un grueso cristal en el que se incrustaba una especie de altavoz que tornaba metálica la voz del que despachaba haciéndose entender más por señas que por sus palabras. Como sea, luego de *gatillar* el importe requerido, tuve por fin en mis manos el salvoconducto: adornado de un fondo dorado y letras en diminuta negrita, rezaba “*Fila 7 – Butaca 9*”. ¡Ah, ya era mía!

Corriendo, me zambullí en la boca del subte sintiendo que también él, un bólide de sonoro acero, se apresuraba conmigo; y volé a bañarme y cambiarme para la ocasión.

Bajo la ducha, no podía dejar de imaginarme cómo sería aquello, y distraído tuve que recoger varias veces la pastilla de jabón que me saltaba inquieta de las manos. De reojo miré la hora y estaba todavía a tiempo. Presuroso me calcé la ropa sin pensar, pues era lo único que había llevado para ponerme por si acaso se presentaba la oportunidad.

Peinándome (permítaseme este alarde...) como podía corrí por el camino de vuelta a subir en el colectivo y luego a dejarme tragar otra vez por la devoradora boca caliente del subte. No importa: el acontecimiento lo valía...

Cuando salí nuevamente a la superficie, ya habían avanzado las sombras y las luces de la ciudad empezaban a mostrarse orgullosas, definiendo de otra manera el perfil de los edificios y espacios abiertos. Y allí, como un templo griego trasladado en el espacio y en el tiempo, adornado con potentes reflectores y escalinatas vestidas con alfombras rojas que realzaban los adornos de arabescos hierros forjados, me esperaba con sus puertas abiertas de par en par, anunciando el evento de esa noche.

¡Oh, templo de los lenguajes sin palabras! ¡Oh, sagrado espacio en el que nos expresamos y nos entendemos en el idioma universal de la música y la danza! ¡Oh, Teatro Colón, referente mundial de la lírica y los artistas que trascienden las fronteras!

Estaba allí, con mi atesorada entrada de dorado cartón, en el umbral de deslumbrante belleza arquitectónica, una hora antes del comienzo y sintiéndome como un potro sujetado por los hábitos y rituales de salón que se acostumbra. No podía perder tiempo en vanas convenciones y me acerqué a preguntar si podía pasar al salón “...*para ir conociéndolo...*”. El mágico rectángulo de cartón dorado lo hizo posible. Me senté en la butaca nueve de la fila siete, solo para dejar el programa sobre el cuidado

terciopelo carmesí y levantarme como un resorte con la boca abierta ante tanta belleza que me rodeaba.

Estaba solo en medio de aquella bóveda en forma de dorada herradura de seis pisos que se cerraba sobre el escenario donde ya lucían acomodadas las butacas de la orquesta y, hacia adelante y en el centro, el monumental piano de cola lucía lustroso, orgulloso e imponente en la espera del pianista que le haría cantar en el lenguaje y con la voz de la que solo los pianos son capaces. Por eso soportaba, pacientemente, a que el afinador le aplicara los últimos ajustes. Cuando terminó de afinarlo, me miró y se marchó indiferente.

De a poco, fueron llegando los músicos portando sus instrumentos a los que, con cuidado, casi con devoción, sacaban de los estuches y comenzaban a afinar, a repasar los compases que debían reforzar, a saludarse mutuamente con los otros músicos que iban llegando, en fin; comenzaban a poblar el lujoso escenario. Chelistas y contrabajistas se asomaron, precedidos de sus magníficos instrumentos. Como si formaran un clan dentro de la orquesta, comenzaron a afinar gravemente y con la mirada montada en el clavijero, hasta que uno de ellos soltó una carcajada a la que siguieron los resoplidos de los cuernos en el fondo del escenario y el juego en sube y baja de los trombones, las escalas de clarinetes y fagotes que no lograban superar el dulce y penetrante coro de oboes y flautas traversas. Por último se sumaron los violines, dispuestos en abanico alrededor del majestuoso piano hasta donde las violas completaban con los violonchelos el semicírculo de brillante madera. Al fondo, enormes tímpanos, campanillas y redoblantes completaban el ensayo. Por fin, sobrevino abruptamente un silencio cuando la primera violinista de la Orquesta Filarmónica de Buenos Aires hizo su entrada. A un toque de la nota central del piano, todos afinaban sus instrumentos con el patrón impartido. Repitieron tres o cuatro veces el procedimiento y, ante una sutil señal de esta capitana, comenzó a disminuir la intensidad de la luz en el salón que con palcos, tertulias y galerías, rebosaba de genuinos amantes de la música. Luego, bajo una lluvia de aplausos y esquivando con maestría a los músicos, el Director y el Solista hicieron su entrada saludando agradecidos el recibimiento. Una mirada de acuerdo con el pianista que le confirmó estar preparado y un toque discreto de la batuta fue el final de la espera.

Y comenzó el concierto. Suave, como el terciopelo que me acogía en la

firme butaca, el segundo concierto para piano de Rachmaninoff invadió la atmósfera en la que comencé a volar con cada oleada de la vibrante orquesta a la que casi podía tocar. Mi sueño se había hecho realidad.



### *Prezioso, Ricardo José*

#### *El premio*

Resultaba increíble que Oscar Manzi le hubiese ganado un partido de naipes al mismísimo Diablo, habiendo sido su vida buena para nada; era un escritor frustrado. Ahora podría ver cumplido el sueño de ser Premio Nobel en Literatura, eso le reclamó al Señor de los infiernos, por su derrota.

-Se lo concedo -dijo el Demontre-, pero deberá cumplir paso a paso mis indicaciones.- Oscar Manzi escuchaba las condiciones impuestas, conmiñándolo a respetar estrictamente sus indicaciones.

-Hace poco más de cuarenta años, hice realidad el pedido de alguien, en un lugar llamado Sierra Maestra.-

Las cejas de Satán se levantaron en forma de V, transformando su mirar como un apelativo de terror y talión. Continúa:

-Una década más tarde, un periodista me solicitó lo mismo que usted, también le fue otorgado.-

Desacelerando su ira, explica con lacónica voz:

-Con el tiempo, los dos fueron amigos. El segundo nombrado formó en La Habana su taller literario, veinte discípulos, actualmente enseñan en distintos lugares del mundo. Uno reside en Buenos Aires, es cubano, su nombre es Elio Pérez, usted se contactará y únicamente le relatará siete cuentos reales extraídos de sus vivencias, él deberá escribirlos, pero su inspiración llegará solamente si los escribe en su tierra; hablaré con una de las personas que le nombré para que no tenga ningún tipo de inconveniente y pueda desplazarse a gusto en su país.-

Luego, con amenazante gesto, le dijo:

-La persona premiada será usted, y el monto en efectivo del premio será para el señor Elio Pérez.-

Oscar Manzi llegó a contactarse con el cubano; sin dar explicaciones no creíbles, logró convencerlo de que realizara algunos bocetos de sus historias. Elio tenía un hábil conocimiento de la docencia, aunque no le conocían escritos de su autoría; en su conversación siempre entrelazaba algún recuerdo de su Cuba, anhelada y proscrito, pero nunca haciendo notar su nostalgia, por el contrario, daba la sensación de encontrarse a gusto. La propuesta de Oscar Manzi fue frontal; al contar con un cómplice oculto, le manifiesta:

-Elio, te relataré siete cuentos que grabaremos, tú les darás vida en letras, la paga será un millón de dólares.-

Deja a disposición un adelanto de dinero que lo hacía real.

-Las condiciones serán que viajes con los relatos a Cuba y en exactamente siete semanas, concluyas el trabajo.-

Las playas de Cardenas fueron las primeras que recibieron a Elio, la magia iba llegando de a poco; escuchando los relatos lograba dormirse sobre las eñes, sentarse en la L, trepar una F, acomodar los puntos y coma de su vida; todo era una armonía que permitía acomodar las letras con el alma, al punto que los cuentos fueran cerrando, atados con hilos invisibles. Los olores, el paisaje poco cambiado, el escuchar permanente la tonada caribeña, lo reencontraron con la narrativa, que fluía hacia el papel en forma natural. Así fue que dio forma a un cuento por pueblo, como Trinidad, Ciego de Ávila, Gibara, Guañe, Jarahueca Holguín y Manzanillo. Los siete relatos de Manzi habían tomado vida y, tan sólo en días, el Príncipe oscuro eligió el color rojo para la tapa del libro; únicamente se observaba humo como ilustración. La elección del libro premiado era un hecho del más allá. Estocolmo recibió a Oscar Manzi como máximo exponente de las letras, mientras Elio observaba con emoción la entrega como propia. Todo había concluido, Manzi no asumió nunca el premio, sólo releía una y otra vez sus relatos. El Diablo contaba con mucho tiempo a su favor como para esperar otra oportunidad y Elio, reencontrado con él mismo, estaba abordando un vuelo con destino a La Habana.

## **Rodríguez, Fernando Martín**

### ***La danza de las valquirias***

Dejame que te explique, no es lo que vos te imaginás. Pensás que me chifló el moño, que no medía las consecuencias. Y sí, puede ser, por ahí fue una cuestión de resistencia cultural, de insurgencia natural que tenemos contra el poder, una contra-hegemonía, si querés. Pero dejame que te cuente lo que fue esa noche. Lo hubieras visto, ni los pronósticos más ambiciosos hubiesen metido tanta gente. Porque es un teatro minúsculo de Berazategui, una obra menor, de un director ignoto. Pero la gente se había agolpado en la puerta, seguro por el descuento en la entrada o el corte de tv por cable desde hace 3 días o porque el teatro tenía aire acondicionado en la calurosa noche de zona sur. Aparte, era una obra de época, “La danza de las valquirias” y estábamos ahí, viste, 5 monos vestidos como Luis XV.

Yo había leído en un libro de un tipo, que llamaba Stanislavski o Jaroslavsky, no sé bien, que decía que él, antes de salir a escena, tomaba 3 tragos de whisky para la suerte. Bueno, yo hice lo mismo. Y funcionó, viejo, estaba desinhibido, era una luz, parecía Al Pacino. Eso, el Al Pacino de Berazategui.

Estábamos terminando el tercer acto, el último, se venía el gran final. Y ahí es cuando se complicó. Porque él me tenía que dar el pie, tenía que decir “Dígame, Lord Byron, ¿cuándo cree usted que será prudente actuar?” y yo tenía que contestar un monólogo donde destacaba las virtudes del trabajo honrado y el esfuerzo, los cuales serían los únicos que harían triunfar a la nación. Este era el monólogo final, no tenía respuesta de nadie, todos hacían que sí con la cabeza y bajaba el telón.

Pero no me dijo eso, me dio mal el pie, me dijo: “Dígame, Lord Byron, ¿cuándo cree usted prudente actuar?, me descolocó, yo espera ese “será”. Me fui a blanco, viejo. Me dijo “Lord Byron”, “Lord Byron”, y yo, nada. Como si le hablara a otro. Incluso me dijo por lo bajo (lo habrán escuchado los de primera fila): “dale, Chupe, metele que se cae la obra”, y eso fue para peor, hermano. El peso del estreno, de la gente, las entradas, todo caía en mí. Entonces, supe que no podía quedarme en silencio. Mira, no sé si fue el whisky, el miedo o la bronca que me dio que nos dieran esos trajes rasposos que no debían haber lavado nunca. Sabés lo que eran esos trajes, la polilla más chica te alzaba el telón. Aparte el calor, porque los que están en la sala, están pipón, pero arriba del escenario era como estar al spiedo. Entonces me mandé. Esto en realidad lo leí en “La voz de Beraza”, el

suplemento que sale los jueves, porque yo no me acuerdo nada, dice así:

- Estimado Barón Von Chofen, creo, en mis conocimientos y facultades, que es hora de actuar; el sistema nos oprime ferozmente, incluso en nuestras vestimentas. Podrá observarnos aquí parados, en este agobiante calor, que aún nada hemos conseguido...

Ahora sigo, pero para que te des una idea, en la obra no hay ningún barón Von Chofen, y se supone que estamos en el invierno de Praga.

- Debemos e insto a todos ustedes, a alzar sus voces contra el imperialismo que se cierne sobre nosotros. Creo prudente, ahora más que nunca, atacar. Sí, me ha escuchado bien, Von Chofen, o Chofi, como sé que le gusta que le digan. ATACAR.

Ya me había olvidado de que tenía compañeros. Hablaba al auditorio, y no caía un alfiler, todos escuchando.

- Chofete, escúcheme, piensa quedarse de brazos cruzados mientras siguen aprovechándose de su trabajo. Mientras todos hacen guita, menos vos. O pensás que con los 100 pesos miserables que nos dieron por la obra, vamos a hacer algo. Gracias si podemos comprar una pizza afuera. Deberíamos apurarnos, porque el tano está por cerrar y nos tenemos que cambiar. Llamalo, si querés, al Lalo también, que él tiene coche y nos acerca. Pero yo, este teatro mugroso, no lo piso más. Sacándome plata, siempre sacándome plata, usan mi laburo, viejo, ¿cómo puedo vivir dignamente? Chofun, vení, dejá a los negreros, que se queden con la teca. Hoy mismo vamos y le prendemos fuego la casa.

Y me quede ahí, mientras caía el telón. Fue como un momento de silencio. Se me vinieron al humo, que había arruinado la obra, y no sé qué más, entonces pasó. Escuchamos un ruido gigante, aplaudiendo, gritando, incluso un loco que aullaba. Alzaron el telón y nos tiraban con flores, pilcha, guita, de todo.

En el mismo suplemento, me enteré en la nota de la crítica (que no fue muy buena, te cuento), que la mayoría del público eran muchachos de una fábrica cercana que habían cesanteado la semana anterior. Después, en el mismo diario, leí más adelante que un grupo había ido la noche del estreno y la prendió fuego. Se ve que quedaron calientes. Y bueno, la patronal no se la iba a llevar de arriba. Pero lo importante fue el éxito. Teatro lleno. Aunque no me volvieron a llamar, pero qué importa, lo bueno siempre es el debut con un éxito.

## *Rubio, Marcelo*

### *Don Soria*

La iglesia de San Antonio de Padua indicaba que salíamos de la ciudad. En aquel entonces, era para mí sólo una referencia geográfica, pero hoy me hubiese encomendado a este santo. A sólo doscientos metros pasando el segundo puente sobre el río Diamante, la pronunciada curva a la derecha marcaba el rumbo a Los Coroneles. Ningún viaje de todos los que habíamos realizado a ese lugar había estado desprovisto de presagios e incertidumbres.

Aunque viajaba con la felicidad de un niño de pantalones cortos, me aferraba más a la sabiduría de mi padre que a la ilusión de la aventura. Durante el trayecto él procuraba, con buenos relatos del pasado, desasirse de los problemas que sucederían a nuestro arribo. Yo escuchaba en silencio sus historias matizadas con conocimientos autodidactas sobre tormentas y efectos naturales. Sin embargo, no lograba desprenderme de una agitación que me mantenía alerta.

La cerrada curva de ingreso a Cuadro Benegas era el límite asfaltado. Luego seguimos el cauce del río aguas arriba por un camino de ripio. El golpear de las pequeñas piedras en la parte inferior del Citroën acompañaba el silencio de mi padre y los latidos de mi corazón. Eran cuatro kilómetros signados por curvas de noventa grados: giros cambiantes del destino. Al ingresar en ellas, solía hundirme en aguas del canal maestro, unos caballos me arrollaban o un puñal se hincaba en la cintura de mi padre, pero al salir de cada curva siempre sobrevivía con él al volante. Nunca lloré en esos viajes sino que sobrellevé las angustias al ritmo de un acelerado pulso que contrastaba con el apacible paisaje. La última curva pronunciada iniciaba la recta final hacia El Retamo, la finca familiar causante de un malogrado proyecto agrícola.

En el día narrado en este relato, el frecuente sol mendocino que nos escoltaba por el río Diamante había muerto al llegar a la tranquera, frente al cerro. Mi padre aguardó unos instantes a que alguien la abriera hasta que, extrañado, bajó del auto para hacer él mismo la maniobra de apertura. Una débil brisa que bajaba del cerro resonaba en el diapasón de los álamos y despeinaba su cabello cano. La flor del retamo no dio su dorada bienvenida aquella mañana. Sólo unos gorriones grises nos ofrecían un triste cortejo. Atravesamos la tranquera y avanzamos hacia el río; dejamos atrás el cuadro de Pinot Noire sembrado a la derecha del callejón central y cru-



zamos el canal. Cada cruce me conmovía como una frontera sin retorno.

La intuición de mi padre hizo que fuésemos directamente a la casa principal al final del camino. Nadie salió. El viento ya no silbaba y las nubes cerraban más el cielo. Ninguno trabajaba en las duras tareas de la poda artesanal de mayo. El rostro de mi padre se transfiguró en una conocida expresión que solía adoptar ante el desafío de resolver un interrogante y sólo atinó a tomar la llave cruz del Citroën como elemento de defensa. Su voz suave y firme me ordenó quedarme quieto.

Caminó con sigilo hacia el frente de la casa de adobe, bajo el parral amarillento y abandonado que oficiaba de hall de ingreso. No pude quedarme quieto. Salí del auto y tomé un pedazo de ladrillo suelto para seguir a mi padre desde atrás. La puerta de la casa se abrió y emergió de su interior la enorme figura de Don Soria, el capataz de la finca.

Colocándose el sombrero su estatura creció al punto de duplicar la de mi padre. Facón en la cintura, lo saludó prudentemente con una mano, sosteniendo un tazón de café caliente en la otra. Mi padre ocultó la llave cruz en su espalda y yo solté lentamente el ladrillo. Miré sus rostros, serios durante el saludo y aún con sus manos extendidas. Sólo el olor a café de campo me retuvo allí. No recuerdo cuál fue el tema que inició la conversación entre patrón y capataz, pero sí registré el gesto campero de Don Soria.

El tazón no solo contenía café: una rebanada de pan casero sumergida en lo que quedaba de líquido sobresalía de su borde. Mientras hablaban, Don Soria retiró el pan de grasa de la taza, lo llevó a su boca, sorbió algo de café y en un solemne acto final arrojó al piso de tierra el café restante. Dejó el tazón sobre un tronco y juntos partieron rumbo al corral. Aquel café derramado fue la señal de que el peligro había desaparecido, al igual que mis angustias. Ese acto voluntario de Don Soria fue un símbolo de que algo de abundancia y esperanza quedaban en la finca El Retamo. Era la cuarta vendimia que el trabajo incansable de todo un año había sido sepultado por el rigor del granizo.

Soria arrojó el café restante aquella mañana del 22 de mayo, día de Santa Rita, como ofrenda inicial de un día entero de oración a la santa por un quinto año sin plagas. Rezar a la patrona de lo imposible fue el motivo por el que ese día este hombre de incansable apego al esfuerzo diario había ordenado no trabajar.

Volvimos a la ciudad buscando la normalidad de un sábado más, una vez superados los compromisos asumidos. Mi padre conducía alentado en su regreso por la imagen de una abundante mesa que lo esperaba, sin sorpresas, porque sus instrucciones a la cocinera habían sido dejadas al partir. El sol volvió a brillar cuando reingresábamos a la “Isla del Diamante” y, con

su débil brillo otoñal, mis miedos se habían diluido.

Tres décadas después de este relato, siendo ya un hombre maduro y cuarentón, viajaba por Colombia. Cerca de la Catedral de Sal, una vieja zipaquireña que vendía arepas y mazorcas asadas en su puesto callejero me enseñó que el buen café bebido en la mañana debe ser negro, amable y dulce. Prolongué el diálogo mientras ella preparaba mi arepa de carne con café colombiano y le relaté el ritual de Don Soria.

Le hablé de los hombres de oración sencilla para los que una ofrenda no requiere de altares especiales ni posiciones de privilegio cuando la fe es profunda. Observé cierta emoción en ella, seguida de algunos movimientos tendientes a desacelerar la entrega del menú que había solicitado. Trajo una taza con café negro y bien caliente, lo colocó en un pedestal de tronco y —mientras me explicaba las características cafeteras de su región, Cundinamarca— le agregó al café cuatro cucharadas medianas de azúcar.

Tomó un colorido bolso rectangular que le había regalado un caminante wayúu que había nacido en la Guajira colombiana y que había sido expulsado de su pueblo. Extrajo del bolso una imagen tallada en sal de “La Milagrosa” y la colocó sobre el tronco cerca de la taza de café. Sorbió el aún caliente y dulce líquido, y me pidió que hiciera lo mismo. El aroma adelantaba al placer inmenso que fue paladearlo. Tras sólo un trago me retiró la taza y sumergió sus dedos ajados y viejos en el brebaje. Con la magia de quien sabe usarlos, roció con café a “La Milagrosa” y al tronco, derramando luego gotas en la tierra.

—Éste es nuestro rito de ofrenda para que la abundancia nos colme y el hambre no llegue —me dijo.

Supe o deduje que Don Soria debía haber sabido nada o muy poco de Colombia. Sin embargo, un elemental ritual de café podría haberlos hermanado en la oración por el trabajo y los alimentos. Desde aquella entrega simple y despojada de Don Soria en su día de oración, hago lo mismo: tomo cada sábado —en la primera hora de la mañana— café negro, dulce y caliente con pan de grasa y, al terminar, ofrezco el último trago a Santa Mónica, bien sea como un irreverente acto eucarístico o tal vez como tributo a nuestra bendita tierra latina.

## ***Simionato, Sergio***

### ***Bloqueos y cortes***

El exitoso novelista y poeta Rubén Cortés padeció toda su vida bloqueo de escritor. El extraño fenómeno psicológico que le impedía escribir, crear, inspirarse o siquiera parecer ocurrente, lo acompañó desde la cuna hasta la tumba, de manera ininterrumpida.

Esta infrecuente manifestación, que podría tratarse como el equivalente de una constipación de talento, tal vez sea lo más destacado de su currículum vitae.

Desde sus amaneceres, la elección de su primera palabra, “mamá”, no parece otra cosa que la consecuencia de ello, demostrando que lo suyo no sería romper moldes, ni la ejecución de invenciones desmedidas.

Su éxito se edificó, más bien, sobre una puntillosa conducta enumerativa, pero sobre todo por una narración realista en primera persona y tiempo presente, que sus más álgidos detractores destacaron como lo más cercano a una “transcripción de diario íntimo”.

Sus obras principales, de las cuales no se enorgulleció jamás, las creó a través de sistemas mnemotécnicos y combinaciones de fórmulas tediosas y acartonadas.

Le era imposible distinguir una buena idea propia de una frase recordada en la lectura de algún libro de cabecera. Portador de un gran sentido de la oportunidad, siempre tuvo la capacidad innata para que se le adjudicasen párrafos que nunca inventó, incluyendo ovaciones que no mereció.

Una de sus más grandes y recordadas obras, “Lista del Supermercado”, provino de su musa inspiradora: una alacena vacía. El libro mostraba una refinada prosa que no sobresalía tanto por el contenido de sus frases sino por la textura de su letra. Su gran virtud, entonces, fue utilizar en lugar del frío “yogures”, la frase “lácteos saborizados”, y remplazar “limpia vidrios” por “líquido clarificador de superficies transparentes”, para dar algunos ejemplos.

Hombre de pocas palabras y de párrafos indigentes, Rubén Cortés nació en una familia humilde del norte de Dominica y desde niño obtuvo los primeros indicios de su condición: sus maestras lo puntuaban con frases del tipo “¡Muy prolijo y eficiente! Ejercita más tu creatividad”, o “Te felicito por tu esfuerzo y dedicación... se nota que te cuesta”, incluyendo la cruel “Felicitaciones... ¡solo te falta usar las neuronitas!”

Sus primeros flirteos románticos, fueron detonantes de sus primeros

versos poéticos, que contaban como característica principal con la falta total de metáforas, y un toque crudo y directo de realidad literal:

“Que buena estás, Marta, Con tu vestido azul, Y tu trasero enorme... Hoy no voy al club.”

O

“Cuando el sol se va, Y llega la noche, Ando con poca plata, ¿Lo hacemos en mi coche?”

Luego de la nombrada “Lista de supermercado”, llegaron dos obras de transición como fueron “Ocurrencias fallidas” y “Poco que decir”. Esta última fue elogiada y destrozada por la crítica en partes iguales. A favor decían: “Una obra sin fisuras, sin errores, sin titubeos, aunque por momentos, sin mucho por decir”. Mientras que sus enemigos la castigaron así: “Cortés nos ofrece un cóctel sin argumentos, sin talento y sin alguna idea potable... eso sí, hay que decirlo, prácticamente sin errores, ni fisuras”.

Rubén logró un hecho único en la historia de la literatura mundial... que su círculo de fanáticos acérrimos se compusiera exactamente de los mismos miembros que su grupo de detractores. Los que lo elogiaban y enaltecían eran los encargados de desacreditarlo, e incluso agredirlo física y moralmente, a la salida de sus conferencias promocionales.

Ganador de tres premios a la narrativa internacional (dos de los cuales recibidos por error, al compartir apellido con un exitoso dramaturgo) y dueño de galardones varios (algunos de dudosa procedencia), ocultó celosamente sus vitrinas a cada visitante que osara frecuentarlo.

En conferencias, rodeado de eruditos e ilustres, prefería destacarse por su carácter meditabundo y observador y no tanto por su dialéctica y comentarios atildados. Elegía, en todo caso, guardar las frases ocurrentes para utilizarlas en alguno de sus textos editables.

Ya en edad avanzada, publicó, lo que sería a la postre, su último aporte a la literatura: “Sin palabras... ayer, hoy y siempre”, donde se pudo ver lo más autocrítico del autor. En dicho texto, Rubén se declara un fraude de las letras, afirmando que desconoce las causas de su éxito y notoriedad, admitiendo ciertos plagios y reconociendo su falta total de talento.

En el último capítulo, desgarrador, suplica enfáticamente que se abstengan de comprar sus obras y sobre todo de disfrutarlas.

Esta nueva faceta de Cortés no sólo no alejó a los lectores sino que generó auténtica empatía por su simpleza y sencillez, y catapultó su última obra a lo más alto de los rankings de ventas. Dada esta situación, muchos de sus colegas, tal vez por envidia, se dedicaron a difamarlo aduciendo

que no había sinceridad en sus palabras sino más bien una gran campaña ‘marketinera’.

Luego de “Sin palabras... ayer, hoy y siempre”, el autor se mostró aún más callado que nunca y sólo se volvió a saber de él a través de obituarios y pésames.

Es de destacar que sus últimas y trágicas horas se correspondieron con su excelsa y discutida carrera. Su última frase fue, y miren lo traicionero del destino, “¡Tengo una idea!”. Su carencia de sensibilidad, percepción y su bloqueado sentido de la creación lo llevaron a su última emboscada. Lo que tuvo en realidad no fue una idea... fue una embolia... nunca lo supo.

Rubén Cortés dejó un mensaje para la posteridad y tal vez su mayor legado: “No hay mayor talento en una persona que saber reconocer la ausencia del mismo”. No supo si le pertenecía o si le era ajena... Y no llegó a plasmarla en papel alguno...



## ***Sánchez, Estela Carmen***

### ***El poder de la voluntad***

YO TUVE SUEÑOS INCONCLUSOS. PERO HOY YO SOY MI SUEÑO Y YO ELIJO MI VIDA.

El sol se había escondido detrás de las espesas nubes, haciendo el panorama más desolador.

La pequeña Anabel vivía a orillas del río con sus padres, y su casita humilde y destartada siempre se inundaba cuando había crecida. Esa semana había llovido mucho y nuevamente tuvieron que irse a una escuela con otra gente que también vivía a orillas del río que se llamaba “manso” y que, como todos los mansos, armaba estragos cuando se desbordaba.

Anabel se preguntaba siempre por qué no se mudaban más lejos, pero jamás le respondían.

Ella no podía entender que a veces no hay palabras para explicar la inercia que produce sentirse impotente ante los avatares de la vida. Este es el caso de la naturaleza del río que muestra su poder frente al hombre que no respeta su cauce.

Anabel concurría a una escolita cercana y lamentaba profundamente cuando no había clases porque allí se encontraba con otro mundo y podía

soñar y sentir a través del juego como podía cambiar su realidad, si quería; contrariamente a la inevitable cotidianeidad de sus padres y vecinos que vivían un destino tan desgraciado.

Un día vio un cartel que decía: “Venta de terrenos en cuotas, zona alta”, y anotó la dirección. No era lejos. Salió del colegio y, decidida, sin avisar a sus padres, se acercó a preguntar. Cuando llegó, le sorprendió ver una casa modesta pero bonita con un jardín adelante y una cerca de madera que la rodeaba. Se acercó a la ventana y desde el interior una mujer la vio y salió a la puerta secándose las manos con una servilleta que puso sobre uno de sus hombros.

Sonriéndole a la niña, dijo: -buen día, preciosa, ¿qué buscás?-. Era una mujer robusta con acento español. La nena, tímidamente, preguntó: -quería saber el precio de los terrenos que publicaba. - ¿Para vos? -dijo la señora sin dejar de sonreír. - Sí, y para mis padres. Vivimos al borde del río y siempre se inunda. Y perdemos todo y ya no quiero vivir así.

-Ah -dijo la mujer-, pasá, pasá. Abriendo la puerta de su casa y también su corazón.

Al minuto tenía la niña ante sí una taza de leche chocolatada, masitas y una cara redonda que le sonreía detrás de unos dientes perfectos y unos enormes ojos negros que la miraban con admiración. La niña no pudo más y rompió a llorar. Contó su dolor, su mundo, la inercia, la impotencia, la sensación de todo el tiempo preguntar -¿por qué no nos mudamos? ¿Por qué otra vez?

La mujer tenía en venta los terrenos de sus padres justo al lado. Jamás había podido tener hijos.

Su esposo se había enfermado de mal de párkinson y era dentista. De estar en una posición desahogada y fácil, el mundo se les vino abajo. Solo le gustaba cocinar y se notaba en su robusto cuerpo lo bien que lo hacía y lo bien alimentada que estaba.

Miro a la niña con embeleso y un momento después estaba abrazándola. Parecían dos almas gemelas, una lo tenía todo pero estaba sola y desanimada, la otra vivía en la miseria pero tenía ganas de cambiar su realidad. Ambas sentían igual la gran necesidad de comprensión, de contención, de respuestas a su vida cotidiana que las sumía en una tortura constante.

Pronto la mujer tomó una determinación y llamó a una vecina para que cuide a su esposo que todavía dormía, por si se levantaba. Había tenido el día anterior una suba de presión y tenía una parálisis facial, su lado izquierdo inmóvil, su lado derecho se movía por el mal de párkinson.

Un hombre hermoso, inteligente, en un estado calamitoso. Ella no podía

contarle a la niña lo que estaba pasando, ya era demasiado para la pobre criatura.

Sin embargo, un poco de luz entró a través de una nube. El sol siempre está, solo hay que esperar que las nubes se corran. Si metafóricamente pensamos que nuestros pensamientos son como nubes que tapan el sol, entonces si probamos cambiar el pensamiento, la luz nos inundará.

En fin, volviendo al relato, juntas estas dos almitas fueron a buscar a los padres de la niña. La casita de Anabel era una choza de madera y barro. La marca del agua había dejado su huella como una cicatriz y la pintura descolorida era un dibujo en el medio de los árboles que rodeaban la vivienda. Un perro flaco y triste vino a su encuentro. Delia casi se desmaya cuando la niña abrió la puerta semirrotas y llena de agujeros. Pensó interiormente “¿Cómo pueden vivir así?”, y su estómago se revolvió. Había una mesa y dos sillas de madera viejas, y en el rincón una cocinita.

Su padre estaba acostado, al verlas entrar se incorporó, estaba barbudo y sucio. La madre miró a la niña y le sonrió estupefacta. -¿Qué te pasó, amor mío? -Nada, mami, esta señora vende un terreno-. La madre se dio vuelta y miró al padre que, sentado en la cama, se reía. La pobreza era extrema. El padre de la niña trabajaba unos campos pero era temporalmente y en ese momento no tenía trabajo y tampoco tenía voluntad, lo que se reflejaba en su desgraciado aspecto. La madre limpiaba casas y cosía ropa. Iba a la casa de una modista de la zona y le ayudaba. En ese contexto nació Anabel; estaban mejor, pero de pronto empezó la inundación.

No era siempre, el dueño del campo donde trabajaba su papá fue deforestando y, al no haber Contención, las aguas se desbordaban, el suelo ya no absorbía y los aldeanos que podían se iban; solamente quedaban los que, como ellos, ya no tenían esperanza.

Y así fue como la señora y la niña cambiaron su vida. Sus padres vendieron la casita y el terreno a un precio irrisorio al mismo que los había inundado. Pero no importaba, porque habían llegado a un acuerdo. Era simple: Delia necesitaba ayuda y podía pagarles. Estaba sola y podía permitir que los padres de Anabel usaran los terrenos temporalmente y pagaran como un alquiler mediante su trabajo, y así Anabel podía seguir estudiando y seguramente cumplir sus sueños. Aunque, sin saberlo, había empezado la misión de cambiar su vida y la de su entorno. Con amor y sabiendo simplemente que se puede, siempre se puede y el Universo mágicamente cumple nuestros más recónditos anhelos.

## *Souberbielle, Luciano Exequiel*

### *Escondido tras un cristal*

Eran casi las siete de la tarde, de hecho, tan sólo faltaban quince minutos para que él pasara. Jonathan tomaba como todas las tardes una taza de té mientras observaba el atardecer desde los ventanales de su estudio. Era invierno, pero el hogar no estaba encendido. No había nada fuera de lo común. Las piezas ornamentales reposaban impolutas donde debían estar, no había rastro de polvillo sobre el suave suelo de madera pulida y el té había sido preparado de la forma correcta, con un delicado cuidado de la temperatura del agua. Los ventanales relucían, también impecables. Jonathan solía observar lo que pasaba en la calle detrás de la seguridad que los cristales le proporcionaban.

Sujetando con firmeza la taza por el asa, Jonathan se acercó al vidrio, vio pasar a gran velocidad un auto azul que nunca terminaba de identificar por completo. Después, observó cómo una moto doblaba en la esquina, hacia la derecha. Eran tres los que la montaban, pero ninguno de ellos estaba protegido con casco.

Insensatos -pensó Jonathan mientras daba un sorbo-. ¿Acaso no saben que la vida puede dar un vuelco en un abrir y cerrar de ojos? Uno ha de ser precavido, si uno no se cuida, nadie se encargará de cuidarte.

Siempre pensaba lo mismo sobre esa familia inconsciente que se exponía tanto al peligro mortal. Se indignaba con ellos y con todos los que no apreciaban la delicadeza y la fragilidad de una vida. Luego recordaba que no todos eran tan privilegiados como él, que algunos debían preocuparse por el mundo externo y que la mayoría debía arriesgarse a fin de poner el pan en la mesa cada día. Habitualmente se calmaba antes de la hora en punto, entonces oía las sutiles campanadas del reloj de péndulo. Provenían de otra habitación. Jonathan sonrió, sabía lo que significaba oír siete campanadas mientras el sol se ocultaba por el oeste.

Jonathan llevaba años repitiendo su observación vespertina y desde el primer día se maravillaba con la sencillez rutinaria con la que el mundo se movía. Desde el primer día, había visto al hombre con la pala pasar frente a su morada, con la ropa polvorienta, sudor en la frente, la herramienta sobre el hombro izquierdo y una sonrisa sincera. Esa tarde no fue la excepción, el hombre pasó a la misma hora de siempre. A las siete. Jonathan lo saludó consciente de que el extraño nunca reparaba en él, e imaginó maravillado cómo sería su vida. El constante observador aseguraba que él



tenía una familia, que en su hogar se hallaba la verdadera paz.

Al día siguiente, Jonathan repitió su rutina con exactitud. Sirvió su té, pero no reparó hasta dar un sorbo, que su taza estaba un poco sucia, manchada. El impecable blanco había adquirido por siempre un tono amarillento. Jonathan suspiró, sabía mejor que nadie que algunas cosas eran arrasadas por el paso del tiempo. Pero aquel no era motivo de preocupación. Podía usar otra de las tazas que con recelo protegía en el desván. Dio otro sorbo, sus manos temblaron y la motocicleta lo sobresaltó. No estaba listo para que apareciera, parecía ser demasiado pronto. La motoneta no dobló, siguió de largo. Además, sólo dos personas andaban sobre ella, no tres. El corazón de Jonathan dio un vuelco. Algo faltaba. ¿Dónde estaba el auto azul? No era posible. Algo horrible sucedía afuera, detrás de los cristales que le brindaban amparo. Trató de calmarse, pero su respiración ya se había agitado, su mano temblaba y el té oscilaba dentro de los muros de porcelana. Una gota oscura se derramó por un costado y cayó, caliente, sobre la mano de Jonathan. Pensó que debía calmarse, se sentó y aguardó atento. Si el mundo seguía girando como era debido, él pasaría. La mancha en su taza no podía haberlo arruinado todo. No otra vez. Nunca se podía confiar en la porcelana, era tan fácil de corromper, y el té sabía tantas formas de hacerlo. ¿Por qué era tan frágil el equilibrio y la armonía? ¿Por qué la vida podía cambiar tanto de un segundo al otro? No, allí estaba él. El hombre venía caminando, Jonathan estaba aliviado. Pero no debió confiar tan pronto. Las ropas del hombre no estaban tan sucias, no cargaba pala o herramienta sobre alguno de sus hombros y su amable expresión estaba sepultada bajo una expresión seria y ojos vidriosos. ¿Qué más habrá sepultado con esa maldita pala además de la felicidad de tantos? ¿Cuántos hoyos habrá cavado que olvidó su sonrisa en uno de ellos? ¿A quién más habrá tratado de olvidar allí que sigue cargando en la memoria?

Otro mosaico del mundo se había desprendido. Jonathan confirmó otra vez su más grande temor. Somos frágiles, a él no le quedaba esperanza y su ventanal, ese tan pulcro que lo defendía de las sombras de la avenida, del cambio de dirección de la motocicleta, de la ausencia del auto azul y del niño muerto sobre las espaldas del sepulturero junto a las memorias de chararra azul, estaba rajado. Claro, podía haber sido todo producto de su imaginación. Pero el observaba, intervenir le daba miedo. Lamentablemente, algún día todas sus tazas estarías manchadas, el cristal se haría añicos y él tendría que afrontar el mundo otra vez. Entonces llegaría su final, ese que, sin pensar tanto, tememos y tanto evitamos. Ese del cual nos escondemos como idiotas detrás de una capa de mineral traslúcido.

## *Varela, Patricia Elvira*

### *Los lobos de la ciudad*

Cuando miró el reloj, eran las nueve de la noche, el fin de una jornada de trabajo. Había llegado el momento de alejarse del ámbito cerrado e ingresar en el bullicio de la peatonal, donde la esperaba una aglomeración de turistas, lugareños y músicos callejeros. Cada uno de ellos constituía un todo, una amalgama de resonancias con sus gritos, melodías y bocinazos que pugnaban por ser escuchados, en la atmósfera confusa que precedía al viaje en remís.

Era algo habitual en las noches, desde hacía algún tiempo dejó de caminar o andar en bicicleta porque juzgó necesario ser dependiente de un coche de alquiler para volver a casa. La ciudad tenía más riesgos, más alarmas, más rejas, mientras los chicos en grupos merodeaban por la peatonal como gotas que se van uniendo de a poco en la antesala de los boliches bailables.

Echó un vistazo para elegir un lugar y se acomodó en los laterales de ladrillo de un cantero, a escasos metros de la fila del cajero del banco, el quiosco de diarios y el puesto de pochoclos. Casi todos eran habitués del lugar, menos ellos, que en un instante se sentaron amontonados en la parcela que solían frecuentar durante el verano. Quizás fueran parientes entre sí, por el cabello oscuro bien cortito y la tez morena que apenas se percibía debajo de las gorras con visera. Había algo que los unía, ademanes y un modo de hablar que todos comprendían, no importa si tuvieran diez o veinte años de edad.

Apenas llegaron corrió en el ambiente una sensación de ebullición, la expectativa de un suceso. Se movían inquietos dentro de su espacio, sentándose, parándose y escudriñando el lugar, a la espera de algo, de alguien o una señal...

De pronto, la espera del auto se turbó con una especie de gruñido que provino de uno de los integrantes del grupo de chicos mientras que alguien de mayor tamaño correspondió al reto y se ubicó por detrás de quien aguardaba el viaje. Fue un duelo, donde se cruzaron las miradas y se tensó el cuerpo para medir al adversario. Sin embargo, la situación no llegó a mayores y el provocador se perdió entre los adolescentes, al tiempo que el otro se acomodó al lado de su reciente cómplice como diciéndole: "aquí estoy, soy de tu bando y te protegeré".

Después del momento de desconcierto, la mujer se movió despacio hasta poder mirarlo a los ojos; de esta manera, frente a frente, selló el pacto

de protección. En un juego de suposiciones, reflexionó: “uno nunca sabe, los chicos piensan que ya nos conocíamos, y él con su sola presencia los intimidó”.

Mientras continuó la espera, la muchedumbre pasó al lado de ellos sin mirarlos directamente, quizás imbuidos en su propio mundo o negándose a ver a un conjunto que los incomodaba, sin darse cuenta de que se habían constituido dos grupos. El clan de los adolescentes y la sociedad que se formó entre los dos solitarios. Hay momentos en que el agua y el aceite se entremezclan y los desconocidos se convierten en compinches de una aventura.

Fueron escasos minutos en donde todos estuvieron detenidos en un reto del destino, hasta que una señal o una bocina los dispersara. Pese al cansancio del día laboral, no tuvo prisa por llegar a su hogar y siguió las reglas de aquel desafío. Podría haberse levantado e ir hacia la gente conocida del puesto del pochoclos o de diarios que normalmente la recibían, pero eso podría ser interpretado como un gesto de huida. Aparte, abandonar al guardaespaldas le pareció por demás ingrato, y se quedó para compartir una medialuna que llevaba consigo. Se sintieron a salvo uno con el otro.

Así pasaron un impase que se diluyó cuando llegó un indicio que los pibes descifraron y acataron, alejándose con el amenazador oculto entre ellos.

El centinela, atento a lo que sucedía, percibió en ese momento la llegada de una pareja similar a la alianza que él había constituido, sólo que en este caso uno de sus integrantes llevaba un lazo. Se incorporó para ver a su análogo, lo inspeccionó, lo identificó y se reconocieron mutuamente.

Después giró la cabeza y la miró. Ella estaba en el mismo lugar y con un pedazo de la medialuna escondida en la mano, por si volviera... Había pensado en dársela como un distractor si llegaba el coche. Él lo intuyó, y como no le gustaban las despedidas, siguió solitario su camino por un sendero oscuro al que sólo llegaba la luz de la luna.

Al final, llegó el remis plateado, tocó bocina y ella corrió a su encuentro. Adentro, la melena del chofer y la barba tupida que le cubrían el rostro hicieron resaltar los dientes blancos algo desalineados de una sonrisa tímida. De reojo al arrancar, los sorprendió una Amarak blanca de tamaño imponente que resplandeció en la oscuridad. Su presencia magnética produjo destellos en las pupilas de los viajeros, y como un rayo ella sintió la curiosidad de mirar el cielo estrellado. Buscó por la ventanilla hasta encontrar al satélite. Cuando al fin lo logró, le comentó: “Mire que linda luna llena, hasta se ve el lucero”. Él asintió y con un gesto risueño respondió: “tiempo de lobizón”.

## Vizia, Hernán Muñeca

Una joven miraba por el ventanal del primer piso de una antigua casa de madera. En la radio sonaba *"Petite Fleur"*. "De aquel amor que era mi sueño azul, sólo me quedas tú, pequeña flor", cantaba Danielle Darrieux. Afuera, nuevos carteles contrastaban con la arquitectura antigua del barrio. La mayoría de ellos eran publicidades de moda. Algunos eran de revistas de la farándula, y en los mismos se podía ver a varias figuras de la televisión.

"Ve a la escuela", le dijo su madre antes de irse a trabajar. Era casi el mediodía. Isabelle respondió que sí desde su cuarto, mientras retocaba sus moños una y otra vez. Cuando oyó que la puerta de la planta baja se cerró, volvió a sentarse en su cama. Se sintió incómoda. Se levantó y volvió a observar por el ventanal. Dio media vuelta, apagó la radio y comenzó a mirarse en el espejo. "Que me vaya a la escuela. ¿Para qué? ¿Para que sigan burlándose de mí? ¿Para que vuelvan a quitarme el dinero del almuerzo? ¿Para volver a soportar la soberbia de los profesores? Yo hago lo que quiero. No tengo por qué soportar idioteces de nadie en la escuela. Tampoco de mi madre".

Miró con desprecio los moños de seda negra que colgaban de las coletas a cada lado de su peinado. Hacía mucho que los odiaba. Odiaba el vestido negro con volados blancos. Odiaba las medias blancas y los zapatos negros. Odiaba a sus compañeras, que le decían que tenía sobrepeso.

Isabelle era bastante delgada y su contextura era normal para sus catorce años. "Hay poesía en lo pequeño. Hay belleza en una flor", pensaba a menudo. Se vio a sí misma como hierba creciendo en un pantano. Desearía no haberse interesado nunca en la literatura. Así podría tener más temas en común con sus compañeras de colegio, y tal vez se vería tan bien como ellas. Desearía que no la vistieran como si todavía fuera una niña. Así, tal vez, podría tener amigas. Isabelle odiaba sus pecas. Odiaba su tez por demás de blanca. Odiaba a su madre y se odiaba a ella misma. Odiaba su vida.

Con furia, tomó una muñeca antigua de la repisa. La miró con odio. Había pertenecido a su abuela, y su madre se resistía a deshacerse de ella. Miró a la muñeca y se vio a ella misma. Pensó en su madre, que quería que

ella fuera una muñeca más en el estante. Pensó en sus compañeras nuevamente, y en cómo las odiaba. En cómo odiaba a su madre.

El vestido negro de la muñeca y la cinta blanca que lucía atada en su cintura hacían que se viera gorda. Como el ridículo vestido negro que su madre le hacía usar para asistir a clases. Miró hacia el espejo y se vio gritando, expulsando mariposas negras desde sus entrañas, pero en lugar de eso guardó silencio. Los vidrios estallaron delante de sus ojos, pero el espejo seguía sano. Se puso maquillaje y apretó con más fuerza la cinta en su cintura. Tal vez iría a clases, después de todo.

Permaneció largo rato viéndose al espejo, deslizando la punta de sus dedos por sus labios una y otra vez, deseando que estos no se abrieran nunca más. “La culpa es de ella. No sabe cocinar”, reflexionó. Se quitó los listones del cabello, desarreglando los moños que su madre había pasado diez minutos acomodando.

Desató la cinta blanca de seda de su cintura. La hacía ver gorda. Estaba cansada de que su cintura fuera tan ancha. No recordaba que hacía seis meses le habían dado vitaminas porque se estaba debilitando. Isabelle seguía cada noche negándose a terminar la cena que le preparaba la viuda que resultaba ser su madre, no porque ella la eligiera sino porque Dios así lo había querido. No recordaba, tampoco, que se había desmayado en plena clase de inglés. No le convenía. Tal vez era mejor creerle a sus compañeras. Ellas eran lindas, delgadas, perfectas; su madre, en cambio, era una vieja que poco podía entender de la vida. El vestido desatado la hacía ver aún más gorda en el espejo.

Comenzó a llorar y a pasar las manos por sus mejillas. El maquillaje negro cubrió su rostro demacrado. Se quitó el vestido, revelando una figura que sin lugar a dudas no estaba en su peso correcto. Estuvo bien que la hayan internado. Necesitaba alimentarse mejor. Pero no comprendía. A pesar de estar en ropa interior, quería seguir quitándose prendas para verse mejor. Más delgada. Todavía veía en el espejo a una chica muy distinta de las que se ven en los avisos. Muy distinta de sus compañeras de colegio. Muy distinta de lo que el mundo quería de ella. Quería desnudarse. Quería arrancarse la piel.

No lo hizo. En lugar de eso, tomó el frasco de pastillas que escondía dentro de la muñeca. Lo había tomado del botiquín hacía mucho, para poder vomitar cada vez que fuera necesario. Su madre pensó que habían desaparecido. Finalmente, no iría a la escuela. El decidir ya no estaba entre

## *Cuentos*

---

sus facultades. Bajó a la cocina con la muñeca y el frasco entre sus manos. Tomó un puñado de píldoras blancas. Las introdujo en su boca y bebió un vaso de agua. Comenzó a sentirse mareada. De repente, ya no le preocupaba su imagen. Tomó otro puñado de pastillas, seguido de otro vaso de agua. A su mente ya no la acechaba ningún problema.

Isabelle cayó al piso de madera, produciendo un ruido seco con sus treinta y cinco kilos. A su lado, cayeron la muñeca negra y el frasco, que su madre encontraría varias horas después, cuando ya fuera de noche y muy tarde, cuando regresara del trabajo. Cuando ya no sirviera para nada.

